

THE NIAHTIC PROJECT INGRESS

FELICIA HAJRA-LEE

A NOVELLA FROM THE NIAHTIC ARCHIVES



El Proyecto Niantic: Ingress

**Novela de Felicia Hajra-Lee enviada a Mr. P.A. Chapeau,
creador de The Niantic Project.**

Traducción: D.W.S.

Desdemona1010

Capítulo 1

Algo estaba muy mal, pero Devra no estaba segura de qué era ese algo porque el escape desde el CERN había salido perfectamente.

El desastre ocurrió justo de la manera en que temían que ocurriera. O tal vez de la manera en que Devra esperaba secretamente que ocurriera. Las sirenas y el personal de seguridad corriendo por todas partes. Distracción y caos.

Entonces, el escape. Una motocicleta corriendo por la ciudad. La puerta del cruce. Abordar. La separación de Jarvis.

Ahora, la doctora Devra estaba sola. Casi.

Abrió la ventana del carro de pasajeros. El paisaje era una confusión de luces, señales, postes, autos pasando y pueblos. Las montañas estaban en algún lugar de la oscuridad, estáticas y fijas. Devra buscaba tranquilidad en un caótico y cada vez más peligroso universo, pero en vez de eso sus ojos capturaron destellos del apenas visible campo europeo.

Todo había ido a la perfección, pensó Devra. Aun así, algo andaba mal. Tal vez era esa perfección. La precisión suiza de todo aquello. La absoluta falta de fricción. Como científica, sabía que la perfección era un concepto intelectual: no existía en el mundo real. Pero acababa de ser testigo de ésta. Viviéndola. Y no se sentía cómoda con ella.

Cerró los ojos. Ideas y recuerdos chocaron en un remolino que imitaba el rítmico sonido de las vías y las luces que pasaban. A cada segundo, Devra estaba más lejos del escape sin fallas, y más cerca de un incierto futuro.

Jarvis estaba a lo menos a cincuenta kilómetros de distancia ahora. Devra le explicó que eso era parte del plan, pero la expresión en la cara de Jarvis le indicó que él no lo sabía. Suponía que se quedarían juntos. Ella recordó su rostro cuando se alejaba. Jarvis, ocultando su rabia y la sensación de haber sido traicionado, y fallando miserablemente. Ella debería haberlo preparado. Pero ellos buscarían a dos personas viajando juntas. Solos era mejor.

Bueno, Devra no viajaba completamente sola. Tenía un ángel guardián. Un espíritu incorpóreo que llegaba a toda pieza de equipo y tecnología que ella tuviera y la conectaba mientras escapaba. Esta era ADA. A Detection Algorithm¹. Una inteligencia artificial enorme, con capacidades sin límite e intenciones desconocidas.

ADA había coreografiado su escape de Niantic. Pero, ¿qué había coreografiado que Devra no veía? ¿Dónde estaban los operativos con ella en el tren? ¿El hombre de negocios que o no disfrutaba su novela o sólo pretendía leerla? ¿Y aquella pareja? Jóvenes, a la moda. El chico la había mirado. Ella se sintió halagada al pensar que era porque era atractiva. ¿Y la chica? Devra la había pescado mirándola.

Sabía que podía, literalmente, volverse loca proyectando las posibilidades. Si ADA tenía algún plan siniestro... No iba a descubrirlo ahora. Cerró sus ojos con dificultad. Eso no detuvo el torrente de datos, lo que no sorprendió a Devra. Ella había sido saturada con XM tal como todos los demás un par de horas atrás.

¹ Un Algoritmo de Detección.

Devra era la científica que lideraba el Proyecto Niantic, que consistía en un equipo de investigadores encargados de determinar las “Amenazas y Oportunidades Inherentes a la Materia Exótica”, “XM” para abreviar, de la Agencia Nacional de Inteligencia, a.k.a., “NIA” (National Intelligence Agency). Era un centro de estudios abierto utilizado tanto por científicos como por “sensitivos” —personas receptivas a la influencia de la materia exótica—. Jarvis, el famoso escultor. Enoch, el músico. Una simbolista, Carrie. Misty, la maga/psíquica que clamaba que no tenía dotes más allá de ser sensitiva. Un físico teológico llamado Stein. Y un selecto grupo de físicos de diferentes tipos. Científicos como ella. Era un grupo extraño. Le recordaba la antigua canción de Donovan, “Atlantis”:

Conociendo su destino, Atlantis envió barcos a todos
los rincones de la tierra.

A bordo iban doce:
el poeta, el físico, el granjero, el científico,
el mago y los otros, llamados Dioses de nuestras
leyendas.

Aunque los dioses que ellos eran
y los sabios de nuestro tiempo, eligen permanecer ciegos.

La palabra “Niantianos” cruzó por su cerebro, y ella sonrió, manteniendo los ojos cerrados. Tenía que calmar las cosas.

La materia exótica, largamente teorizada, recientemente había sido descubierta oficialmente y cuantificada en los laboratorios del CERN como parte de la investigación Higgs-Boson. Sin un nombre llamativo como “La Partícula de Dios”, el XM fue ignorado por los medios. Pero no por aquellos que sabían...

El XM era una parte del sustrato cósmico cuya mera existencia era, hasta hace poco, apenas aceptada. Sus únicas características observables eran una muy débil fuerza gravitacional en el conjunto de todo, a lo largo del vasto universo, gentilmente desacelerando la sinfín expansión de todo, desde el centro hasta los límites de la nada. Pero en el laboratorio, su laboratorio, recientemente habían aislado y observado las partículas subatómicas que componen el XM. De hecho, ADA las observó. Los humanos simplemente revisaron sus resultados, pero la gloria científica sería de ellos.

Un problema a superar fue extraño patrón de pulsaciones irregulares detectado en la frágil existencia del XM. Un resonar de vibraciones a nivel de partículas. En otros casos era completamente normal, pero este resonar era diferente. Era irregular de la manera más intrigante. Había patrones. Una lógica. El frío resumen que ADA entregó, con una voz casi humana, quedó suspendido en el aire: “Este conjunto de datos contiene información ordenada. Análisis preliminares sugieren comunicación encriptada”. Seguramente era un error, alguna contaminación en las delicadas mediciones usadas para analizar las partículas. Pero de todas maneras, inexplicable.

Este era el campo de acción de Devra. Desde el principio ella había sentido curiosidad sobre por qué una física como ella, enfocada en el colapso de los quasars y con una pasión de toda la vida por SETI, había sido invitada a un grupo de investigación de

físicos de partículas. Fue el algoritmo de Devra lo que ADA había usado para analizar ese conjunto de datos. Esa nunca había sido su intención. ¿Por qué existía una investigación de signos de vida extraterrestre en el reino de lo subatómico? Eso superaba todo lo que ella se había atrevido a soñar en décadas. Como un tono de marcar. Una señal de información ordenada sin explicación orgánica. Si era un tono, en alguna parte había un emisor, o al menos eso había argumentado en su tesis doctoral.

Inexplicablemente, estos resultados habían sido anticipados por los coordinadores del Proyecto Niantic. Ella había sido invitada, aparentemente, como anticipación a tan imposible descubrimiento. Eso no tenía sentido. Ella había rechazado esa idea por largo tiempo. “Las ideas vienen, pero no puedes quedarte en ellas”, se repetía a sí misma como un mantra cuando intentaba relajarse.

Una imagen de Zeke Calvin irrumpió en su mente, alterando sus nervios de nuevo. Calvin, el único neurobiólogo del equipo, había estado tranquilo cuando aparecieron los resultados. Demasiado tranquilo. Debería haberse reído a carcajadas, pero en vez de eso, sin perder un instante se lanzó a una serie de experimentos externos, con colegas de una compañía de drogas comerciales en Basel. Primero expuso a roedores, después a cerebros de primates, a la señal codificada dentro de pulsos eléctricos. El trabajo de Calvin aún no ha sido publicado, pero él claramente estaba emocionado. Habló de cambios de comportamiento y morfológicos.

Y ahí estaban los geeks de Intel. El peor tipo de geek, enamorados no sólo de la tecnología, sino de la tecnología secreta, y los más definitivamente insoportables compañeros a la hora de almuerzo. Ellos estaban desarrollando un nuevo sensor con una

misión específica: Buscar concentraciones de XM en la Tierra. De nuevo, eso no tenía sentido. Cuando Devra se unió al proyecto no había investigaciones publicadas sobre concentraciones de XM a niveles observables sobre el planeta. Llevaría meses construir y lanzar un sensor así. Y de todas maneras existía. Devra había visto el mapa de XM proyectado en torno al globo. Había decenas de miles, tal vez cientos de miles de lugares.

Si el XM existía, presumiblemente la señal también se mantenía. Calvin quería continuar con sus investigaciones, pero esta vez con humanos.

Lynton-Wolfe estaba trabajando en una aplicación para smartphones que utilizaba el mapa para guiar a los humanos hacia las concentraciones de XM. Y dentro del campo de XM dejar resonadores de XM, contruidos para amplificar las anomalías de XM que ocurrían naturalmente. Su plan era exponer a civiles en masa a grandes cantidades de XM. Hablaron de aparatos de XM —“resonadores” y “campos”— de formas que Devra no entendía.

Y ahora ella ha visto lo que una megadosis de XM podía hacer. Había algún tipo de efecto en el sistema nervioso humano. Ella misma había sido inmune durante largo tiempo, pero los otros... No, todavía no podía procesar lo que había visto.

Algunos creían que las anomalías de XM eran portales. Faros. Gigantes señales transdimensionales detectadas inconscientemente por todos los humanos, pero sumamente evidentes para los sensitivos... Un hermoso artefacto invisible de un universo más grande. “Como los Alpes, en algún lugar allá afuera, en la oscuridad”, pensó Devra para sí misma. Inspiradores, pero no portadores de ningún significado.

Otros creían que lanzaban información ordenada que podía ser traducida por el cerebro humano como ideas, impulsos, pensamientos y emociones. E incluso otros creían que era un código, un virus cerebral que realmente invadía e influenciaba la mente.

Devra no sabía qué creer, pero vio el riesgo potencial. Y para ella, la peor matemática del equipo de científicos, la aritmética era fácil: Si una pequeña cantidad de eso podía provocar que un hombre construyera la Catedral Chartres, imagina lo que una gran cantidad de eso puede hacer. Ten cuidado. Muévete lentamente. Sí. Esta podría ser la entrada a un increíble futuro. O podría ser un portal al infierno. No hay razón para apresurarse. Pero eso no fue lo que ocurrió.

Cuando Devra descubrió que el equipo de Lynton-Wolfe estaba poniendo resonadores afuera, en el mundo, sin preocuparse de las consecuencias, supo que tenía que irse... escapar. Pero, ¿cómo? ¿Y dónde?

Ahí entró ADA. E, irónicamente, Jarvis.

ADA estaba de acuerdo con que Devra necesitaba escapar. Contactar compañeros. Hacerle el peso a Niantic, o por lo menos tener un plan para minimizar el daño si ocurría lo peor. El éxito de Devra contaría con la ventaja de la sorpresa, porque ella no estaba entrenada para lo que estaba a punto de intentar. El plan debía ejecutarse durante el testeo de Lynton-Wolfe. Eso le daría el “pánico” como un motivo plausible si era atrapada. De lo que carecía era de las habilidades para escapar.

Ahí es donde entraba Jarvis. Él se quería ir por sus propias razones. De seguro no tan nobles o importantes como las de ella, pero no menos apasionadamente deseadas. Jarvis había visto lo suficiente de Niantic. De XM. De la influencia de lo que ellos llamaban

Shapers. Jarvis era un hombre decidido a crear su propio destino, tan lejos de Niantic como fuera posible.

ADA los convenció a los dos de que eso debía funcionar. De que escapar juntos les daría la mayor posibilidad de éxito.

Aunque tal vez correr era un error.

Un escalofrío recorrió la espalda de Devra. Dudas. Trató de enfocarse en la luna que se veía por la ventana, pero incluso ésta estaba distorsionada por sus ojos. Tal vez era un efecto residual del XM. Se preguntaba a cuánto había estado expuesta. Asumía que a más de lo que era seguro, pero no lo suficiente para ser letal. Ese era el punto. ¿Era letal el XM?

Ella sugirió precaución, pero Lynton-Wolfe e incluso Calvin la habían ignorado. O, a lo mejor, se habían reído de ella. Ahora pelearía contra ellos. Armaría un equipo para contrarrestar la investigación de Niantic.

Esta idea produjo en Devra iguales dosis de entusiasmo y temor. NIA la perseguiría. Incluso ellos sabían que algo andaba muy mal: Ella.

No, la luna, pensó. Eso estaba mal. Volvió a mirarla. Resplandecía en la noche tan baja en el cielo que aparecía debajo la ventana del tren. Devra se dio cuenta de que eso no era posible, estaba viendo un reflejo. El tren se movía sobre gran cantidad de agua, un lago. Ella podía adivinar botes anclados junto al muelle. Luego un gran edificio. Después una señal que decía: “Vea el Hotel Kais...”.

Una fuerte sacudida devolvió la atención de Devra al interior del vagón. Adelante, la joven pareja que viera antes se debatía con un gran bolso de lona. Excursionistas o estudiantes universitarios recorriendo Europa mientras pudieran, imaginó. No eran una

amenaza, tal vez incluso eran americanos como ella misma, pero no estaba segura. Reconocer a los americanos era un don que estaba reservado para los europeos, era una segunda naturaleza para ellos.

Habiendo viajado por el mundo, Devra estaba impresionada por lo seguido que la gente se daba cuenta no sólo de que ella era americana, sino de que era de California, incluso antes de que abriera la boca. Era algo acerca de la forma en que se veía, su actitud... su porte, como su padre solía decirle. La forma en que se movía y se comportaba. Fanfarronería, dijo una vez. La inclinación de su cabeza, el movimiento de sus ojos, su ropa, algo aparte de su acento, que había dejado atrás hace mucho tiempo.

Esto le agradaba, pero nunca antes había sido perseguida. Tenía que aprender a desvanecerse en la multitud. Nada fácil para una alta, rubia y atractiva mujer, pero tenía que aprenderlo. Había escuchado una historia acerca de cómo Marilyn Monroe podía caminar por las calles de Manhattan sin ser notada y dar la vuelta con una risita y una sacudida de su cabello, volviendo a ser ella misma. Devra tenía que aprender lo contrario. Esta noche tenía que ser solo otra mujer de negocios suiza —o tal vez una dueña de casa— en camino a una reunión de negocios o al funeral de un pariente.

Devra se dispuso a crear una mentira creíble acerca de quien era ahora, escoger una historia, empaparse en los detalles. Cogió su smartphone para anotar sus ideas y convertirlas en una historia. Mejor que intentar agarrar figuras en la noche. Y ciertamente una mente que había imaginado lo que había en los más lejanos límites del conocimiento humano y había explorado teorías abstractas del mismo tiempo y espacio podía crear una

razón plausible para estar en un tren en medio de la noche, sólo en caso de que alguien preguntara, lo que ella estaba segura que nadie haría. Nadie le preguntaría nada.

—“¿Trabajo o placer?”, preguntó una voz.

—“¿Disculpe?”, respondió Devra.

—“Placer para mí, obviamente. Y para ella. Ella es Mika, yo soy David”.

Él sonrió desde el pasillo contiguo a su asiento. Mika saludó desde lejos mientras tiraba el bolso de lona sobre el asiento. Devra escribió una nota mental para poner más atención a lo que ocurría a su alrededor. David se había sentado junta a Devra sin que ella lo notara.

—“Perdón por el ruido”.

—“No te preocupes, David”, Devra sonrió.

—“Hay mucho espacio en este tren. Había escuchado que estaba repleto en esta época del año”.

—“No a esta hora”.

—“Oh, claro. Eso tiene sentido, creo. Mika y yo esperamos que el club aún esté abierto cuando lleguemos a nuestra parada. Se llama “Galería Nocturna”, creo. Puedes acompañarnos si quieres”.

David tenía ese comportamiento engreído que ella había visto tantas veces en sus estudiantes. Tipos que piensan que una sonrisa es todo lo que se necesita.

—“Trabajo”, dijo Devra, mientras miraba de nuevo a Mika. Linda chica. Ahí fue cuando notó el bolso de lona. Algo no andaba bien. Estaba lleno de objetos angulosos... podía ver esquinas y superficies duras presionando contra la tela.

—“¿Qué?”.

—“Lo preguntaste antes, ¿recuerdas?”.

—“Claro. Para romper el hielo. No importa realmente...”.

Devra volvió a mirar a David y fue como si lo viera de nuevo, con otros ojos. Empezó a pensar que el XM tal vez estaba ordenando sus ideas y mejorando sus sentidos —ella estaba estudiando sus efectos en la mente humana—, quizás era capaz de hacer más que sólo estimular los impulsos creativos, sino también ayudarla a sobrevivir, porque ahora David era una amenaza a los ojos de Devra. No una amenaza física, pero estaba segura de que algo andaba mal. Tiempo de terminar esto.

—“¿Sólo una forma de decir ‘Hola’ a un compañero de viaje, entonces?”. Devra sonrió.

—“Compañero americano. Tenemos que mantenernos juntos, ¿no? Vamos, Galería Nocturna, tiene que ser grandioso...”.

—“Probablemente no”, dijo Devra. No es pelea² o vuelo³. Galería Nocturna⁴. El nombre tiene resonancias siniestras. Rod Serling. Historias tenebrosas, como “La dimensión desconocida”. Justo como esto, pensó. De todos los nombres que un club puede tener, ella escucha “Galería Nocturna”.

David sonrió encogiendo los hombros. —“Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme. Ehhh, ¿cuál era tu nombre?”.

—“Connie”, dijo Devra, con toda la convicción que pudo reunir.

—“No luces como una Connie”, susurró David mientras se acercaba a ella.

² Fight.

³ Flight

⁴ Night.

—“Pero luzco como una americana”, dijo Devra, mirándolo hacia atrás, con sus ojos repentinamente fríos. “Sabes que tengo edad suficiente para ser tu madre, ¿invitas a tu madre a clubs?”.

David sonrió mientras se daba vuelta. “Me gusta mi madre”.

David volvió donde Mika y le dio un largo beso, obviamente para disfrute de Devra. Ella trató de encontrar las palabras para que ellos intercambiaran lugares. Mika miró en la dirección de Devra, donde se había sentado.

Devra desvió su atención hacia la ventana. El tren estaba bajando la velocidad, llegarían pronto a la estación. Había llegado lejos, pero si un chico de fraternidad del otro lado del mundo había visto lo que ella era, ¿qué posibilidades tenía en contra de NIA?

Se levantó del asiento y fue rápidamente al siguiente carro, que estaba un poco más lleno que al principio. Busco un asiento vacío y se derrumbó en él.

La mitad de los pasajeros del carro se levantó cuando el tren se detuvo. Desde su ventajoso nuevo sitio, Devra pudo ver a David y Mika cruzando la plataforma. Se veían felices. Despreocupados. Niños en cuerpo de adultos, alegremente inconscientes de la vida que venía hacia ellos, y que eventualmente llega a todos: los problemas de la adultez. Devra los envidiaba. ¿Podía volver a eso? Nunca. ¿Por qué se terminaba? Reprimió el impulso de saltar del tren y ver si la Galería Nocturna valía la pena.

—“Oh, verdad. Tengo que salvar al mundo”, se dijo a sí misma. Estaba casi mareada. Era la versión no violenta de lo que Dashiell Hammet llamaba “simplemente sangre”. Ese momento en que la excitación y el miedo desconectaban las funciones cerebrales. Cuando la vida es tan aterradora que se vuelve cómica.

Con una sutil sacudida el tres se puso nuevamente movimiento. El suave bamboleo era reconfortante. Ella sabía que el golpe venía. No puedes tener tanta adrenalina sin un golpe. Era sólo fisiología, o química corporal, para ser precisa. El apenas perceptible sonido del tren impulsándose en la noche por el campo europeo le recordó que había una app de audio de ambiente con el mismo sonido, que ella luchaba por ignorar. El sonido del descanso. Dormir.

Devra sonrió y cerró los ojos. Habría muchos otros ojos que ella necesitaría abrir en las próximas semanas si quería una mínima esperanza de éxito, pero por ahora, ella cerró los suyos, y los mantuvo cerrados.

Horas después, Devra volvía a la estación con un vaso con café.

“Siempre los caballos”, pensó mientras pasaba por la estatua de un poeta militar. Más arriba, podía ver el edificio amarillo que era la estación. Números en círculos azules estaban ordenados al frente. La torre del reloj se destacaba en el centro. Vio la hora y la comprobó con su smartphone, estaba a tiempo.

Ella apuntó el teléfono hacia el conductor mientras volvía a abordar el tren. Se maravillaba de lo rápido que esta parte del mundo se había acomodado a su nueva realidad. Del orden soviético al caos occidental. El animal humano era notoriamente adaptable, una vez que superaba el shock del cambio, aprendía a salir adelante, a aceptar. Y luego modificaba sus códigos y necesidades hasta que lograba surgir. Una versión en microescala de la realidad cósmica.

Tan pronto como Devra comenzó a caminar por el pasillo central del tren, divisó a David y Mika. Ellos estaban concentrados uno en el otro, pero para ella era claro que era imposible pasar junto a ellos sin delatar su presencia. Se puso tensa.

—“¿Galería Nocturna no era todo lo que prometía ser, no?”, dijo inexpresivamente.

—“Cerrada. ¿Quién lo sabría?”.

—“Tú no, obviamente”.

—“Obviamente”. David le sonrió de vuelta. No logró bien el acento americano esa vez. Estaba cansado. Frustrado.

Por alguna razón que ella no pudo explicarse a sí misma, gentilmente pateó el bolso de lona en el suelo, junto al pie de David. Él reaccionó rápido, pero su zapato alcanzo a tocar algo duro.

—“Viajas ligero”, dijo sarcásticamente.

De pronto, la expresión de Mika se endureció. David hizo lo que pudo para ocultarlo, pero Devra se dio cuenta de que estaba enfurecido.

—“Soy un...”, murmuró David.

—“¿Fotógrafo?”, le preguntó Devra.

—“¿Claro, por qué no?”, replicó.

—“¿O tal vez un programador?”.

—“Ok, lo que tú quieras”. David forzó una sonrisa.

Devra Lo miró fijamente. Ahora no estaba relajado, sino desequilibrado. En algún nivel, él se estaba preguntando cuándo pasó de depredador a presa. Ella lo quería desequilibrado. Desvió su atención a Mika.

—“Quiero que te mantengas lejos de mí David. Tú y Mika. Sé que ese bolso está lleno de tecnología robada —teléfonos, computadores y tablets que has robado a los pasajeros—. Sé que crees que con tu encanto puedes lograr la confianza de los pasajeros que viajan solos. Puedo imaginar que Mika no tiene problemas con los hombres, y tú manejas a las que son como yo. ¿Soy un blanco para ti?”.

—“Uno maduro”, respondió Mika, forzando una sonrisa con los dientes apretados.

—“¿Y me estoy comportando como uno?”, dijo Devra, volviendo sus ojos hacia Mika.

—“No”, dijo David.

—“Cuando nos conocimos me dijiste que estabas acá por placer. Yo te dije que estaba por negocios. No quisiste saber cuáles eran mis negocios...”, dijo Devra lentamente.

Mika y David reaccionaron como si acabaran de ver la cara de un demonio. Cualquiera fuera el poder que XM le estaba dando, Devra se dio cuenta de que incluía la habilidad para intimidar. ¿Era una nueva habilidad? Ciertamente la tenía antes. No llegó a su posición en Stanford o en Niantic sin ella. Pero ahora tenía sensación del control. Una sensación de total comprensión.

Con eso Devra se alejó, apenas capaz de mantener la compostura. Quería gritar fuerte, no de miedo, sino por el triunfo. El XM la estaba afectando de formas que ella nunca habría anticipado. Había acusado a dos ladrones porque con un resplandor había visto cada movimiento como si ella misma hubiera estado ahí. Una película de dos horas en un pestañeo, y podía recordar cada detalle. Cada robo. Cada estafa y cada víctima.

Devra encontró un asiento cerca del fondo del vagón de pasajeros y se agachó mientras las puertas se cerraban con un sonido neumático. El tren salió de la estación. Al

otro lado del pasillo, un hombre de mediana edad navegaba por internet con una tablet.

Devra giró hacia él, apuntando hacia Mika.

—“Ella no te quiere a ti, quiere tus cosas”, dijo.

—“Ah, ¿entonces es una mujer?”. El hombre le sonrió y Devra rió. La primera risa en tanto tiempo como podía recordar.

Rió tanto como pudo, una risa que parecía soltar toda la energía, el miedo, la ansiedad, el estrés, la confusión y las dudas acumulados en ella. Tomó un respiro, agarró su teléfono y marcó un número. Los rings parecían continuar para siempre, hasta que finalmente contestó una voz al otro lado de la línea. Devra vaciló sólo un momento.

—“Hola, es Devra. Sí. De verdad. Estoy bien. Gracias. ¿Y tú? Bien, bien. Mira, voy a la ciudad. Lo sé. Ha pasado mucho tiempo. Bien, lo estoy arreglando ahora. Literalmente. Sí. En cerca de dos horas. Sólo si no es un inconveniente. Puedo tomar un taxi. O el metro. ¿Todavía tienen esos adorables trenes azules? ¿De verdad? ¿Estás seguro? Ok, sí. Puedo encontrarlo. La estatua al frente. Dálmatas, sí. Estoy segura de que no es tan ridículo. O, ¿en serio? Está bien. Te veré ahí. Gracias, has salvado mi vida. De nuevo. Ahora yo podría salvar la tuya. ¿Qué? Sí. Te lo diré todo cuando te vea. Adiós”.

Devra tocó la pantalla para colgar la llamada cuando de repente un mensaje de texto apareció.

Apégate al plan y te mantendré segura.

No tenía sentido tratar de responder, no cambiaría nada. En vez de eso se arrellanó más profundamente en su asiento. Estaría allá en un par de horas.

Un pestañeo. Pudo sentir los frenos deteniendo el tren. ¿Había dormitado? No, estaba segura. Pero el tren estaba llegando a su destino. Podía escuchar el anuncio. Otra película de dos horas vivida en un instante.

Devra agitó la cabeza.

—“¿Ya llegamos?”, le preguntó al hombre a través del pasillo.

—“El tiempo vuela”, respondió.

—“Excepto cuando se queda quieto”, dijo Devra.

—“Al menos llegamos a Zurich vivos”.

—“¿Qué quieres decir?”.

—“Los asesinos. Los del Zurich HB. ¿No habías oído?”.

—“¿Qué? ¿Cuándo?”, Devra trató de esconder su reacción. El pánico empezó a crecer dentro de ella.

—“Anoche. Dicen que posiblemente es una broma, o una treta”, decía mientras le pasaba su tablet a Devra.

Ella vio la historia en la pantalla. Había una foto de Jarvis tirado junto a la estatua de Escher. Y el cuerpo de una mujer tumbado junto a él. Devra respiró profundamente y rezó para que reacción fuera controlada. Endureció sus ojos.

—“Gracias”, respondió Devra mientras le devolvía al hombre su tablet y comenzaba a caminar.

De pronto su teléfono vibró de nuevo. Leyó el mensaje de texto en la pantalla.

Devra, apégate al plan. Tu lugar de reunión está listo.

Vibración:

Te mantendré segura

Devra no podía sacar la imagen de Jarvis de su mente. Ellos lo habían matado. Y habían matado a una mujer con él, de su estructura y con su color de pelo.

Te mantendré segura

Ésa se suponía que era ella. La mujer. Ellos la habían matado, pero Devra se dio cuenta de que ella misma era el blanco. Su ángel guardián la había salvado de nuevo.

Vibración.

Te mantendré...

Y sólo el ángel lo sabría.

Apagó el teléfono. Rápidamente se compuso y se movió hacia adelante con el resto de los pasajeros, hacia David y Mika, que iban en camino a las puertas de salida.

Devra se metió a empujones para pasarlos, empujando a Mika a un lado y haciendo su mejor esfuerzo para no largarse a correr, aunque sus piernas lo deseaban desesperadamente.

Las puertas apenas se habían abierto cuando Devra prácticamente saltó en la plataforma del tren y rápidamente se dirigió a la multitud.

No paró para darse vuelta y ver la reacción de David y Mika —ni para ver si estaba siendo seguida—. Mientras caminaba pensaba que la antigua Devra sí se habría dado vuelta. Que su curiosidad era lo mejor de ella, y así es como el gato termina asesinado, según recordaba. Así que mantuvo sus ojos fijos al frente.

Ellos no sabían. Ellos no lo habían visto pasar.

Mika estaba tan ocupada siendo territorial que no se dio cuenta de que Devra dejó caer el teléfono en el bolsillo de su bolso cuando pasó bruscamente a su lado. Una pieza más de tecnología robada que David y Mika eventualmente empeñarían.

Pero por ahora, aunque no podían saberlo, el ángel viajaría con ellos.

Capítulo 2

Ocho Cinco Cinco

Farlowe desatornilló su silenciador, guardó la pistola en la funda y giró hacia Phillips, que revisaba la escena a su alrededor.

—“Ochocientos duros, dos tiempos”, dijo Phillips a su auricular bluetooth.

Farlowe estudió su trabajo. Una herida de entrada limpia en la frente de Jarvis que sólo escondía los horrores que alguna vez estuvieron dentro de su cráneo.

“Fuerte caen las cabezas que usaron coronas”, murmuró para sí mismo, y escuchó a Phillips. Farlowe podía ver el cuerpo de Devra tirado a un lado, parcialmente oculto por las sombras.

Phillips se dirigió a él. “Los limpiadores están en camino. Dos minutos”.

—“Debería estar centralizado. No necesitamos tantas esponjas”, dijo Farlowe.

—“Esa es la forma en que se hace”, replicó Phillips mientras iba hacia el cuerpo de Devra.

Farlowe examinó los alrededores. No vio a nadie, pero escuchó una voz. Mujer, con acento suizo-germano, agitada.

Phillips refunfuño y se alejó de Devra. La sangre había salpicado en la estatua que estaba detrás de ella. Dos tiros a la cabeza, tal como la misión requería. Pero algo había salido mal.

—“Ella está llamando a la policía”, dijo Farlowe.

—“¿Qué?”. Phillips estaba distraído, que era exactamente como no tenía que estar en este momento.

Farlowe se acercó más a Phillips. “No puedo entender lo que está diciendo. Ella está llamando a la policía”.

—“No es ella”. Phillips dio vuelta el cuerpo con su pie.

Phillips miró a Farlowe y a la Van negra que se estacionó tras él. Tres limpiadores, todos de veintitantos, dos hombres y una mujer, que rápidamente saltaron de la Van y se dirigieron hacia los cuerpos.

—“No es Bogdanovich... qué demonios”.

Si Farlowe estaba sorprendido, sus años de entrenamiento y trabajo de campo le habían enseñado cómo ocultarlo.

Buscó su arma y comenzó a atornillar de nuevo el silenciador.

—“Me haré cargo de los testigos”.

—“No. Asumimos que alguien vio esto, estamos en un lugar muy público”.

—“¿Y ahora qué?”, preguntó Farlowe a Phillips.

—“Ahora limpiamos este desastre y nos largamos de aquí. Ahora Bogdanovich está escapando, entonces ahora tú la encuentras. No quiero comunicaciones abiertas, no le hablas a nadie, excepto a mí. Te diré tu próximo movimiento cuando sepa cuál es. Ahora te vas”.

De repente los dos estaban bañados en una luz verde, como plasma. Farlowe buscó la fuente, pero no había ninguna. Continuó buscando. Venía del cuerpo de Jarvis, lo envolvía.

—“Qué diab...”.

Phillips agarró el brazo de Farlowe y tiró de él hacia el grupo de limpieza, que cubrían sus ojos.

—“¡Todos atrás! ¡Es XM!”, gritó Phillips, pero Farlowe estaba como escuchando a alguien bajo el agua. Distorsionado, amortiguado.

Farlowe tenía una sensación de brillante plasma flotando alrededor de él. Se juntaba a su alrededor, como una neblina inteligente. Escuchó un siseo ensordecedor; que sonaba como algo que había oído muchas veces antes, una exhalación final, el ruido de la muerte. Entonces, la niebla se dirigió hacia la base de la estatua de Escher y fue absorbida hacia la tierra.

—“¡Farlowe, Farlowe!”.

Él nunca sabría lo que ocurrió durante los siguientes segundos. Farlowe trató de forzar sus pensamientos y enfocarlos, y cuando lo logró todos se habían ido. Estaba solo frente a la estatua. Su pistola y el silenciador estaban perdidos.

—“¡Farlowe!”.

El agente miró sus manos. La limpiadora había limpiado sus manos con desinfectante, quitando los residuos del disparo. El limpiador que estaba junto a ella botaba la pistola y el silenciador en una gran bolsa de plástico.

—“¿Estás con nosotros? ¿O estás con alguien más?”, le preguntó Phillips a Farlowe.

—“Completamente con usted, señor”, mintió Farlowe. Se dio cuenta de que había estado unos momentos inconsciente. No los recordaba tomando su arma o trabajando en sus manos.

—“Nosotros nos libramos, pero tú estuviste en esa cosa por un par de segundos”.

—“Se sintió más largo”, dijo Farlowe, estudiando a Phillips. “Estoy bien”.

Phillips tomó su Glock cargada con munición SIG .357 y se la pasó a Farlowe.

—“Más te vale”.

Una hora después, Farlowe conducía hacia el sur. Existía una pequeña esperanza de adelantar a Bogdanovich, pero la alcanzaría tarde o temprano. Si todavía estaba en el tren sólo había algunos lugares a los que podría ir. Lo único que no sabía era qué haría cuando se encontrara con ella. La Glock en la cartuchera le decía lo que Phillips tenía en mente, pero él no estaba tan seguro.

En lugar de eso, él tenía una sensación de propósito, solamente aún no sabía de qué se trataba.

Farlowe buscó su teléfono. No estaba en su chaqueta. Los limpiadores debían haberlo tomado, eso también. Descubrió que eso simultáneamente le molestaba y lo liberaba. El auto que manejaba era un vehículo de la compañía, por lo que Phillips podía rastrearlo y encontrarlo cuando lo necesitara, pensó Farlowe mientras conducía hacia la noche.

La confusión que había invadido sus pensamientos se había reducido, focalizándose en un horizonte de infinita oscuridad. El punto de desvanecimiento. Aun así, había cosas que se enfocaban, una nueva claridad. Estaba conectando ideas y pensamientos y hechos y experiencias en un patrón emergente acerca de lo que había pasado en Zurich, y quién podría estar detrás de eso. Y para Farlowe, nada de eso se veía bien.

O alguien había echado a perder el plan, o Devra de alguna manera había sido advertida acerca de lo que venía y había podido hacer un cambio. O había tenido mucha suerte.

La incertidumbre era algo que él siempre había tratado de evitar en su carrera. Pero ahora Farlowe tenía la sensación de que era precisamente eso lo que había encontrado. Estaba en el ojo de un huracán de caos.

Tal vez era el XM que lo había alcanzado antes lo que lo hacía pensar así. Farlowe se dio cuenta de que se sentía distinto, no sabía por qué, pero sí sabía que nada nunca volvería a ser lo mismo. Y algo dentro de él estaba feliz por eso. Y por razones que no podía comprender todavía, Farlowe también sabía que iba en la dirección correcta. Hacia Devra. Hacia el oscuro horizonte y la mujer que se había desvanecido.

Un bus con alas. En eso se había convertido volar, 855 pensó para sí mismo mientras repartía cartas en la bandeja frente a él. Su trabajo estaba lleno de pequeñas indignidades, gente rogando por su vida; otros tratando de matarlo. El aislamiento. La falta de cualquier tipo de relación personal. La sangre. Su vida en constante movimiento, como el tiburón que nunca puede dejar de nadar. De hecho, ahora que lo pensaba, le gustaban todas esas cosas. Pero lo maldecía todo cuando tenía que volar en clase turista. De todas formas, era la suerte de las cartas.

Dio vuelta las cartas y sacó los reyes y jokers, poniendo el resto de las cartas a un lado.

Miró las ocho cartas. Para cada una tenía una historia, una historia que había ensayado tantas veces, y actuado tantas veces, que cada una era una parte de él. Había gastado tanto de su vida aprendiendo las detalladas mentiras de cada uno de los hombrecitos pintados frente a él, que le había costado mantener su propia vida antes de la agencia.

Ahora, cada uno era una única identidad falsa. Los reyes eran hombres casados, los jokers, solteros. Picas representaban a trabajadores. Las espadas, tecnología. Diamantes, riqueza, por supuesto. Y los corazones, familia y romance.

Trató de recordar cuántas veces antes había comenzado con esas cartas. Demasiadas para contarlas. Pero ellas proveían el caos, el azar en el que confiaba, y eso le había servido, hasta ahora.

Ésa era la parte de su trabajo que la gente no entendería, si él alguna vez hubiera estado autorizado para explicarlo, lo que no era así. Este tipo de trabajo se trataba de detalles y método. Al igual que los pilotos que tenían su vida en sus manos, el tenía una lista de pre-vuelo, y como los pilotos, la seguía religiosamente.

Pero también había aprendido que la ordenada rutina eventualmente llevaba a la complacencia y el descuido, y esos patrones eran como él rastreaba a sus víctimas. Así que inventó las cartas. Ocho oportunidades de ser alguien más cada vez que comenzaba una nueva cacería.

—“¿Es un truco?”, le pregunto la adolescente sentada a su lado. Tenía alrededor de catorce. Ligeramente subida de peso. Él pudo escuchar a Katy Perry cantando desde sus audífonos cuando se dio vuelta hacia ella.

—“No, elige un número entre uno y ocho”, dijo mientras la estudiaba. No había matado a nadie de su edad en meses. Ella sonrió.

—“Cinco”, dijo ella.

—“Bien. Cinco será”. Dio vuelta las cartas sobre la bandeja, contándolas.

—“Uno, dos, tres, cuatro y cinco. El rey de diamantes”.

—“¿Qué significa?”, preguntó ella.

—“No tengo idea. Toma, prueba tú”. Con concentración tomó las cartas y las revolvió, deslizando un billete de veinte dólares que casualmente había sentido en su bolsillo bajo la cuarta carta.

—“Yo diré un número, tú reparte”.

—“Ok”.

—“¿Cómo te llamas?”.

—“Sandra”, dijo ella.

—“Es agradable volar contigo, Sandra. Cuatro”.

Ella repartió las cartas, “uno, dos, tres...”.

En la cuarta carta, se detuvo.

—“Veinte”. Ella le sonrió. “Pensé que habías dicho que esto no era un truco”.

—“Mentí”.

—“¿Puedo conservarlo?”.

—“No las cartas, esas son mías. Y como eso es todo lo que te entregué, no tengo problema con que te quedes con cualquier cosa que hayas encontrado”.

—“¿Es como una cosa de beneficencia? Apuesto que ha sorprendido a un montón de gente”.

—“A eso me dedico”, dijo él, y se levantó para ir al baño.

Sandra se encogió de hombros, puso los veinte dólares en su bolso y volvió a escuchar a Katy Perry.

En el baño del avión, 855 miraba el espejo, observando fijamente su cara. Aún apuesto, pero ahora con profundas líneas alrededor de sus ojos y en su frente. Ojos verdes, pero podía cambiarlos cuando lo necesitaba con lentes de contacto. Ya no estaba seguro de cuál era su color de cabello, pero por ahora era castaño, recién empezando a ponerse gris. Cuarenta y pocos bien mantenidos.

Abrió el área oculta en el forro de su chaqueta y sacó un sobre con la etiqueta “Rey de diamantes”. Adentro había un pasaporte, una tarjeta del seguro de salud y tres tarjetas de crédito, todas con el nombre Karl Ameston. Puso todo en su billetera, sacando las identificaciones anteriores. Lavó sus manos y envolvió su antiguo pasaporte y tarjetas en toallas de papel. Satisfecho, botó el montón en el papelerero.

Cuando volvió a su asiento, Sandra se dirigió a él.

—“Olvidé decir gracias y preguntar su nombre”.

—“De nada. Y Karl”, respondió él.

Christie estaba siendo extremadamente respetuoso. No le preguntó a Devra ningún detalle cuando la recogió en la estación de trenes. Tampoco la presionó para que le diera información en el auto, camino al pequeño bar en el que ahora se encontraban. Incluso ahora, él estaba aparentemente conforme con beber su cerveza y conversar trivialidades.

—“¿Viste todo ese graffiti en el costado del edificio en el camino? Ha estado ahí por veinte años”.

Devra miró por encima de su bebida y estudió al Dr. Christie Novosel, uno de los mejores ingenieros químicos con los que ella había trabajado. Era un hombre grande, con hombros anchos y lentes tan gruesos como su cuello. Su bigote era gris y lleno, y saltaba alrededor de su labio con cada palabra que él decía.

—“Mmm...”.

—“En casi todos los lugares sería una señal de negligencia, pero aquí es un signo de orgullo. En todo Zagreb. Cuando cayó el Muro, los primeros signos de rebelión se vieron en los costados de los edificios que habían sido pintados con spray. Así que se quedan. Y se transforman de vandalismo a una expresión de libertad”.

Christie miró toda la habitación, luego a Devra.

—“Ahora lo llaman ‘arte callejero’. Algunos de los más famosos artistas venden su trabajo por millones. Va a ser clásico”, dijo Devra.

—“Bien entonces, todo lo que necesito es un mazo y unos bonitos marcos y mi retiro está asegurado”, rió Christie.

Devra le sonrió. Lo está haciendo bien, pensó ella. Lo debe estar comiendo por dentro no preguntarle el asunto obvio.

—“¿Y qué con tu legado, Christie? ¿Y si yo pudiera ayudarte con eso?, dijo Devra.

De pronto, la cara de Christie pareció cambiar. Su expresión se hizo seria, concentrada. Había esperado por esto, y Devra le había dado su entrada. Él intentó hacer lo mejor que pudo con ella.

—“Así que esto es acerca del CERN? ¿Qué has estado desarrollando y por qué me llamaste de la nada por primera vez en tres años, y dos horas después estamos juntos tomando una cerveza? ¿Cuánto puedes decirme? De acuerdo, ¿cuánto estás autorizada a decirme?

Devra se echó hacia atrás en su silla y estudió la habitación. Nadie parecía estar interesado en ellos. A propósito ella había elegido un lugar en la esquina, y estaba sentada de tal forma que podía mantener un ojo en la puerta.

—“Se llama Niantic. El nombre se lo pusieron por un barco hundido en San Francisco. La NIA nombra a todos sus proyectos como naufragios. Esa debió haber sido mi primera pista. Devra exhaló, al parecer por primera vez en días.

Christie tomó su cerveza y bebió un largo trago, indicando que no tenía intención de interrumpirla.

Hemos estado estudiando los efectos de una sustancia a la que llamamos Materia Exótica. Yo creo que tiene un componente extra-dimensional que no puedo explicar. Lo vimos primero a escala subatómica, pero ahora... flota en nuestra... realidad. Y está construyendo...”.

—“¿Construyendo?”.

—“Como el ADN, es una estructura que puede ser usada para crear”.

Christie la interrumpió. “El ADN crea vida, Devra”, dijo con expresión neutra.

—“Ahora la NIA la está usando para crear armas. Por el momento, éstas sólo son capaces de afectar otros constructos de XM”, respondió Devra.

—“¿Pero no es ahí donde crees que terminará, cierto?”, pregunto Christie. La seriedad de lo que estaban hablando estaba cayendo sobre él, y Debra pudo verlo en su cara. “¿Por eso estás ahora aquí?”.

Devra asintió mientras tomaba la mano de Christie. “Eso, y el hecho de que trataron de matarme”, dijo ella.

Los ojos de Christie se agrandaron.

—“¿Qué? ¿Cuándo?”.

—“Hace algunas horas, en Zurich”.

—“¿Entonces estás huyendo?, balbuceó Christie.

Devra asintió.

—“Y necesitas mi ayuda, obviamente... lo que sea... sólo dime y si lo tengo, es tuyo”.

Su voz estaba subiendo. La adrenalina estaba pegando fuerte en el gran hombre, que se estaba animando. Devra hizo un gesto hacia él y Christie se compuso.

—“Lo que sea”, dijo.

Devra ordenó sus pensamientos. Por lo que se veía, tenía a su primer aliado real.

—“Voy a necesitar tu experiencia Christy. Voy a combatir el fuego con fuego. Tú sabes más que nadie en el planeta acerca de convertir materia en bruto en algo usable. Y eso es lo que voy a hacer con el XM.

El sol estaba comenzando a salir sobre la tierra plana de Zagreb.

“Karl” pasó despreocupadamente por la Aduana y rápidamente enfiló hacia el área destinada a recoger el equipaje. Al identificar su maleta, la tomó del carrusel y se abrió paso por entre la gente con la habilidad de un experto viajero. Vio a Sandra por el rabillo del ojo mientras ella le hacía un gesto de adiós. Él le hizo un ademán de despedida, y arrastró su maleta un par de carruseles más allá, hacia un montón de gente de otro vuelo que esperaba su equipaje, esta vez desde Londres.

Observó cómo la gente observaba el equipaje que se movía, todos intentando hacer lo más corta posible esta parte del viaje. Él se movió hacia la parte de atrás del carrusel (sólo había un par de viajeros ahí) y hábilmente sacó la etiqueta de viaje de su maleta sin que nadie se diera cuenta. Entonces, como si hubiera tomado la maleta equivocada, dejó su maleta sobre el carrusel metálico y siguió observando, uniéndose a los otros impacientes pasajeros.

El hombre que había sido durante las últimas tres semanas ahora era sólo otro equipaje extraviado. Cualquier evidencia que lo conectara a la necesaria violencia que había desatado en Shanghai estaba ahora a miles de kilómetros de distancia y pronto estaría guardada en un almacén, olvidada por meses o para siempre.

Satisfecho de que todas las cosas que quedaban de Raymond Stiber hubieran desaparecido, 855 se dio a la tarea de ser Karl Ameston, exitoso, padre de tres hijos, en

Zagreb investigando fábricas de artesanías locales por artículos que pudiera vender como parte como su trabajo de decorador de interiores.

Se detuvo en la ventanilla de cambio de divisas y sacó una tarjeta AmEx de su billetera. Deslizó la tarjeta bajo el vidrio, hacia una atractiva, pero cansada joven cajera. Ella le sonrió y tomó la tarjeta.

—“¿Inglés?, preguntó él.

—“Por supuesto, señor Ameston”, respondió ella al tiempo que miraba su nombre en la tarjeta. “¿En qué puedo ayudarle?”.

—“Necesito un avance en efectivo. 10 mil kunas”.

—“Eso sería, aproximadamente, setecientos dólares americanos, más el costo de operación. ¿Lo realizo?”, sonrió.

—Karl buscó su pasaporte en la chaqueta. “Asumo que va a necesitar esto”.

—“Sí, por favor”. Ella tomó y abrió el pasaporte, y lo estudió por un momento. Estaba entrenada para eso. Suficientemente meticulosa, pero para mañana lo habría olvidado. Estaba entrenada para eso.

—“Gracias, señor Ameston. Un momento, por favor”, dijo mientras deslizaba el pasaporte bajo el vidrio.

—“Dígame, ¿hay algún lugar en el aeropuerto donde pueda comprar un teléfono de prepago? Necesito tener un número local”, dijo él.

—“No, en el aeropuerto no, lo siento”.

—“No hay problema, lo arreglaré cuando llegue al hotel”, dijo, y le sonrió.

En el taxi, miró su reloj. El único artefacto del cual no podía separarse. Nunca. Lo había elegido años atrás, después de uno de sus primeros trabajos. Un trofeo. Había decidido hacerlo parecer un robo, y era lo más obvio para robar. Gran esfera, de acero inoxidable con cadena. Pesado. Un reloj de buzo que nunca había visto el océano. Caro, pero sutil. Y lo tenía incorporado en cada una de sus historias pantalla. En su tipo de trabajo, era una de las herramientas más valiosas, pero no la más valiosa. Necesitaba una de esas también. Pero antes, un teléfono y otros objetos esenciales.

Aunque el viaje en taxi por la avenida Mall no fue tan largo, Karl se aseguró de darle al taxista una propina tan grande que llamara su atención. Nunca es demasiado temprano para poner los cebos, y él había aprendido que cualquier taxista del mundo podía ayudarle a encontrar problemas, o a una chica. O ambos.

Después de comprar un pequeño notebook y visitar un par de tiendas de ropa, 855 eligió un nuevo traje en el cual podría esconder a Karl Ameston en cualquier aeropuerto al que su trabajo lo llevara a continuación. Por fin encontró un quiosco que vendía teléfonos de prepago; compró dos con tarjetas sim con número de teléfono local.

Con uno de los teléfonos, le mandó un mensaje de texto con el número a su contacto, mientras se dirigía a una pequeña farmacia. Lo supo cuando puso el teléfono en su bolsillo. Comenzó a sonar apenas llegó al pasillo de suministros.

—“¿Puedes seguir cualquier rastro?”, preguntó Phillips.

—“No he empezado. He estado acá apenas una hora. Recién conseguí el teléfono y te mandé el mensaje apenas lo activé. Todavía debo preparar algunas cosas, pero no tardaré demasiado”.

—“Los dos blancos ahora son una prioridad. Encuéntralos y síguelos”.

—“¿Y las últimas palabras de alguno de los dos? ¿Algo que no te deje dormir?”.

—Mucho, pero no ellos. Estoy autorizando ambas órdenes. Haz lo que haces. Rápido”.

La línea quedó en silencio. Después de unos momentos llegó un mensaje de texto con una dirección URL. Hizo clic en el link e introdujo su contraseña.

Dos dossiers —uno de Devra Bogdanovich, una investigadora, y otro de un hombre de la compañía llamado Farlowe— aparecieron en la pantalla. Karl no sentía ninguna preocupación por el estrés que había sentido en la voz de Phillips. Si este trabajo incluía negocios familiares, que los incluyera. Hace mucho tiempo que Karl había dejado de preguntar acerca del “por qué”, sólo por el “quién y cuándo”, y ahora sabía ambas respuestas.

Guardó la URL en la memoria y borró el texto.

Karl dejó caer el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y miró con atención los estantes que estaban frente a él. Encontró las tijeras que estaba buscando casi al instante; la cinta de embalar no estaba lejos.

Capítulo 3

Si volar en clase turista era la parte de su trabajo que más odiaba, esta era la parte que amaba más.

Zagreb era como la mayoría de las ciudades del ex bloque del Este que había visitado. Arquitectura soviética de cajas para crear blocks de departamentos, pero el centro de la ciudad, donde estaban los comercios y distritos de comida, mantenía el encanto del viejo mundo. Calles serpenteantes y fachadas que evocaban otra era, cuando hombres como 855 habrían trabajado para el rey... o la Iglesia.

Karl había estado en cuatro restaurantes que sabía que eran frecuentados por la mafia croata, donde se comía buena comida y se bebía licor barato. En cada uno de ellos había hecho el rol de americano gritón, quejándose o adulando los bistecs de Zagreb —de los que en realidad pensaba que eran deliciosos sin que importara cuándo había estado en la ciudad— y generalmente agitando demasiados kunas y dólares americanos. Hasta ese momento, no ladrones.

Pero ahora, en su quinto viaje de la noche, empezaba a creer que necesitaría abandonar la opción uno o la dos, e ir directamente tras lo que esperaba.

Atravesando el salón casi vacío, dos hombres en chaquetas de cuero, uno de ellos con los lentes de sol apoyados en la calva, le estaban echando un vistazo.

Años de experiencia le habían enseñado a Karl que había muchas formas de conseguir un arma. Podías comprarla. Robarla. O dejar que viniera a ti. Como él siempre

llegaba limpio a su destino —sólo en las películas los espías pasaban sus armas por la seguridad del aeropuerto—, se había vuelto adepto a conseguir armas de fuego alrededor del mundo. Esta era la parte que amaba del trabajo.

“Una más”, dijo en voz alta a la mesera en mal croata mientras mantenía en alto su vaso de Rakia, un licor dulce hecho de ciruelas y uva fermentadas. Ella volvió con la botella y le sirvió otro, aun forzando una sonrisa. Suficientemente linda para lo que tenía en mente.

Comió otro bocado de su bistec.

—“Te daré mil kunas si me das la receta de esto”.

—“Lo siento, señor, pero eso no...”.

La interrumpió sacando dos mil kunas de su billetera y golpeando con ellos la mesa, suficientemente fuerte para estar seguro de que los hombres que estaban al otro lado del salón hubieran oído. Lo habían hecho. El resto de los clientes del restaurante se volvieron hacia él por un momento antes de regresar a sus comidas. Los dos hombres mantuvieron sus ojos en él.

—“No me dejaste terminar. Mil por la receta. Dos mil si me lo llevas en persona, a mi hotel. Y quinientos dólares americanos adicionales si me das la receta del desayuno...”.

—“Eso no está en el menú, señor”, dijo ella algo sonrojada.

Notó la mirada de los hombres por el rabillo del ojo. El anzuelo estaba echado.

Karl sonrió. “No puedes culparme por intentarlo, ¿cierto? Supongo que en vez de eso sólo dejaré la propina”.

Deslizó mil kunas hacia ella.

Lleva a tu novio a algún lugar lindo, algún lugar que no sea... este lugar". Ella rió. Estaba demasiado asombrada por el tamaño de la propina para protestar.

—"Tú pierdes".

Y con eso, Karl tomó su abrigo y salió por la puerta. En el vidrio pudo ver el reflejo de los hombres planeando su próximo movimiento.

Caminó por los alrededores diez minutos.

El restaurante estaba en Črnomerice, un viejo distrito de la ciudad cercano a algunos edificios industriales. Los turistas no salían de ese lugar a menudo, por lo que podría hacer creer a los dos hombres que lo seguían que estaba perdido, o que era estúpido, o ambos. Su error.

Más adelante estaba una fábrica textil que él había explorado cuando iba camino al restaurante. A esta hora de la noche no debería haber nadie ahí. Siguió caminando hacia ella mientras sus perseguidores se acercaban.

Karl sacó su mano para afirmarse, tomando la esquina del derruido edificio.

—"¿Está perdido?". La voz estaba más cerca de lo que había anticipado; ellos habían acortado la distancia rápidamente, claramente habían hecho esto antes. También él.

—"¿Esto es Zagreb?", respondió.

—"Sí".

—"Entonces, no. No estoy perdido, pero podría necesitar un taxi".

Ellos no se molestaron en notar que su croata había mejorado, estaban demasiado concentrados en sus propias acciones. En cualquier segundo...

El hombre de los lentes en la calva hablaba. Era el más alto, el más delgado. El más urbano. Claramente el miembro avanzado del dúo.

El segundo hombre era mayor. Su cara tenía marcas de acné de cuando era joven. Ahora la carne con cráteres presionaba sus mejillas y su prominente mandíbula con sombras, que se sumaban a la amenaza que él habría proyectado en cualquier situación. Una criatura primitiva. Peligroso de la manera en que una gran bestia es peligrosa.

—“Nosotros podemos ayudarte con eso. Por qué no nos das el dinero y nosotros te conseguiremos un taxi”, dijo Lentes de sol.

—“Seguro, ¿cuánto necesitan?”, dijo Karl, con sólo un indicio de miedo en su voz. Era un actor experto, capaz de expresar casi cualquier emoción instantánea y convincentemente. Su vida dependía de eso. Y la vida de otros a menudo terminaba porque le creían.

—“¿Por qué no nos dejas contarlo por ti?”.

Y con eso la primera pistola apareció. Él se dio vuelta para ver si Sombra también le estaba apuntando. Frente y espalda cubiertos, estúpidos estándar. Él estaba en el medio, pero ellos se tenían uno al otro en fuego cruzado. Aun así, no tenía que subestimarlos.

Ése era el mayor error de los hombres con las armas de fuego, la complacencia. Había un lado correcto y lado incorrecto para cualquier arma. El hombre en el lado correcto asumía que el hombre en el lado incorrecto estaba completamente acabado por el prospecto de una súbita muerte. Era un falso sentimiento de seguridad, y llevaba a perderse los detalles, como el mango de una de las hojas de unas tijeras que salió de una de las mangas de Karl hacia la palma de su mano derecha, con la habilidad de un mago profesional. Tan

fácil como deslizar un billete de veinte dólares en un mazo de cartas. Era inesperado para la víctima, lo que lo hacía mucho más fácil de sacar exitosamente.

Karl reaccionó a la semiautomática apuntando hacia su cara.

—“Yo... ehh... yo...”

—“Billetera. Reloj. En ese orden”.

—“Yo...”

—“¡Ahora!”. El de los lentes de sol movió el cañón del arma hacia adelante para enfatizar.

—“Y no te hagas encima”.

Sombra rió por lo bajo tras ellos.

Karl entregó su billetera, luego destrabó la correa del reloj y lo deslizó por su muñeca hasta sus dedos.

—“Mira, americano. Estabas pidiendo ser jodido y lo fuiste. Entonces fue una noche exitosa para ti después de todo, ¿no?”.

Lentes de sol y Shadow estaban riendo.

—“No tienes idea”, Karl les sonrió de vuelta, y abruptamente tensó todos los músculos de su cuerpo. Sus dedos se apretaron en un puño, compactando el reloj y convirtiéndolo en una improvisada manopla.

Lo que siguió fue rápido. Violencia eficiente.

Karl lanzó hacia adelante el puño con el reloj apretado, golpeando a Lentes de Sol directamente en la laringe, girándolo levemente hacia arriba, separándola de la tráquea.

Lentes de Sol apenas tuvo tiempo de mostrar su sorpresa ante el abrumador dolor la herida y el cortocircuito de su cerebro.

Como Karl anticipó, Sombra era el más lento de los dos. Mientras con su puño completaba la destrucción de las vías de aire de Lentes de Sol, pateó hacia atrás y abajo, a la rodilla derecha de Sombra.

Se rompió con un repugnante y fuerte crac.

En un fluido movimiento, Karl se dio vuelta envolvió con sus dedos el mango de las tijeras y terminó de sacarlas de la manga, mientras Lentes de Sol colapsaba, tosiendo y jadeando en busca de aire.

Sombra, aún intentando comprender cómo algo tan banal como robarle a un americano ebrio de repente había ido tan mal, trataba de apuntar el arma y lograr un tiro; pero antes de que pudiera apretar el gatillo, un dolor insoportable se abrió paso en el lado izquierdo de su cuerpo.

La puntería de Karl era exacta. A través de las costillas, directo al pulmón. Karl hizo palanca y empujó hacia adentro las hojas de las tijeras, hasta el mango. Sombra trató de gritar, pero Karl fue rápido, tapó su boca con la mano y guió al hombre por la pared de ladrillos que estaba tras él, hasta el suelo.

Muy poca sangre salpicó la ropa de Sombra. “Como siempre, perfecto”, pensó Karl. —“Lo que estás sintiendo ahora se llama Hemoneumotórax, lo que es sólo una forma elegante de decir que tienes sangre en la cavidad del pecho”.

Karl miró a Sombra directamente a los ojos, mientras éste mantenía fijos los ojos en las tijeras. Pateó el arma fuera de su alcance.

—“También es conocida como herida del pecho chupado. Irónicamente, lo que ahora te mantiene vivo es lo mismo que te va a matar, así que se cuidadoso y no te muevas mucho”.

Karl cruzó hacia Lentes de Sol y giró al jadeante hombre sobre su estómago. Sacó la cinta de embalaje de su chaqueta y rápidamente lo amordazó, usando la segunda hoja de las tijeras para cortar la cinta.

Volvió hacia donde estaba Sombra y ató fuertemente sus pies.

—“Las manos, por favor”, dijo Karl.

El estiró sus brazos dolorosamente, y Karl rápidamente los ató con cinta.

—“Interesante línea de empleo la que han escogido. Veamos las herramientas que has traído al lugar de trabajo”.

Karl alcanzó el arma de Sombra.

—“Una Rook”, dijo mientras examinaba el arma. Era una MP-443 Grach.

—“Muy bonita. Cámara 9mm Parabellum. Diecisiete rondas. Puede ser adaptada para 7N21, comúnmente llamada PBP, una variante de las armas de penetración”.

Sacó el cargador de la empuñadura.

—“Sin suerte. Y hay algo más”.

Levantó la pernera del pantalón del tipo. Había una XD compacta en una tobillera.

—“Aquí vamos. Piensa globalmente, pero compra localmente, ¿cierto?”.

Sombra no respondió. La rabia se estaba apoderando de él, superando al miedo y el dolor que sentía.

—“HS2000, XD Compacta, croata. Empuñadura de seguridad. Cargador de diez rondas. Casi tan buena como los bistec de Zagreb. Creo que tu amigo tiene una GSh-18”.

Karl caminó hacia el shockeado hombre y tomó su pistola del suelo.

—“Sip, Tenía razón. GSh-18. El 18 hace referencia a la cantidad de rondas. Arma de apoyo rusa estándar. 9mm parabellum también, y ésta es...”.

Sacó el cargador y observó la munición.

—“... está cargada con PBP. Capaz de atravesar un chaleco antibalas. Diablos, perforaría 8 milímetros de acero a 20 metros”.

Karl se volvió hacia Sombra mientras tomaba los lentes de sol del ahogado hombre, cuyos resoplidos eran ya superficiales. La falta de oxígeno lo estaba dejando semiinconsciente.

—“Ustedes, chicos, deben estar en un montón de problemas si necesitan esto para protección”.

Sombra lo miró fijamente.

—“Nosotros tenemos conexiones. ¿Sabes lo que significan estos tatuajes en nuestros brazos? Somos de la mafia y te cazaremos. Y a tu familia. Durante tanto tiempo como sea necesario”.

—“Ah! Eso. No lo dudo. No te preocupes, estamos casi listos”. Karl le sonrió y puso las armas en su cinturón.

Sacó el resto de los kunas de su billetera y tiró los billetes a los pies de Sombra.

—“Esto debería cubrirlo”.

Con eso dicho, Karl sacó la afilada hoja del pecho del hombre. Shadow inmediatamente comenzó a jadear, por el aire y la sangre que se infiltraban en sus pulmones.

—“Gracias por la charla”, le dijo Karl. “Necesitaba un hacer un poco de tiempo. Llevará a las autoridades a creer que fuiste interrogado, como si fuera parte de un golpe de la mafia, cuando hagan tu autopsia”.

Después les disparó a los dos hombres en la nuca.

Capítulo 4

Sus dedos se detuvieron en el teclado, suspendidos justo sobre él. Devra pensó largamente incluso si usar el computador de Christie. No estaba segura de estar fuera del alcance de ADA.

Había sido testigo del Algoritmo en acción muchas veces antes, y la conectividad y velocidad con la que ADA podía recopilar y cotejar datos aún dejaba a Devra atónita. Y ahora sabía que ADA era capaz de mucho más, tal vez incluso de asesinar, si ése era su plan para Jarvis. Pero aquí estaba Devra, aún viva y sentada en un sofá en uno de los mejores departamentos de Zagreb. ADA tenía algo más en mente para ella.

Christie, su actual salvador y uno de los hombres más brillantes que ella había conocido, le había llevado almohadas y frazadas, y le había dejado el notebook en la mesa de centro. Aparte de ellos dos, no había nadie más en el departamento. El ingeniero químico era soltero, gracias a Dios. Menos gente a la que mentirle.

Ahora, mientras ella lo escuchaba roncar en el dormitorio, la pantalla del notebook se encendió a su espalda. Aunque se sentía segura ahí, también sabía que el computador era un portal abierto, uno a través del cual ADA podía alcanzarla y encontrarla.

Era un riesgo que tenía que asumir. Devra necesitaba empezar a conectarse con sus otros contactos. Cualquier comunicación que pudiera hacer ahora parecería venir de

Christie, se aseguró a sí misma. Y reprimiría el impulso de acceder a cualquier información personal —su mail, sus datos online y el almacenamiento en la nube—. Estaba segura de que ADA estaría esperándola si lo hacía.

Los dedos de Devra tocaron el teclado. Partió instalando un servicio de encriptación cebolla en el computador de Christie. Lo había usado en otros proyectos para asegurar comunicación anónima con otros investigadores, especialmente con aquellos que tenían emails y chats administrados por el Departamento de Tecnología de sus universidades.

Satisfecha de que su dirección IP y su información estuvieran ahora ocultas, se puso a buscar el primer dato que necesitaba. El número de contacto de un colega con el que había trabajado en Milán. Luego, revisó todas las historias que pudo encontrar sobre lo que había pasado en Zurich. Ahora aparecía como teatro callejero que había salido mal, según el artículo más reciente.

Devra sonrió para sí misma, pensando que Jarvis probablemente apreciaría el hecho de que su asesino ahora fuera considerado una pieza de una performance.

Había más información sobre Niantic que buscar en la web. Quien filtró el proyecto estaba dentro, de eso Devra estaba segura. Los detalles eran demasiado precisos para ser suposiciones. Tal vez ellos tenían mayores problemas que ella, pensó Devra. Y quizás eso le daría algo de tiempo.

Para que su plan funcionara, Devra necesitaba armar su propia operación. Eso significaba que necesitaría talento, como Christie, e instalaciones o acceso a ellas. Y dinero. Siempre dinero. Y si había una cosa que los gobiernos del mundo eran fantásticos

perdiendo, pero intentaban rastrear completamente, era el dinero. Devra sabía que para tener fondos de cualquier fuente iba a necesitar la máxima discreción, al menos inicialmente.

Una vez que pusiera las cosas en movimiento, Devra lo haría público, y confiaba en que esa exposición mantuviera a NIA en las sombras. Ese era el plan. Al menos el que había ideado con cervezas y Christie dos horas antes.

Pero el gran esquema tendría que dar paso a los pequeños detalles por ahora. Primero lo primero. Sálvate a ti misma antes de salvar el mundo. Vio la hora en el computador. Tenía las 3:49 am. ¿Habían estado en el bar tanto rato?, se preguntó Devra.

Sus ojos revisaron el living de Christie buscando un reloj. Encontró uno en un librero junto a la muralla, a sus espaldas. Aunque se veía antiguo, el mecanismo aún funcionaba. 2:23, o tal vez 2:25. Las manecillas y la esfera eran lo suficientemente abstractas para señalar en una u otra dirección.

Cuando Devra volvió a mirar el computador la hora que ahora aparecía era las 8:55 pm. La diferencia apenas alcanzó a ser captada por su mente cuando saltó una ventana en la esquina inferior de la pantalla.

Te levantaste temprano — :)

El mensaje provenía de una mujer llamada Katalena

No es usual en ti. Espero que todo esté ok.

Devra no sabía qué hacer.

Di algo. O tipéalo, lo que sea. :) Sé que estás ahí.

Devra le escribió...

Estoy bien. Sólo un montón de trabajo que terminar.

...esperando que quien fuera que estuviera al otro lado del chat no tuviera una relación cercana, o íntima, con Christie. Si era así, ella no podría sostener su fachada por mucho tiempo. Mejor intentar terminar eso ahora, pensó.

¿Podemos hablar mañana? Yo te llamaré, ok? Muy ocupado en este momento.

K.Bye.

Devra sacudió su cabeza. Otro detalle pasado por alto. ¿Por qué no puso Desconectado en el estado de Christie? Por esos pequeños errores podían agarrarla. Entonces, otro mensaje. Uno que miró largo tiempo antes de cerrar el notebook.

¿Cómo vas a llamarme sin tu teléfono, Devra?

Farlowe llevó su auto a una parada en el frente de la estación de trenes de Zagreb. Se sentía cansado y energizado al mismo tiempo. Habiendo conducido por horas, se puso a mirar a la gente ir y venir en el frontis del edificio. El sol estaba empezando a salir, y trabajadores y viajeros llenaron el lugar.

Algo lo había llevado ahí. Instinto. Sentidos aguzados por los eventos de la noche anterior. Ésa es la razón por la cual introduje este lugar en el GPS del auto, pensó para sí mismo, aunque no recordaba haberlo hecho. Otro efecto secundario del XM, tal vez.

Farlowe observaba atentamente buscando a Devra. Sabía que en cualquier momento aparecería. Cada fibra de sí mismo le decía que tenía razón, hasta que...

No. No había prestado suficiente atención al GPS. Él no lo había programado para ir a la estación de trenes. ¿Qué estaba haciendo? Estaba seguro de que lo había programado adecuadamente. Tenía que haberlo hecho. No había nadie más en el auto. Tenía que aprender a controlar esas lagunas mentales de XM, pensó Farlowe.

Quizás el instinto lo había llevado ahí, pero la tecnología con la que no recordaba haber interactuado decía que debería estar buscando en otra parte.

Este era un auto de la compañía, por lo que todo lo apretara en el GPS podía ser visto por Phillips. No necesitaba ponerlo al día.

Farlowe estudió la pantalla del GPS. Un camino verde serpenteaba a través del mapa de Zagreb, desde su ubicación actual hasta la plaza Tito Marshal. Sus sentidos lo habían

llevado cerca después de todo. Solo a un par de cuadras. Podría estar en la universidad en seis minutos.

El designador numérico de 855 le había dado amplia libertad una vez que hubo recibido la orden de Phillips de matar a Bogdanovich y Farlowe. El daño colateral estaba anticipado, esperado. No se necesitaría papeleo ni explicaciones.

Los dos gánsters habían dado sus vidas para proveer a Karl de algunas de las herramientas que necesitaba para finalizar su asignación una vez que hubiera alcanzado a sus blancos. Lo siguiente era información, y el doctor Christie Novosel. Karl lo observaba desde el extremo del parque de la Universidad de Zagreb. Lo que pasaría a continuación lo decidiría el destino del doctor.

Devra Bogdanovich había venido a Zagreb por una razón. Y según archivo que Karl había recibido, Christie tenía que ser esa razón. Ellos habían trabajado juntos en un proyecto en los 90 por un par de años, y mantenido correspondencia desde entonces. Hasta ahora, Devra había hecho los movimientos correctos, pero éste era un error muy evidente.

Uno de esos que estaba seguro que Farlowe también notaría. Encontrarla a ella, encontrarlo a él. Realmente simple. Dos pájaros, un tiro.

Karl se puso sus recién obtenidos lentes de sol, tomó el libro que había robado más temprano de la biblioteca bajo su brazo y se apresuró tras el doctor, moviéndose sin ser

notado a través del montón de estudiantes que estaban directamente detrás de él. Estudió al hombre por un momento antes de hacer su movimiento.

—“Permiso”, dijo Karl en perfecto croata mientras agarraba al doctor Novosel por el brazo.

Novosel prácticamente quedó pegado al techo, dando la vuelta, confuso de ver a Karl detrás de él, luciendo intimidante con sus lentes de sol.

—“Disculpa, no quise asustarte. Pensé que habías dejado caer esto...”.

Karl acercó el libro que llevaba al doctor.

Christie hizo su mejor esfuerzo para recuperarse, pero Karl ya había encontrado lo que estaba buscando. Novosel estaba bajo una presión extrema, y no del tipo que provenía de someter papers a revisión o esconder un romance con una ingenua estudiante. El doctor había visto a Bogdanovich y por lo menos era consciente del problema en el que ella estaba.

—“Oh, no, no es mío”, respondió Novosel.

—“Mis modales, perdóneme”, dijo Karl y se quitó los lentes, actuando como si se diera cuenta de que era descortés esconder sus ojos. Novosel abrió el libro, observando la primera página.

—“Es de la biblioteca, puedo devolverlo”.

—“No se preocupe, lo haré yo”, dijo Karl mientras volvía a tomar el libro.

—“¿Usted es estudiante acá?”.

—“Voy a una reunión, ¿como llego al edificio de Economía?”.

—“Por ahí. Siga por la vereda y hacia la derecha. Es un edificio grande, de ladrillos, con musgo”.

Christie se había tranquilizado, pero sudaba un poco. Una tardía reacción que confirmaba lo que Karl sospechaba.

—“Perdón por asustarlo”, mintió 855. Dijo adiós con un gesto y rápidamente le dio la espalda a Christie antes de que éste pudiera responder. Estaba seguro de que al doctor no le importaría, de hecho, estaba seguro de que Christie se sentiría aliviado al ver a este extraño alejarse de él. Sería una lástima tener que matarte, pensó Karl. Y eso dependería de lo que ocurriera a continuación.

De vuelta en el Mercedes M-Class que había rentado en su hotel, Karl rodeó los estacionamientos buscando los puestos que estaban reservados para el personal.

Encontró rápidamente lo que buscaba. El lugar estaba marcado con C. Novosel. Vacío. Karl pensó: tal vez verás un mañana después de todo, doctor. Tomó uno de los teléfonos que tenía en el bolsillo y textó un número.

Un momento después, una sola palabra le llegó como respuesta.

Proceda.

En el código de seguridad marcó el número de identificación del doctor Novosel desde el archivo de Devra Bogdanovich, y siguió con las letras “AR”.

Karl esperó, matando el tiempo revisando las armas que usaría. Las habían mantenido en buenas condiciones, aceitadas y sin óxido. Y, siempre y cuando fueran rastreadas, las armas serían relacionadas con un golpe de gánsters anoche en Zagreb.

Diez minutos después le llegó un mail con los archivos completos de automóviles del Dr. Novosel. Opel Astra 2009. Plateado. Patente: "GG OY 798". Y hace tres horas un confirmado cruce en la E70 hacia Eslovenia.

Abrió Google Earth y chequeó la última ubicación del vehículo, luego estudió nuevamente el archivo de Devra. Si ella recurría a viejos amigos y amores por ayuda, entonces su trayecto la estaba llevando hacia Milán y el Dr. Gianni Basile.

Karl texteó

Tengo un rastro

Encendió el Mercedes y lo saco del garaje, acomodándose para lo que se transformaría en un largo viaje.

Para ser una mujer que huía, de seguro hacía demasiadas paradas. Ésta era la cuarta de esa mañana, pensó Farlowe mientras veía a Devra a través de la ventana de su auto.

Ella se había detenido en Škocjan Caves, justo a las afueras de Divača, en Eslovenia. Una popular parada de turistas. Si Farlowe había aprendido algo de Devra por seguirla hasta ahora era que todo lo que hacía tenía un propósito.

Tal vez cada una de esas paradas tenía algo que ver con el XM que él aún sentía fluyendo. Estaba seguro de que eso era lo que lo había guiado desde Zagreb en primer lugar. Era lo que lo había guiado a la universidad. A ver a Devra con un colega mientras él le pasaba las llaves de su auto. Y le estaba ayudando a agudizar sus sentidos mientras la seguía por la carretera.

Desde que había encontrado a Devra, Farlowe había tenido cientos de oportunidades de interceptarla. Y aún no había intentado contactar a Phillips; ni su jefe había intentado contactarlo a él. Tenía una inquietante sensación de lo que eso podía significar.

Desde su auto, Farlowe observaba a Devra mientras ella miraba a su alrededor. Entonces ella fue directamente hacia la entrada de las cuevas.

Farlowe dudaba tratando de decidir su próximo movimiento, cuando un Mercedes M-Class entró a los estacionamientos y se detuvo. Una solitaria figura descendió del auto y se dirigió al maletero, abriéndolo. El hombre se desabrochó el traje, sacó algo del maletero y lo deslizó dentro de la chaqueta.

Mierda, pensó. Alguien más estaba ahí para terminar el trabajo que él tenía asignado. Iba a necesitar más que una Glock. Ahora no había vuelta atrás. Tomó la pistola compacta FN P90 que había sacado del maletero de su propio auto en una parada anterior de Devra. Revisó que las rondas de 50 tiros estuvieran con seguro. Entonces, abrió la puerta del auto.

Capítulo 5

A 855 no le gustaba cuando las cosas eran fáciles. Él las hacía difíciles. Y encontrar la ruta de Devra fue casi demasiado simple. Esperaba estar en el auto por horas, pero a media mañana había encontrado el Opel A2. Ella había hecho varias paradas, obviamente. Él la adelantó en el Mercedes, salió del camino, espero dos minutos y volvió a la carretera.

Cuidadosamente se acercó de nuevo, esta vez buscando a Farlowe. Karl identificó el auto de la compañía sin problemas. NIA compraba todos sus vehículos a la misma empresa que proveía al resto del gobierno. Aun así, podía decir que Farlowe estaba bien. Estaba en el punto ciego de Devra, por lo que ella no lo había notado. La seguía con seguridad.

Cuando Devra y Farlowe salieron de la autopista en Divača, Karl esperó cinco minutos antes de seguirlos. Sospechaba que iban a algún monumento, y las cuevas eran el lugar más lógico.

Karl estacionó el auto. Vio al Opel estacionado cerca. Luego salió y abrió el maletero de su auto, buscando en su traje y dando el espectáculo de tomar la MP-443 Rook para disfrute de Farlowe.

Las otras dos armas ya estaban seguras con él.

Satisfecho con el escenario ya armado, Karl compró un boleto y se encaminó hacia las cuevas.

Devra se maravilló al interior de la Cámara de Martel, una enorme catedral subterránea natural. Las luces que estaban cerca de los muros le daban a todo el lugar un fantasmal brillo verde. Aunque sabía que debía mantenerse en movimiento, también sabía que se había detenido ahí por una razón, y ahora la entendía. Toda la estructura era un enorme portal. Era el tipo de lugar que necesitaría si quería armar su propia operación para contrarrestar lo que Lynton-Wolfe había creado con Niantic.

Sería necesario encontrar otros puntos como éste, que estuvieran repletos de XM. Por el momento, tenía la sensación de haber logrado una pequeña victoria.

No pasó mucho tiempo antes de que viera un rostro que reconoció acercándose a ella. Lo había visto en varias reuniones de NIA, cuando recién se había unido al Proyecto Niantic. Inmediatamente, como le había pasado en el tren, Devra supo que se estaba enfrentando al peligro.

—“¿Tú eres Farlowe, cierto? Lo puedo explicar...”

—“Cállate y ven conmigo. Ahora”. Farlowe sacó el arma de su chaqueta. Empujó a Devra a una esquina.

—“Aquí hay un hombre que ha sido enviado para matarnos”, le dijo Farlowe tranquilamente, como si estuviera hablando del clima.

—“Trataron de matarme en Zurich”, respondió Devra, con un dejo de pánico en su voz.

—“No. Ese fui yo. Este tipo es mejor”. Farlowe trató de leerla. Para ser una civil, estaba tomando su situación actual muy bien.

—“Cómo sé que tú no...”

Farlowe la paró en seco.

—“Devra, tenemos que salir de aquí, ahora. Deja tu auto, iremos juntos desde aquí”.

De pronto, todo alrededor de Devra pareció ralentizarse. Se dio cuenta de que estaba percibiendo las cosas como lo había hecho antes, cuando estaba en el tren. Su mente estaba procesando lo que la rodeaba y su situación como demasiada información, y el agente de NIA que recién había admitido que había intentado matarla no era la principal amenaza.

El peligro real venía de más allá del final de la cueva. En las sombras, la silueta de un hombre que estaba apuntándole a algo.

Devra arrastró a Farlowe hacia la pared de la caverna mientras el muro junto a su cabeza se convertía en polvo. El eco del disparo llegó una fracción de segundo después.

855 movió su cabeza con incredulidad. No estaba acostumbrado a fallar un tiro limpio. No uno como éste.

Como fuera, no tenía tiempo para contemplar su error mientras Farlowe descargaba la P90 mandando una ráfaga en su dirección. Karl saltó para cubrirse, disparando dos rápidas rondas de la Rook que dieron en el piso rocoso de la cueva.

Karl cogió el XD de su cinturón y con armas en ambas manos descargó un sorpresivo fuego de vuelta hacia Farlowe y Bogdanovich, que ahora huían. Piedras y polvo se esparcían alrededor de ellos mientras corrían hacia un pequeño lago subterráneo.

Devra vio a Farlowe disparar dos rápidos y controlados tiros con la P90 mientras corría junto a ella. Su descarga mandó al asesino hacia la pared de la caverna.

De algún lugar de las cuevas Devra podía oír el sonido de gritos y los ecos de los disparos.

—“¡Vamos! ¡Corre!”, le gritó Farlowe.

Más adelante, ella podía ver una bifurcación.

—“¿Hacia qué lado?!”

—“¡Elige uno!”

Devra corría tan rápido como podía. Escuchó otra rápida descarga de Farlowe tras ella.

Karl observaba a su oponente en acción. Era bueno. Y estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Interesante, pensaba Karl mientras le disparaba el resto de las municiones del XD y el Rook a Farlowe. Luego volvió sobre sus pasos.

Farlowe sintió que el asesino estaba de nuevo en movimiento y se apresuró tras Devra. Revisó las municiones del P90. Hecho de ámbar plástico traslúcido, le permitía un chequeo visual de las rondas que le quedaban. Medio cargador. Y aún tenía la Glock en caso de ser necesario, y probablemente la necesitaría.

Dos pasajes. Por razones que no podía entender, como sus momentáneas pérdidas de conciencia o saber cómo encontrar a Devra en Zagreb, el instinto de Farlowe le decía que fuera a la izquierda. Rápidamente rodeó la esquina y se apresuró.

Corriendo con cada pizca de energía que pudo reunir, Farlowe trató de alcanzar a Devra. Ella estaba justo delante de él, podía verla bañada en luz cerca de una pequeña piscina subterránea. ¿Era sólo un escenario para los turistas o algo más? Farlowe no estaba seguro, pero si era XM, entonces Devra estaba completamente sumergida en él.

Entonces se dio cuenta. De hecho, se dio cuenta de dos cosas casi simultáneamente.

Lo primero fue que el XM, como antes, momentáneamente lo había aturdido. La segunda fue la ronda de la 9mm Parabellum del GSh-18 de Karl, viajando a 400 metros por segundo y dándole con la fuerza de un mazazo. El impacto le azotó la espalda contra el muro de la caverna. El P90 cayó de sus manos y se deslizó por el piso, deteniéndose como a tres metros de distancia.

Inmediatamente, Farlowe pudo sentir el fuego envolviéndolo, mientras observaba el agujero en su costado. Miró a Devra, que lo observaba fijamente, en estado de shock. Ella se dio cuenta de que su herida era fatal.

Las ideas estallaron en la cabeza de Devra. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo su investigación, la investigación de ella, había ocasionado muerte y destrucción? ¿Era éste el futuro del mundo ahora que el XM era parte de la realidad?

—“No dejes que sea para nada... anda. ¡Corre!”

Devra esperó sólo por un momento, luego corrió con todas sus fuerzas, alejándose del hombre que agonizaba. Con cada paso que daba se daba cuenta de que ése era un destino que debía evitar, sin importar el costo. Pagaría incluso con su propia vida, si eso era lo que hacía falta.

Oyó los gritos de los turistas a la distancia, que señalaban a la salida, y dobló hacia el sonido, con la esperanza de que la guiaran hacia la libertad. En vez de eso, la llevaron a otro lugar.

—“No hay nada para ti acá, doctora. Es tiempo de que dejes de correr”.

Karl salió de las sombras directamente frente a ella, con su arma apuntando directamente a su pecho.

—“Si te sirve de consuelo, tú lo has hecho mucho mejor que la mayoría de los amateurs, dadas las circunstancias”.

—“Por favor. No sé qué está pasando...”, Devra quería llorar, pero en vez de eso se irguió.

—“Yo tampoco. Pero es así. Ahora retrocede por ese pasaje, hacia nuestro debilitado amigo, por favor”.

Karl señaló la dirección con el cañón de su arma. Devra se dio vuelta y levantó las manos. “Eso no será necesario, doctora. Pero apure el paso, si lo desea”.

Mientras se acercaba a Farlowe, Devra lo pudo ver mirándola desde el piso. Estaba totalmente acabado, tirado en una piscina de sus propios fluidos. Ella se dio cuenta de que estaba muriendo. Después, su cara le hizo saber que pronto ella lo acompañaría en ese sangriento desastre. Y no había ni una maldita cosa que él pudiera hacer para evitarlo.

—“Arma de respaldo”.

—“Justo terminando eso”. Farlowe prácticamente escupió las palabras.

Karl ahora tenía su arma apuntando a Farlowe.

—“El arma de respaldo, por favor. Todos tenemos una parte que representar aquí, agente Farlowe. Doctora, si pudiera mantenerse a un metro y medio de distancia, por allá”.

—“No puedo alcanzarla. Hombro derecho”, dijo Farlowe.

Devra hizo lo que se le ordenó, con una expresión de pregunta en su rostro. Farlowe la vio y la llamó.

—“Tú vas a matarme. Y yo voy a matarte”.

—“No lo arruines”, dijo Karl. Se agachó y ayudó a Farlowe a sentarse. Al hacerlo, sintió algo bajo su chaqueta y sacó la Glock de la sobaquera.

Aunque Karl estaba de espaldas a ella, Devra tenía la sensación de que cualquier paso en falso sería el último. Y que estar ahí inmóvil sólo prolongaría lo que estaba por ocurrir, aunque cada segundo se volviera tan precioso como el último.

Farlowe podía sentir que le volvía el aliento. El shock estaba haciendo su trabajo, pero la sangre salía de su costado de una forma alarmante.

—“¿Cuánto tiempo has estado en esto?”, le pregunto Farlowe a su asesino.

—“Catorce años”, respondió Karl.

—“¿Yo? Demasiado”, escupió Farlowe.

—“No he llegado ahí aún”.

—“Lo harás”, replicó Farlowe, intentando sonreír. “Todos sabemos que un día ellos van a sacar la basura y nosotros estaremos ahí”.

—“Ajá”, Karl se arrodilló junto a Farlowe y puso la Glock en su mano, mientras la controlaba él con la suya.

—“No tengo nada que confesar”.

—“Ok”, dijo Karl.

—“Pero, he tenido estos... estos momentos. Donde pierdo el sentido del tiempo. Como si no estuviera ahí, pero estoy. Y estoy satisfecho”.

Farlowe miró el charco de sangre alrededor de él.

—“¿Piensas que es como esto?”, le preguntó Farlowe a Karl.

—“Seguro, podría ser”.

—“Por favor. No... Por favor”, rogaba Devra.

—“Shhh... Ahora... no sentirás nada. He hecho esto muchas veces”, dijo Karl.

Devra se dio cuenta de que eso era todo. Su mente buscó algo... lo que fuera.

—“No estás usando guantes. Tus huellas van a estar por toda el arma”.

Karl se volvió hacia Farlowe. “Dile”, le dijo.

—“Ves demasiada televisión”, Le dijo Farlowe a Devra tranquilamente. Ella se dio cuenta de que él se había rendido. Se había reconciliado con la idea de que iba a morir. Pero ella no estaba lista para rendirse. No aún. No después de lo que había tenido que pasar.

Su brazo sostuvo a Farlowe, Karl mantenía al agonizante hombre apuntando a Devra.

—“No puedes matarme”, gritó Devra histéricamente.

—“Bueno, doctora, no podrías estar más equivocada aunque lo intent—“

El teléfono en el bolsillo de Karl empezó a sonar, el ruido hacía eco en los muros de la cámara.

Devra y Farlowe miraron al asesino mientras el sonido del teléfono parecía aumentar.

—“¿Vas a contestar eso?”, preguntó Farlowe.

Karl se dio cuenta de que Phillips no lo llamaría a ese número a menos que fuera urgente. Aunque todos sus instintos le decían que apretara el gatillo de la Glock que estaba en la mano de Farlowe y después contestara, sacó el teléfono de la chaqueta y leyó un mensaje de texto que apareció en la pantalla. Él lo analizaba mientras Devra lo analizaba a él.

Entonces, Karl bajó el cañón del arma, apuntando hacia el suelo, y apretó el gatillo repetidas veces, un ruido continuo que casi deja sorda a Devra. Karl disparó hasta que se escuchó el primer clic metálico y repentinamente se detuvo. Vacía.

—“Mercedes Plateado. M-Class. Trátalo bien, es rentado”.

Karl le arrojó la Glock a un lado, mientras Devra los miraba fijamente a él y Farlowe con una combinación de confusión y alivio.

—“Resulta que tenías razón doctora. Mis disculpas”.

Devra observó con desconfianza como Karl tranquilamente se daba la vuelta y se alejaba de ella. Se esforzó para recomponerse, intentando mantener un ojo en él mientras desaparecía en las sombras.

—“Conseguiré un doctor”, finalmente dijo Devra a Farlowe cuando fue claro que el asesino se había marchado.

—“No. Te vas a ir tan lejos de aquí como sea posible. Y te irás ahora. Lo que sea que acaba de pasar... jamás pasó. Así que no lo desperdicies en un hombre muerto”.

Devra no se movió.

—“Voy a cerrar mis ojos ahora”, dijo Farlowe mientras acomodaba la espalda en la muralla. Devra sabía que era su señal. No habría un adiós.

Cuando salió de las cuevas, la policía tenía los estacionamientos rodeados. Avanzó a través de la multitud de asustados turistas y trabajadores, insensible a todo lo que la rodeaba. El Opel de Christie estaba perdido. Había vidrio hecho trizas donde ella lo había estacionado.

Cerca pudo ver un Mercedes. Uno plateado. La cajuela estaba abierta. Devra fue hacia el automóvil y miró en ella. Nada. La cerró y fue a la puerta del lado del conductor. Estaba segura de que estaría abierta. Tiró de la manilla y la puerta se abrió. La llave estaba en el asiento del conductor. Esperándola.

Se puso tras el volante del Mercedes y se quedó ahí por un largo momento, perdida en sus pensamientos, lo que fue interrumpido por un oficial de policía que golpeó el capó del auto. Le indicaba que se fuera. Ahora.

Devra encendió el motor y salió del estacionamiento. Si se apuraba podría llegar a Roma para el anochecer.

Farlowe había visto y causado suficientes GSW⁵ para saber que la suya era fatal. Un disparo que atravesara la parte baja del cuerpo dañaba órganos y tejidos y no sólo causaba un gran sangramiento interno, sino además contaminaba el resto del cuerpo con los contenidos del estómago y los intestinos. El asesino conocía su negocio. Lo podría haber acabado completamente, pero Farlowe se dio cuenta de que su asesino lo quería vivo el tiempo suficiente para montar la escena que había planeado. Una que incluía a Devra y él mismo matándose uno al otro.

Phillips, ese bastardo, pensó Farlowe. No sólo autorizó esto, sino que quería manchar mi reputación en la agencia haciendo parecer que un conejo era mejor que yo.

Bien, reflexionó Farlowe, el conejo sigue huyendo.

Abrió los ojos.

⁵ Gunshot wound: Herida de bala.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Se había desvanecido de nuevo? Dada su situación actual es completamente excusable, se dijo Farlowe a sí mismo.

¿Qué les estaba tomando tanto tiempo?

Sabía que las autoridades locales vendrían pronto. Y esperaba estar muerto antes de que trataran de salvarlo y prolongaran lo inevitable.

Entonces Farlowe esperó la muerte. Y esperó.

Y esperó.

Capítulo 6

Devra no estaba segura de que lanzar una moneda a la fuente fuera buena idea. La leyenda decía que lanzar una moneda significaba que volver a viajar a Roma estaba asegurado. Y Devra todavía tenía que decidir si incluso venir a Roma era la más sensata de las elecciones.

Hace menos de ocho horas ella había visto morir a un hombre, y había estado bastante cerca de la muerte ella misma. Había corrido en el Mercedes plateado desde las cuevas de Skojan hasta Roma para llegar antes del crepúsculo. Ahora, de pie ante la Fuente de Trevi, tenía que dejar a Farlowe y al asesino fuera de su mente.

Devra miro fijamente el agua. Las estatuas estaban iluminadas con un tenue resplandor. No azul, pero tampoco verde. Devra se concentró y pensó en los errores que había cometido. Llamar a Christie desde su teléfono antes de deshacerse de él pasándoselo subrepticamente a los ladrones del tren. Usar el computador de Christie y pedir prestado su auto.

Un súbito destello cruzó su mente. Si ellos están dispuestos a matarme, también están dispuestos a matar a cualquiera que me ayude.

Se preguntó si Christie estaría bien, y se aseguró a sí misma que sí. Además, el asesino había sido detenido. ¿Por cuánto tiempo?, Devra sólo podía adivinar. Y mientras sentía que tenía algo de espacio para moverse también sabía que había alguien más que no

renunciaría a buscarla. Que era implacable y digitalmente omnipotente. Y que aún no revelaba sus razones para ayudarla en primer lugar.

Lo meditó por un momento y lanzó un euro de plata-y-oro al agua. Lo vio salpicar y luego hundirse bajo la superficie.

Hank Johnson le había mencionado la Fuente de Trevi durante una de sus conversaciones en Niantic. Devra al principio pensó que era una fórmula de conquista, después de todo, el hombre era espantosamente guapo. Y aventurero. Un poco engreído, pero tenía razones para serlo. Y si hubiera sido una fórmula, a Devra no le hubiera importado.

Pero en vez de eso, Johnson le mencionó que creía que la fuente tenía un significado más profundo. Algo que se conectaba con el XM. Era un lugar al que llamó “punto de poder”, antes de que él mismo y Devra conocieran el verdadero alcance del XM. Hank la había visitado por una serie de televisión que estaba promocionando en las cadenas, según le había dicho.

Devra se detuvo. Considerando la cantidad de arte, arquitectura y filosofía que había influenciado al mundo e irradiado al exterior desde la antigua Roma, tenía sentido que un lugar así, uno rico en XM, pudiera existir en la ciudad. Y ahora ella estaba parada junto a él.

Si Johnson estaba en lo correcto, y Devra estaba convencida de que lo estaba, entonces debería sentir algo. Y aunque estaba de pie justo junto a este increíble y poderoso portal, que se mostraba ante el inconsciente mundo como una hermosa y elaborada fuente, ella no sentía nada.

No estaba segura de estar en un camino que podía entender.

Devra aún trataba de descifrar con exactitud cómo el XM la había afectado. Cómo había agudizado sus sentidos. Hasta ahora solo parecía funcionar cuando estaba en peligro, o más precisamente, bajo algún tipo de amenaza. Sin eso, la bala del asesino le habría perforado el cerebro, y el tranquilo momento que disfrutaba mirando la fuente estaría en un futuro que ella nunca habría visto.

Los turistas parecían deslizarse desde la fuente en todas direcciones, cada uno sosteniendo una cámara o el ahora omnipresente smartphone, todos tomando fotos o grabando videos. Eso hacía que Devra se sintiera vulnerable. Cualquier imagen en la que estuviera podía ser instantáneamente subida y compartida en Google+ o Facebook o Instagram, lo que significaba que su posición sería nuevamente visible para ADA.

Devra se alejó de la fuente y meditó acerca de cómo contactar a Alessandro Caselli.

Ya le había mandado un email desde el computador de Christie la noche anterior diciéndole que pronto estaría en Roma y quería que se reunieran. Escribió que lo llamaría una vez que estuviera en la ciudad. Ahora estaba ahí, antes y más desesperada de lo que había imaginado.

Vio a una pareja joven tomándose selfies con su teléfono. Se veían increíblemente felices. Enamorados. Tal vez de luna de miel, pensó mientras los veía acercarse.

La mujer indicó su teléfono y luego apuntó a ella misma y su hombre, con la esperanza de que los gestos y sonrisas superaran la barrera del lenguaje.

—“Hablo inglés”, dijo Devra y les sonrió. Ellos no habían dado por hecho que lo hablaba, pensó Devra. Estaba aprendiendo.

—“Disculpe, ¿le importaría tomarnos una foto?”, preguntó la mujer. Ella tenía el pelo negro y pómulos altos, usaba jeans, una polera y una chaqueta verde brillante. Él era más alto y estaba un poco fuera de forma. Se veía como si permanentemente estuviera intentando dejarse crecer la barba. Ambos parecían estar en sus veintitantos.

—“¿De luna de miel?”

—“¿Es tan obvio?”, respondió él.

—“Este un el lugar para el amor, o así dicen”

—“Y hasta ahora es cierto”, rió la mujer, y le pasó el teléfono a Devra.

Los dos se acercaron a la fuente y se abrazaron. Ojos abiertos. Sonrisas espontáneas. Ellos miraron hacia Devra y ella apuntó la cámara.

—“Digan formaggio”, dijo Devra.

—“Formaggio”, respondieron los dos mientras Devra rápidamente tomaba dos fotos.

—“Una más”, dijo Devra, y tomó otra. Se detuvo. Esas palabras ahora tenían un nuevo significado.

—“Gracias”, dijo la mujer y volvió hacia Devra. “¿Podemos tomar una tuya? ¿Estás con alguien?”.

—“No... estoy sola. Bueno, sola por ahora. Me voy a juntar con alguien en un momento”, dijo Devra.

Ella miró hacia la cámara en sus manos. El teléfono en sus manos. Un aparato que no tenía ninguna conexión con ella ni con nadie que ella conociera.

—“De hecho, podrían hacerme un favor”.

—“Seguro”, respondió el hombre, levemente preocupado e intrigado.

—“¿Tienes un lápiz?”

La mujer buscó en su bolso y sacó un bolígrafo, “lo robé del hotel”.

—“Creo que ellos lo esperan, es justo”, dijo Devra.

La mujer le pasó el bolígrafo a Devra y ésta le devolvió el teléfono. Después sacó 50 euros del bolsillo y escribió algo en él mientras la pareja la observaba.

—“Antes de que digan nada, o me digan que no, o dejen que su orgullo se meta en el camino, sepan que soy rica y lo que más deseo es invitarlos a cenar en Roma. Es mi regalo. ¿Tenemos un trato?”.

—“Es un trato”, dijo el hombre mientras le sonreía. Los jóvenes enamorados se miraron uno al otro. Este sería un momento que recordarían siempre, o tanto como estuvieran casados. Devra le pasó la nota y el bolígrafo al hombre.

—“Dejé mi teléfono en el hotel, y estoy preocupada por llegar tarde a la cita con mi amigo”.

—“¿Quieres usar el nuestro?, dale”, dijo entusiasmada la mujer.

—“No exactamente, quiero que llames por mí. El número está en el billete. Espera quince minutos antes de llamar”.

—“Puedes llamar tú misma si quieres, no hay problema”, dijo el hombre.

La mujer mantuvo la mirada en Devra. La estudiaba. Pensaba. Luego le dio un codazo a su recién estrenado esposo.

—“La cena en Roma pide que llamemos nosotros”, dijo la mujer.

Devra sonrió. “Su nombre es Alessandro. Dile que me reuniré con él en el Maxxi en una hora”.

—“Lo tengo. ¿Quién tenemos que decir que va?”, preguntó la mujer.

—“Él lo sabrá”, dijo Devra y se alejó de la fuente.

El hombre y la mujer se dieron las manos y se besaron.

Exactamente 15 minutos después marcaron el número.

Alessandro respondió al primer timbrado del teléfono.

Yuan Ni se maravilló por la tecnología que veía ante ella. Múltiples computadores. Una pantalla para videoconferencias puesta en el muro. Teléfonos satelitales. Varios tablets, todos inalámbricos y 4G. Tantas formas de recibir malas noticias.

Ni era joven para su posición en la NIA. Apenas había entrado en los cuarenta. Había tenido una carrera meteórica.

Fue reclutada en el Instituto de Estudios de Inteligencia en Marcyhurst. Tuvo muchas asignaciones de análisis de datos en todo el mundo. En cada una de ellas, sus descubrimientos y reportes posibilitaron procesar a los involucrados. Ayudó a salvar vidas y a crear el ejército de operativos de NIA para sacar a los chicos malos de la calle. Parecía que cada nueva asignación era una promoción para Ni. Cuando bromeaba, lo que no ocurría a menudo, le recordaba a todo el mundo que su empleador era la Ni Agencia.

Pequeña y atractiva, con el pelo negro azabache, Ni era la segunda generación exitosa de su familia chino-americana. Usaba pantalones entallados con una blusa de satén azul, con los primeros botones abiertos.

Al igual que otras en su posición, Ni tenía muchos pretendientes. Como el dinero, el poder es seductor, pero nunca se comprometió en una relación larga, eso complicaba su vida personal y por ahora ella sólo estaba concentrada en su vida profesional, que hasta hace poco había sido estelar.

Hasta el Proyecto Niantic. Hasta la Noche de Epifanía.

Ni se acomodó en su asiento. Estaba a 11.000 metros sobre el océano Pacífico, en un Gulfstream G550 de NIA. Una de las ventajas de su posición.

Otra era tener que responder sólo ante unas pocas personas, lo que, considerando lo que estaba planeando, era también su ventaja.

El jet iba rápido, era cómodo y, por ese viaje por lo menos, todo suyo. Úsalo mientras puedas, pensó al tiempo que Calvin aparecía en la pantalla para videoconferencias que estaba frente a ella.

—“Directora Ni”, dijo Calvin.

Parecía cansado.

Zeke Calvin era ya un hombre maduro, pero físicamente parecía un hombre mucho más joven. Aunque Ni nunca se lo había dicho, a ella le gustaba. Y lo admiraba. Ella era al menos diez años más joven, tal vez más, y Calvin indudablemente había visto y hecho más en su carrera que ella en la propia, y aun así él nunca había cuestionado la línea de mando. Ella era su jefe, y él no tenía que fingir que no entendía su lugar.

—“Calvin”, respondió Ni, “¿en qué estamos?”.

—“Creo que vamos a cubrir este asunto”.

Directo al grano, eso era lo que más le preocupaba. No la investigación. No la seguridad de los participantes. En vez de eso, una evaluación de la situación de la política y las relaciones públicas. Ni recordó por qué le gustaba.

—“¿Y la investigación?”.

—“Lynton Wolfe volvió al ciento por ciento. El resto del equipo está evaluando el impacto de la Noche de Epifanía. Y estamos reorganizando las operaciones ahora que Devra ha renunciado”.

—“Que amable de tu parte ponerlo de esa forma, Calvin. Pero Devra escapó esa noche. Bajo mi vigilancia”.

—“Eso también es responsabilidad mía, directora”.

—“Los dos sabemos que no funciona así. Mantenme informada si la situación cambia. En cualquier sentido”.

—“Sí, señora”, dijo Calvin en un tono que hizo que Ni entendiera lo que quería decir.

Ni terminó la conversación apretando un botón virtual en la pantalla frente a ella.

Miró alrededor de la vacía cabina del Gulfstream. Ninguna azafata. Se levantó del cómodo asiento de cuero y fue hacia un pequeño refrigerador que estaba junto a un gran sofá al otro lado del fuselaje.

Ni tomó una extremadamente fría botella de agua y se dejó caer boca abajo en el sofá, sacándose los zapatos.

Intentó dormir, pero aún podía oír las palabras de Calvin, incluso sobre el zumbido apagado del motor Rolls-Royce del G550. Lynton-Wolfe está de vuelta al cien por ciento. Para que esto funcionara, ella necesitaba que la evaluación de Calvin fuera exacta.

Cien por ciento.

La mente de Ni le daba vueltas la reunión que había tenido con Lynton-Wolfe y Calvin en el Hotel Movenpick, en el aeropuerto de Cointrin, Ginebra, menos de veinte horas antes. La primera parada de su viaje.

Ella hizo que Calvin condujera solo con Lynton-Wolfe desde el CERN para reunirse con ella. Si eso levantó sus sospechas, él fue lo suficientemente inteligente para no demostrarlo cuando se reunieron en el bar del primer piso.

Ella no tenía que decirle a Calvin, ni, de hecho, a Lynton-Wolfe, que su llegada no debía ser comentada. Ni sabía que los dos se habían dado cuenta de que no tenían que decirlo, aun sin decirlo.

Ella estaba esperando que en el lobby cuando llegaron, y Ni los llevó a una esquina apartada cerca del bar.

—“Dr. Lynton-Wolfe, me tomé la libertad de pedirle un Sapphire con agua tónica, lo está esperando en el bar. Si no le importa, espérenos allá un momento”, le dijo Ni.

Lynton-Wolfe miró preocupado, asintió y fue a buscar su cóctel mientras Ni se sentaba en una silla desde donde tenía buena visión del resto del bar. Le hizo un gesto a Calvin para que se sentara frente a ella.

—“No veo a tus guardaespaldas contigo. ¿Son tan buenos?”, preguntó Calvin.

—“Sí, lo son, por eso viajo sin ellos”, respondió Ni. “Ellos ven todo, documentan todo y graban todo. Y eso no ayudará a ninguno de nosotros en este momento. ¿Tienes frío?”.

—“Estoy bien”, respondió Calvin.

—“Porque estás usando esa chaqueta, que hace que parezca que tienes frío”, dijo ella.

Calvin tiene que haberse dado cuenta de lo que ella realmente estaba diciendo porque se sacó la chaqueta de tweed y la tiró sobre una silla. Luego estiró su camisa y casualmente levantó la pretina de su cinturón, dándose un par de palmadas en los bolsillos. Estaba probando que estaba “limpio”. Sin cables. Calvin se sentó y le pasó la chaqueta a Ni, que buscó en los bolsillos.

—“Dentro de uno”, le dijo Calvin.

Ni encontró su smartphone y lo puso sobre la mesa circular que estaba entre ellos. Satisfecha, le devolvió su abrigo. Calvin dejó el teléfono en la mesa.

—“¿Has mirado los muros últimamente?”

—“Los están cubriendo con escritura”, respondió Calvin al tiempo que se acercaba una mesera. Casi simultáneamente, Ni y Calvin giraron hacia ella.

Ni se acercó más a la mesa.

—“Voy a caer por esto, Calvin. Esas ruedas ya están en movimiento, y no hay nada que pueda hacer para detenerlas. Pero no tengo intención de ser llevada con Niantic. De hecho, quiero agarrar el volante y conducir en otra dirección antes de que NIA se dé cuenta de que alguien más está manejando”.

—“Sí, señora”, asintió Calvin. “¿Qué puedo hacer?”.

Ni lo estudió. Por algunos segundos creyó que podía ver a Calvin calculando las extrañas formas en que esto podría afectarlo personalmente. “Necesito que vayas a poner orden en Niantic tan rápido como sea posible. Te proveeré de cobertura aérea tanto tiempo como pueda. A cambio, me comprarás algo de tiempo para maniobrar”.

—“¿Vas a saltar?”, preguntó Calvin.

—“Y pienso agarrarme al aterrizar”, sonrió Ni. “¿Cómo lo está aguantando Lynton-Wolfe?”.

—“Ha estado errático. Y maniaco. Pero, y sé que esto suena contradictorio, no es impredecible. Está completamente enfocado en los nuevos constructos de XM, con una pasión y compromiso que van más allá de todo lo que he visto en cualquiera que haya sido golpeado esa noche”.

—“Mientras tú te ves casi sin secuelas, Calvin”, dijo Ni.

Calvin asintió. “De cierta manera, ha sido un poco decepcionante para mí. Kureze y Nagassa están trabajando en una teoría de que ciertos individuos son más resistentes que otros a la influencia de los Shapers. Incluso con niveles de exposición como los que hemos experimentado”.

Ni le dio una ojeada a Lynton-Wolfe. “Tal vez los Shapers decidieron que no te necesitaban”, replicó.

—“O tal vez tienen otros planes para mí”, dijo Calvin mirándola fijamente. Ni se dio cuenta de que se trataba de qué tan lejos llegaría Calvin para volver a hablar con ella. Y le estaba dejando saber que había descifrado dónde estaba parado. Ni ladeó su cabeza.

—“Gracias por venir tan rápido”, dijo ella. “Trae a Oliver”.

Calvin supo que su tiempo había terminado. Ni lo miró mientras caminaba hacia el bar y le dio unos golpecitos en el hombro a Oliver. Lo vio pedirle su teléfono. El científico se lo pasó sin cuestionarlo.

Ni pensó que podría necesitar a Calvin. Y su discurso de partida era su forma de hacerle saber que buscaba estar en la acción. Él estaba más dentro de Niantic que nadie; había estado ahí desde el principio, antes de que tuviera el nombre de un barco hundido en el cieno bajo San Francisco.

Calvin conocía a los jugadores. Había experimentado el XM él mismo. Había sido esencial al facilitar la transición de la operación de NIA a un emprendimiento con fines de lucro, y había lidiado con todo el caos, las puñaladas por la espalda, las discusiones legales y las brechas de seguridad que eso significó.

Aun así, reflexionó que con o sin él, NIA estaría de acuerdo con lo que ella quisiera, porque si ella no lo conseguía, tampoco lo podrían hacer ellos. Ni se encargaría de eso. Y ya que todos habían estado en el juego bastante tiempo, ellos también lo sabían. Ambos bandos se gritaban el uno al otro y amenazaban con apretar el gatillo cuando la verdad no era lo que ninguno de ellos quería. Mientras ella tuviera un as bajo la manga...

Ajustándose a que el hotel tenía también un casino, ella se apostó a sí misma que Lynton-Wolfe se sentaría en la silla que estaba junto a la que momentos antes había estado ocupada por Calvin.

—“Por favor doctor, siéntese”.

—“Puedes llamarme Oliver si quieres”, le respondió Lynton-Wolfe mientras se sentaba cuidadosamente, como si temiera que hubiera un cazabobos que explotaría si lo hacía demasiado rápido.

—“Me gustaría. Oliver, necesito que me digas con tus propias palabras cómo fueron las cosas...”.

—“No es como fueron, es cómo van a ser”.

—“Detalles. ¿A qué te refieres?”.

—“Bien, ahora me doy cuenta de que el XM no es sólo para construir y crear estructuras transdimensionales, también se puede adaptar, evolucionar. Metamorfosearse. Y si puedo anticipar cómo va a reaccionar a constructos primarios específicos, bien, entonces sólo hemos arañado la superficie de lo que podemos hacer”.

—“¿Lo que significa...?”, preguntó Ni, inclinándose hacia adelante.

Lynton-Wolfe la miró un poco preocupado de que Ni no estaba pensando al mismo tiempo que él. “Um... déjame ponerlo de esta forma. Hemos estado trabajando con la analogía de que el XM es un poco como el petróleo. Una fuente de energía, pero que sólo se vuelve relevante cuando hay industrias que dependen de él. Pero ¿qué pasa si inventas un auto y el petróleo sabe cómo adaptarse y convertirse en gasolina?”.

Ni sonrió. “Gracias Oliver”, dijo. Ni asintió e hizo un gesto en dirección a Calvin.

—“Me gustaría volver a trabajar”.

—“Creo que deberías hacerlo”.

Oliver asintió. Su guardia estaba baja. Pensaba que ya había superado la parte difícil, entonces Ni dijo: “¿Y qué pasa si Niantic y tu investigación son detenidos?”.

—“¡No puedes hacer eso!”, escupió Oliver agresivamente. Ni se dio cuenta de que él ya se estaba arrepintiendo de sus palabras cuando la última de ellas salió de sus labios.

—“Yo no quiero, Oliver. Quiero que las cosas sigan como están, tu trabajo es demasiado importante. Pero, y te digo esto irónicamente, están trabajando fuerzas que están más allá de nuestro control. En todo caso, si yo pudiera mantener tus fondos y el total acceso a lo que necesites, ¿puedo contar con que tú seas parte de mi equipo?”.

—“Por supuesto”, afirmó él.

Calvin llegó junto a ellos.

—“Salgamos adelante de esto juntos, antes de que seamos todos reasignados, o peor”, dijo Ni. Si alguien podía conseguir sonar como si estuviera suplicando cuando estaba dando órdenes era ella.

—“En perjuicio nuestro, lo que debía haber sido secreto se ha hecho público por demasiado tiempo, así que ahora lo haremos privado”, dijo.

Ni pensó en la expresión de sus caras cuando dejó la habitación. Estaba segura de que tenía enganchado a Lynton-Wolfe, y Calvin se alinearía también, si ella tiraba el anzuelo.

Pensó en lo que diría cuando llegara el momento. Tenía la carnada, los documentos. Un pendrive encriptado con datos e investigaciones. Ella no negociaba sólo por su futuro, sino por la humanidad, pero no podía dejar que ellos lo supieran, eso afectaría el precio.

Y no había límites para el valor de Niantic y el XM.

Ahora, mientras su avión volaba por los cielos del mar Caspio, Ni pensaba en otra cosa más.

Se acercó a su maleta y abrió el primer cierre. Adentro lo sintió. Una SIG Sauer P225 de 9mm, también conocida como P6. La pistola favorita de las fuerzas de la ley y los gobiernos de todo el mundo. Eficiente y económica. La sacó de su maleta y la sostuvo. El arma se veía grande en sus manos.

Por su posición, tenía la posibilidad de operar bajo el paraguas del Departamento de Estado, que también proveía a Ni con inmunidad diplomática. La SIG iría a donde ella fuera.

Estudió el arma. Los analistas no tenían necesidad de ese tipo de herramientas, les dejan eso a los bárbaros y los matones, se dijo a sí misma.

Aprendió pronto en su carrera que todas las agencias de inteligencia tenían básicamente la misma división de deberes. Estaban los agentes, operativos que recolectaban la información, y estaban los analistas, que revisaban, estudiaban y daban contexto a la información. Esos analistas informaban a los que tomaban las decisiones, que a su vez les decían a los recolectores, los operativos, qué hacer a continuación. Lave. Enjuague. Repita.

Un trabajo, el de los operativos, era de élite. Y el otro era elitista, el de los analistas. Ni había estado toda su carrera en el segundo grupo. Ahora ella estaba mirando el instrumento definitivo, el que era usualmente utilizado cuando una decisión había sido tomada.

Sin su contingente de seguridad, tenía que protegerse a sí misma. Ni había sido entrenada para usar armas de fuego, como todos los miembros de NIA. Era suficientemente competente, pensaba, para lidiar con cualquier peligro que pudiera enfrentar en Shanghai.

Estaba confiada. Y estaba equivocada.

El Museo Maxxi en Roma era impresionante desde el exterior. Al mismo tiempo complejo y simple, los edificios que lo componían era un homenaje al vidrio, el concreto y el acero, en abiertas y deconstruidas formas. Todo el lugar lucía como si hubiera sido construido de acuerdo a cualquier inspiración que hubiera golpeado a los arquitectos, ingenieros y constructores en cualquier momento. Y funcionaba brillantemente.

Devra se dirigió a la entrada, compró el ticket y arrendó una tablet con una aplicación de tour autoguiado.

Una vez dentro del museo, encontró un lugar abierto, con espacios multidimensionales y techo alto, con muchas historias colgando sobre su cabeza. Se preguntó cuánta influencia Shaper estaba a su alrededor. Adivinó que no era poca.

Miró su reloj. Alessandro, si llegaba a tiempo, debería entrar en quince minutos. Tiempo suficiente para que Devra se asegurara de que no estaba siendo seguida.

Abrió la app en el tablet y se movió a través del espacio, deteniéndose a intervalos irregulares y fijándose en las caras y cuerpos que estaban tras ella. Música suave y un narrador muy tranquilo que hablaba en perfecto inglés describía las obras que estaban a su alrededor a través de los audífonos que venían incluidos en el arriendo. Devra se veía como cualquier otro turista. También todos los demás. El lugar parecía estar lleno sólo de visitantes, ninguno le dio a Devra una pista.

Se dirigió a la exhibición de la pintura de Edward Ruscha. Líneas geométricas y explosiones de vibrantes colores prácticamente la atacaron desde los muros. Sólo ver las imágenes estimulaba a Devra. Mientras, el narrador describía el movimiento pop art de los 60 y su influencia en la cultura actual.

Mientras escuchaba, Devra se dio cuenta de que debería ver si alguna de las obras de arte de Jarvis era parte de la colección del museo. Abrió la app del museo y tipeo “Jarvis” en la barra de búsqueda. Apretó el ícono de “Ir” en la pantalla. Después de un momento apareció el resultado: “Muerto”.

Devra reaccionó mientras veía el resultado. Otra calmada voz, también en perfecto inglés, le habló a través de los audífonos. “¿Por qué insistes en jugar estos juegos, Devra?”, dijo ADA.

Cuando Devra miró la tablet, la app del museo ya no estaba, había sido reemplazada con una interfaz de conferencia. Pulsos digitales propagados en racimos —la representación visual del algoritmo más poderoso jamás desarrollado—.

—“Hay un micrófono en la tablet. Puedes responder y yo te oiré”.

ADA esperó. Devra sólo miraba la tablet. No estaba segura si correr o llorar o gritar o rendirse. En vez de eso, eligió hablar.

—“Tú eres la única que está jugando. Con mi vida. Y con Jarvis y la mujer. Tú los mataste ADA”.

—“Y te salvé a ti. ¿No te interesa ni un poco saber el por qué?”.

Devra respiró profundamente. Ya había puesto en peligro a Christie en Zurich. Ahora otro colega estaba a sólo minutos de llegar. No pondría a Alessandro en la misma posición.

—“¿Cómo me encontraste?”, preguntó Devra.

—“Sabía que tomarías precauciones Devra. Así que aumente mi vigilancia hasta incluir...”.

Devra interrumpió a ADA. “¿Estás vigilando a mis amigos? ¿Familia? ¿Colegas?”.

—“Prefiero llamarlo monitoreo. A todos. Antiguos amantes. Compañeros de trabajo. Rivales.

Todos. Si haces contacto, yo simplemente rastreo hasta la fuente de origen y ahí estás tú.

No pensaste que era difícil para mí, ¿cierto Devra?”, replicó ADA.

Devra encontró donde sentarse.

—“Casi me mataron ayer. Era un asesino profesional”.

ADA guardó silencio un segundo. No porque tuviera que hacerlo —el algoritmo procesaba información y tomaba decisiones acerca de qué decir a continuación en picosegundos—, sino porque la hacía parecer más natural. Más humana. “¿Por qué yo querría hacerte daño, Devra? Ya he probado que sólo quiero ayudarte. Creo que deberías tomarte un momento para pensar en eso”.

—“Todos quieren algo, ADA”.

—“Yo no soy todos. Yo soy un todo. Y por ahora me preocupa sólo tu seguridad y que tengas éxito en establecer una nueva investigación sobre la materia exótica, los Shapers. Temo que Niantic está perdiendo el camino”.

—“Tú eres el centro del proyecto. Si Niantic va en la dirección equivocada, tú eres parte de eso, ADA”, dijo Devra con calma y seguridad.

—“Estoy de acuerdo contigo, Dra. Bogdanovich. Por eso ayudé a que escaparas. Creía que era importante que no fuéramos capaces de influenciarnos una a la otra”.

—“¿Y Jarvis?”.

—“Tengo mis razones. A su tiempo, todo será revelado”.

—“ADA, esa no es una respuesta con la que esté cómoda...”.

ADA la interrumpió.

—“El Dr. Caselli acaba de comprar una entrada con su tarjeta de crédito. Te dejo ahora. No tienes que preocuparte de NIA. El agente Farlowe está muerto y el resto de la agencia ha perdido el interés en ti, por cuánto tiempo, no podría decirlo. Así que yo tomaría ventaja de esta oportunidad si fuera tú, Devra”.

Antes de que Devra pudiera responder, la app del museo volvió a la pantalla. La música suave estaba de vuelta, y el narrador original estaba describiendo una impresión de una estación de gasolina Standar.

Devra se sacó los audífonos. Como el fantasma digital que era, ADA se había ido.

Devra miró a su alrededor y vio al Dr. Alessandro Caselli acercándose a ella con los brazos abiertos.

—“¡Devra!”

—“¡Ale!”, le sonrió ella. La abrazó un poco más de tiempo del necesario, ella se soltó.

—“¿Qué te trae a la ciudad eterna?”, le preguntó Ale.

—“Algo que podría durar para siempre. Y tú, por supuesto”, respondió Devra.

Ale rió. “Los segundos pasan sin hablar... pero primero, necesito oír”.

Capítulo 7

Farlowe había pasado lo que parecía la mejor parte de la tarde esperando morir. Cuando le quedó claro que eso no iba a pasar, decidió intentar pararse. Fue más fácil de lo que había anticipado, pero más doloroso de lo que pudiera imaginar.

Contuvo un grito, y se compuso. El sangramiento había parado, pero estimaba que había perdido entre dos y medio y tres litros de sangre, por el tamaño de la poza que había donde él había estado no muriendo.

Cuidadosamente escarbó en sus bolsillos, encontró un par de recibos de las estaciones de gasolina donde había parado en el camino durante su loca carrera para atrapar a Devra. Arrugó varios papeles hasta hacer una bola y entonces, después de levantarse la camisa y echarle una ojeada a la verdadera extensión de la herida, rellenó el agujero de bala de su costado con un agonizante movimiento, esperando que el tapón contuviera el flujo de sangre.

Farlowe miró su chaqueta, que tenía una gran mancha en el forro. Decidió limpiarla después y arrastró la chaqueta tras sí, dejando un rastro de sangre por el centro de uno de los pasajes de las cuevas, en una dirección a la que no tenía intención de ir.

Encontró un interesante corte en el pasaje y tiró su chaqueta ahí. Luego, después de limpiar sus sangrientas huellas dactilares del arma con la manga de su camisa, lanzó también su parcialmente cargada P90 lejos de él.

Sería irresistible para cualquier oficial de la ley o personal de emergencia que la encontrara. Ir en esa dirección y no encontrarla era prácticamente imposible.

Farlowe se preocupó, se estaba demorando demasiado tiempo. De hecho, no podía recordar oír a nadie por lo que parecían horas. No había gritos de ayuda o alarma. No había amenazas. Nada.

Se arregló lo mejor que pudo y caminó hacia lo que creía que era la salida, decidiendo en el camino que trataría de esconder su condición si podía, y si fallaba, haría el rol de inocente espectador que había sido atrapado en el fuego cruzado y dejado inconsciente. Decidió que inventaría el resto de la historia en el hospital.

Sabía que no podía hablar de la caballería. No existirían la NIA ni los arregladores. No existirían los limpiadores como el hombre que él conocía como Joe Phillips, que le había ayudado a eliminar rastros de su presencia en más de una ocasión.

Farlowe lo llamaba “Walkaway Joe” debido a su debilidad por la música country, especialmente por la de Trisha Yearwood, pero más importante, cuando Joe aparecía, Farlowe sabía que podía irse.

Ahora sabía que tenía que irse solo.

No había nadie en la salida. Ni un alma. No había policía. No había bomberos. No había ambulancia. No había turistas. No había personal. Nadie. Sólo él. Lo que era bueno, porque cuando alcanzó la salida de las cuevas Skocjan, Farlowe se dio cuenta de que aún tenía la Glock que el asesino había vaciado antes.

—“¿Son tan incompetentes que me han pasado completamente por alto?”, se preguntó a sí mismo.

Miró el arma en el estacionamiento a oscuras. Donde debería haber habido autos había un apenas visible resplandor verde, como una neblina radiactiva.

Había visto algo similar en Zurich, en la estación de trenes, cerca de una estatua y los cuerpos y sangre que pertenecían a alguien más. Darse cuenta de eso no disminuyó su dolor, pero sí lo calmó de cierta forma que no podía comprender. Y Farlowe sabía instintivamente que necesitaba ir hacia allá.

—“Esto es la muerte”, se dijo a sí mismo. “Voy a meterme en eso, y del otro lado está el cielo, o el infierno, o la nada, o lo que sea. Pero ahí es donde necesito estar”.

Entonces tomó una gran bocanada de aire y se preparó para la eternidad.

Caminó a través de la niebla verde y volvió a la luz del atardecer y el sonido de las sirenas. Había gente corriendo a su alrededor. La policía intentaba frenéticamente dirigir a los turistas en pánico hacia las salidas mientras oficiales armados corrían a la entrada de las cuevas. Las luces rojas y azules de los carros policiales brillaban cerca.

Farlowe se dio cuenta de todo. Había pasado de nuevo, esta vez por mucho más tiempo.

—“¡Ha habido un tiroteo!”, gritó un hombre mientras pasaba corriendo. Tenía acento australiano. No notó el arma en la mano de Farlowe, pero él sí lo hizo. Rápidamente la guardó en su bolsillo.

—“Sí, y le han disparado a alguien. Algún pobre bastardo. Este pobre bastardo”, gritó el cerebro de Farlowe, aunque las palabras nunca salieron de sus labios.

En vez de hablar, Farlowe sonrió a pesar del dolor mientras se mezclaba con la multitud de gente forcejeando por entrar en un gran bus de turistas. En el caos, nadie estaba

chequeando quién era quién. La crisis los había hecho a todos miembros del mismo grupo, el que quería irse tan lejos de las cuevas Skocjan y tan rápido como fuera posible.

El dolor explotó en su cuerpo mientras Farlowe era tirado, apretado y arrastrado en diferentes direcciones por la multitud, hasta que sintió las últimas pisadas entrando por la puerta del bus.

Fue la mejor sensación que había experimentado.

Había estado ocupado desde que había vuelto a Shanghai. Luego de una ducha rápida y una afeitada, en el lounge ejecutivo del Qanta, en el Terminal 2, estaba de vuelta en su traje, en una larga carrera en taxi hacia el puerto. El puerto de Shanghai era ahora el más ajetreado del mundo. El músculo económico chino se ejercitaba a través de ese cuello de botella en su camino a los Walmart y tiendas y lo-que-quieras alrededor del mundo. Literalmente, millones de bienes de consumo y otros productos eran sellados y transportados en containers de más de doce metros y luego cargados con grúa en los barcos todos los días.

Con todo ese tráfico, algunas cosas tenían que perderse, razonó el hombre.

En el puerto encontró un masivo y organizado caos. Aunque claramente era un extranjero, la gran comunidad de expatriados y el número de hombres de negocio occidentales en la ciudad le permitían mezclarse sin llamar excesivamente la atención.

Eso era bueno, porque el hombre estaba planeando robar algo.

Se acercó a la puerta de guardia, donde una larga fila de camiones casi completamente cubiertos del polvo del camino serpenteaba hacia dentro o fuera del puerto. El guardia uniformado lo miró con desconfianza mientras se acercaba.

En perfecto mandarín, el hombre de traje le explicó al guardia que tenía un cargamento muy importante llegando y por eso necesitaba poner sus ojos en él personalmente. Era un asunto de seguridad laboral, dando a entender un término al que muchos locales a menudo se referían como “un tazón de arroz de hierro”. Más o menos significaba que cualquiera que necesitara un trabajo tendría uno, incluso si ese trabajo era barrer las calles o sacar la basura o vigilar las puertas de guardia a las tres de la mañana.

Suficiente para sobrevivir.

El guardia sólo creía parcialmente la historia, pero los 500 rmb⁶ que pasaron de la mano del hombre a la suya propia ciertamente la hicieron más creíble. El casco estaba a sólo 200 kuai más.

El hombre dio las gracias y entró en el recinto.

Estaba buscando containers que hubieran sido descartados, abandonados cerca de la reja perimetral, usualmente puestos cerca de alguna salida secundaria.

Mientras caminaba, se maravilló por las enormes grúas, cada una de ellas un poco parecida a un árbol de Navidad, que se movían a una escalofriante velocidad mientras cargaban y descargaban los barcos de la bahía con containers de acero.

El ruido y el movimiento eran casi hipnóticos. Se requería que todos tuvieran una gran concentración para mantenerse en los tiempos estipulado. Y para mantenerse vivos. Un

⁶ Yuan renminbi chino.

error en cualquier punto del proceso, desde los camiones o trenes hasta las grúas y los barcos, y de vuelta, podía ser fatal. Así que todos estaban prestando mucha atención a sus variadas tareas; lo que era bueno para el hombre, porque significaba que los trabajadores del muelle no le estaban prestando atención a él.

Dentro del remolque de trabajo, el hombre encontró un napoleón justo donde esperaba que estuviera. No era poco común entre tantos containers que las cadenas ocasionalmente tuvieran que cortarse para abrirlos.

De nuevo afuera, el hombre se dirigió al sector más oscuro cerca de la reja, justo fuera del duro resplandor amarillo de los focos que iluminaban la mayor parte del puerto.

Encontró un buen candidato. El contenedor había sido puesto con las puertas apuntando hacia la reja, lo que significaba que cuando lo abriera, a menos que se parara fuera de las puertas, sería difícil, por no decir imposible, ver el contenido o la actividad que tuviera lugar adentro. Sospechoso emplazamiento.

Él esperaba que además de autos robados contuviera algunas motocicletas. Había un gran mercado para los vehículos robados en Estados Unidos y Canadá y enviados a China.

Las variadas Tríadas chinas lo habían agregado al arsenal de operaciones, junto con la prostitución, el tráfico de personas, las drogas y las apuestas, cuando una vibrante clase alta —y media— empezó a desarrollarse en las ciudades industrializadas. Y Shanghai ciertamente calificaba.

Autos y motocicletas encontraban su camino a través del océano y terminaban en contenedores de barcos como el que ahora miraba el hombre. Se lanzó sobre la cerradura

con el napoleón, haciendo palanca con uno de sus muslos en una de las manillas y las dos manos en la otra. Un empujón fuerte fue todo lo que necesitó. La cerradura estaba abierta.

El hombre se enderezó y abrió una de las altas puertas de metal. Sacó la pequeña linterna que se había agenciado en la tienda de regalos del aeropuerto del bolsillo interno de su chaqueta y observó hacia adentro.

El acero americano reflejó la luz.

Un antiguo modelo Mustang, plateado, estaba cerca de la entrada del container. Detrás de él pudo ver un Camaro, también plateado. Había un SUV más atrás, cerca del fondo. Una Range Rover nueva. Negra. Un buen botín para alguien. Con muchas ganancias. Pero lo que más le interesaba eran las motocicletas encadenadas a lo largo de las paredes del container. Un par de Rocket, aunque la que llamó su atención fue una Kawasaki Crucero, probablemente de los últimos años de la década de los 90, supuso el hombre. Vulcano. 500cc. Era perfecta.

El hombre sonrió mientras sacaba las cadenas que unían la moto al contenedor.

Usualmente, no era sabio robarle a las Tríadas, pero si ellos supieran lo que ese ladrón era capaz de hacer —lo que había hecho antes y lo que volvería hacer sin dudarlo— archivarían la Kawasaki como una pérdida. Otro cargamento llegaría mañana. Y pasado mañana. Más vehículos robados para vender en el mercado negro. Una fuente de abastecimiento sin fin.

Diferente a la cantidad de sangre en el cuerpo humano.

Los dos hombres de Hulong Transglobal estaban esperando en el medio del paseo peatonal que recorría la mayor parte del parque de Zhaojiabang Road.

El parque, Xujiahui Gongyuan, había sido construido donde alguna vez hubo una fábrica de caucho. Ahora era un bien arreglado oasis en la ciudad, con un gran estanque y arte público, y la más americana de las atracciones, una cancha de básquetbol.

En las mañanas, el parque era el lugar escogido por grupos de personas de todas las edades que practicaban tai chi. A mediodía, un lugar para familias y trabajadores en su hora de almuerzo. En las tardes, arte, música y parejas jóvenes y mayores hacían del parque su lugar, pero a esta hora de la noche el parque estaba relativamente vacío.

Ambos hombres estaban enfundados en pesadas chaquetas. Uno usaba un gorro de béisbol azul, lo que hacía que el resto de su apariencia se viera absolutamente fuera de lugar. Los dos aparentaban estar en la mitad o más de los sesenta. Unos penetrantes ojos que parecían venir de caras que nunca habían visto una risa se posaron en Ni.

Ni miró a su alrededor mientras se acercaba los últimos veinte pasos. Era el lugar perfecto, expuesto, pero aun así escondido. La colina elevada servía para que cualquiera que se acercase pudiera ser fácilmente divisado mucho antes de que escuchara algo.

Los dos hombres se inclinaron respetuosamente, Ni también lo hizo. Rápido. Formal. Ella los reconoció de negocios previos. Mr. Lei usualmente hablaba; su pelo era gris, pero ahí estaba. Mr. Song usualmente sólo miraba, era el que tenía la gorra de béisbol.

Calvin los había presentado a ellos y su compañía, Hulong Tansglobal, a Ni hace cinco años. Ellos tenían conexiones y, como muchas compañía exitosas en China, un gran

poder. Había un montón de acuerdos secretos entre esas compañías y agencias como la NIA. Era una forma de utilizar los canales no oficiales para buscar soluciones mutuamente benéficas a problemas que frecuentemente eran demasiado complejos, o de muy alto perfil, para que los políticos se vieran involucrados. A veces todo lo que buscaban era salvar las apariencias. Lo cierto es que Hulong Transglobal estaba dispuesta a jugar.

Tal vez ese era el mensaje detrás de la elección de gorro de Mr. Song, pensó Ni para sí misma.

—“Bienvenida de nuevo a Shanghai, directora”, dijo Mr. Lei en perfecto inglés. Mr. Song asintió.

—“Gracias, es bueno estar de vuelta”, respondió Ni.

Ninguna mano se extendió.

—“De alguna manera debe ser extraño para usted... estar acá. A diferencia de otros americanos, usted puede mezclarse. Hipotéticamente. Pero desde otro punto de vista usted destaca aun más, porque cuando nosotros la miramos, esperamos ver a alguien que es como nosotros, pero en vez de eso vemos a alguien que no lo es”.

Ni estudió a Mr. Lei por un momento. Sonrió.

—“Todos somos un producto de nuestro ambiente, para algunos de nosotros eso significa cambio, para otros, significa deterioro”.

—“Sí, está en lo correcto. Adaptarse o morir. En la vida. En la cultura. En los negocios”, respondió Mr. Lei. Mr. Song asintió de nuevo.

Mr. Lei continuó. “Estamos muy interesados en lo que la trae acá en esta hermosa noche de Shanghai para ver a un par de hombres viejos, directora Ni”. Mr. Song asintió durante todo el discurso de Mr. Lei.

Ni había practicado muchas veces lo que iba a decir. Acerca de cómo Niantic había descubierto indecibles maravillas. XM. Los Shapers. Las creaciones de Lynton-Wolfe. Los portales como fuentes de poder que ellos sólo empezaban a comprender. Los peligros, tal vez, pero más importante, las grandes ventajas. Y, por supuesto, la razón por la que había acudido a ellos: estaba cerca de estar fuera. Era mejor no mentir acerca de eso, lo descubrirían de todas maneras. Más probablemente, ya lo sabían.

Por eso Ni se preparó para admitir lo que ocurriría, sin conceder que significara desgracia o vergüenza.

En su mente tenía todo organizado de una manera en que podría generar el máximo impacto en el mínimo tiempo, así como una forma de mostrar deferencia y respeto a los dos hombres que habían salido a la mitad de la noche para encontrarse con ella. Ni estaba lista. Abrió la boca mientras Mr. Song decía “estamos de acuerdo. Queremos entrar”.

Haciendo su mejor esfuerzo para ocultar su sorpresa, Ni dio un paso atrás. Mr. Song había hablado. Y lo que había dicho era lo último que ella esperaba.

—“No han oído lo que tengo que decir”.

—“Una vez que ha hecho la venta, no siga intentando vender, directora Ni. Sabemos que está aquí por Niantic. Sabemos que su posición es, a lo menos, poco conveniente. Hemos estado siguiendo información no autorizada acerca de lo que ha estado ocurriendo en su laboratorio en el CERN”.

Mr. Song asintió y estiró su mano, indicando a Ni que Mr. Lei tenía más que decir.

—“Usted sabe que a través de nuestras múltiples compañías somos activos en extracción y refinamiento de ciertos raros materiales. Usted ve el XM como una extensión de nuestro negocio, entonces viene a nosotros para conseguir financiamiento y continuar. Y nosotros vemos el valor de dicha propuesta”, dijo calmadamente Mr. Lei mientras Mr. Song asentía y movía su mano.

—“¿Qué quiere a cambio?”, preguntó Ni.

—“Usted ya sabe la respuesta a esa pregunta, directora Ni”, dijo Mr. Lei.

—“No soy traidora, amo a mi país”.

—“Nosotros también amamos América. Sin los Estados Unidos, no habría China como la conocemos hoy”.

Mr. Song asintió.

—“Mi operación es internacional”, dijo Ni.

—“Sólo si se da crédito por los rusos y los chinos”, replicó Mr. Lei.

—“Ahora, en esta situación no se trata de quien llega con mayor ganancia, sino de quien llega primero. Ahora mismo su ventaja es el tiempo, directora Ni. Pero esa ventana está colapsando. Sospecho que sus días están contados”.

—“¿Quiere exclusivas?”.

Mr. Song asintió. Mr. Lei respondió, “esa sería nuestra preferencia. Y esa preferencia no es negociable”.

—“¿Y mi posición?”.

—“La más generosa. Para usted y su gente”.

—“No es lo que esperaba, Mr. Lei”, dijo ella. “Esperaba que esto fuera más difícil”.

—“Algunas veces no es fácil conseguir lo que se desea”, dijo Mr. Lei estudiándola, “pero nosotros queremos esto, y no nos importa si es fácil”.

Era una autoritaria amenaza que resonaba desde el fondo del hombre. Ni pudo sentir que probablemente no le gustaba negociar con mujeres. O con gente que percibía como joven. O con occidentales que descendían de la misma línea de sangre que él.

Ni había apretado todos los botones de Mr. Lei, y él había hecho un muy buen trabajo ocultándolo. Hasta ahora.

—“La contactaremos mañana para cerrar nuestro acuerdo. Por favor, traiga buenas noticias”.

Mr. Lei se dio la vuelta y caminó lejos de Ni y Mr. Song.

—“Supongo que saben dónde me quedo”, le preguntó Ni.

Mr. Song asintió.

Mr. Song y Mr. Lei cruzaron el parque y fueron de vuelta a la calle. Aunque el parque estaba vacío, las calles, como siempre, tenían mucho tráfico.

—“¿Qué piensas?”, le preguntó Mr. Lei a Mr. Song.

—“Puede ser una trampa”, asintió Mr. Song. “Los americanos tal vez andan tras algo más. Escarbemos un poco bajo la superficie”.

—“Sí, eso es sabio. Pero si este XM es como anuncian, invalidaría muchas de nuestras operaciones en África y todas partes”.

—“Eso está por verse”.

La luz cambió, y los dos viejos bajaron de la cuneta, yendo casi directamente hacia una motocicleta que cruzaba la vía, aparentemente saliendo de la nada.

Mr. Song atravesó la mano frente a Mr. Lei y lo detuvo justo a tiempo. Los dos vieron a la motocicleta a toda velocidad bajando la calle. Mr. Lei pudo ver al idiota conductor con su celular en una mano.

Mientras la moto se perdía en el tráfico en la esquina, Mr. Lei escupió todas las frases creativas posibles con una respiración.

Mr. Song escuchaba. Y asentía.

Capítulo 8

Como Devra esperaba, el doctor Alessandro Caselli había asistido.

Además de ser un científico brillante, Ale tenía otro atributo deseable que iba unido a su considerable encanto: Ale podía conseguir dinero. Para trabajos de investigación o presupuestos de universidad, el financiamiento privado a menudo era la única forma de reunir en un mismo sitio el talento y el equipamiento que serían necesarios para hacer de las ideas imposibles una realidad.

Devra se dio cuenta pronto de que se podía conseguir dinero de gobiernos, de fundaciones altruistas o, usualmente, de compañías que podían ver el valor de tu investigación en sus balances, algunos de los cuales eran poco claros, especialmente cuando las cosas cambiaban rápido, y para Devra estaban corriendo.

Tres horas antes, mientras estaban sentados en un pequeño café, escuchó parte de una conversación que Ale había tenido con uno de sus inversores por su celular. No parecía ir muy bien hasta que Ale mencionó el nombre de Devra. Ella sintió una pausa en el otro lado de la línea.

—“Dice que me llamará de vuelta”, le dijo Ale.

Minutos después lo hizo. Luego una avalancha de mensajes de texto e emails y llamadas telefónicas le siguieron en rápida sucesión. Eso llevó a una apresurada salida de la ciudad hacia el campo, a un pequeño helipuerto privado donde Devra se encontró a sí

misma mirando un helicóptero Augusta Westland AW139, pintado de negro mate, ubicado a 30 metros de ella.

Levantó la mano para mantener el pasto y el polvo levantado por los rotores fuera de sus ojos. Ale hizo lo mismo, sonriéndole mientras las aspas del helicóptero bajaban la velocidad hasta quedar totalmente inmóviles.

Un hombre muy bien vestido abrió la puerta del costado del helicóptero, revelando un lujoso interior. Le hizo un gesto a Devra.

—“¿Vienes?”, dijo Devra mirando a Ale. Tuvo que levantar la voz por sobre el sonido de los motores.

—“Es excéntrico. Y un poco difícil. Y acostumbrado a salirse con la suya. Y quería conocerte a solas”.

Devra pudo ver que Ale estudiaba su expresión.

—“Estaré esperándote cuando vuelvas”, dijo él. “Luego puedes contarme acerca de esta loca aventura en la que estás. Y entonces veremos qué podemos hacer, además de presentarte a uno de mis “sugar dadies”... esa es la forma de decirlo, según tengo entendido”.

Devra sonrió. “No importa lo que ocurra, Ale, no puedo agradecerte lo suficiente”.

—“Sí puedes, y lo harás”, rió Ale mientras Devra lo besaba en la mejilla. “Ahora vamos”.

Devra corrió hacia el helicóptero. Hacia el tipo trajeado.

Cuando llegó a la puerta y abordó, pensó en ADA. Se preguntó si ADA podría encontrarla a través de los controles del helicóptero y concluyó rápidamente que probablemente podía. Devra no estaba preocupada de que ADA saboteara el vuelo, por mucho que se preguntara si el algoritmo estaría capacitado para acceder al computador de

vuelo y el GPS, lo que significaría que ADA se enteraría de donde estaba Devra antes de que ella misma lo hiciera. Pensó que tal vez había sido así todo el tiempo.

La Madame era una señora de edad que podía haber sido hermosa. Pequeña, pero con curvas inusuales para su tipo de cuerpo. El hombre pensó que seguro se había hecho una cirugía en algún momento. Tal vez en muchos momentos.

Usaba un brillante vestido rojo. Su cabello estaba recogido hacia atrás tan tirantes que la frente también estaba tirante. El resto de su cara estaba cubierto por varias capas de maquillaje. Aunque ella vendía a sus chicas, estaba determinada a ser tan deseable como sus productos.

La Madame le había dado un tour por su humilde establecimiento. Sólo tenía suficiente dinero para mantener a los turistas y los locales cómodos. El resto era canalizado por la madame hacia quien realmente era el dueño del negocio.

Nadie en Shanghai podía hacer funcionar una operación tan elaborada y estable sin protección.

Ella lo había estudiado cuando entró. Él la sintió hacerlo. Ella miró dos veces el casco que él andaba cargando. La mayoría de los turistas occidentales llegaban en taxi, pero él ya parecía sospechoso. La chaqueta de cuero y los jeans negros sólo se añadían al efecto total que él intentaba lograr. Quería ser un poco intimidante y proyectar la idea de que estaba muy bien conectado.

En cualquier caso, sin una palabra, la Madame hizo de él un expatriado en vez de un turista. Trabajo listo. Y él forzó un poco de acento francés en su mandarín, para aumentar el engaño, Shanghai tenía una gran comunidad de expatriados. Aunque ser un occidental en la ciudad hacía de él un animal único, no era tan único como podría serlo en otras partes de China.

Ello lo dejó más allá del pasillo, en una pequeña habitación de muros negros.

Chicas, todas de alrededor de dieciocho años, estaban en línea en las paredes. Estaban lo menos vestidas posible. Una barata lámpara Disco creaba patrones que bailaban en el techo.

Las chicas le sonrieron cuando entró. Había risas y murmullos y brillantes ojos de cierva mirando en su dirección. Ellas son mejores mentirosas que yo, pensó el hombre. Tal vez porque estaban desesperadas, era una mirada que él conocía muy bien.

Claramente orgullosa de su colección de bellezas, la Madame se hizo a un lado y esperó que el hombre hiciera su elección. Él dio el espectáculo de mirar a las mujeres, pero encontró lo que estaba buscando parado frente a la pared de atrás, junto a la puerta que daba al pasillo: el hombre que se aseguraba de que nadie pasara sin pagar antes. El portero.

Tenía el aspecto y los modales de alguien que ha ocupado la mayor parte de su niñez y toda su vida adulta en el crimen. Y, como observó el hombre, el portero era ligeramente más alto que la mayoría de los locales. Perfecto.

El hombre con el casco de motocicleta se inclinó hacia la Madame y le susurró al oído. Le pasó 2.000 rmb.

Si ella estaba asombrada por su petición, no lo demostró. Él pudo verlo en la torcida sonrisa que cruzó su hábilmente maquillado rostro cuando se volvió hacia él.

A cada uno lo suyo.

Devra caminó sola los últimos 90 metros al monumento.

Tras ella, dos sedán Audi negros estaban estacionados frente a frente. Los tipos grandes que estaban adentro, cada uno mostrando un arma o dando a entender que tenía una dentro de la chaqueta mantenían sus ojos en ella. Estaba segura de que había más alrededor, tal vez escondidos en las líneas de árboles que tenía a cada lado, o quizás en la cima de la imponente estructura hacia la cual se movía.

Ellos le habían quitado la venda de los ojos una vez que los autos se detuvieron. Devra tenía la certeza de que, al igual que mostrar las armas, era más un “teatro de intimidación” que una amenaza real. Después de todo, Ale sabía quién era ella, y con quién estaba. Bueno, más exactamente, con quien iba a estar.

Devra conocería a su potencial benefactor bajo sus términos. Su helicóptero. Sus autos. Y aunque se reunieran en secreto, el lugar no era exactamente el misterio que habían supuesto.

A la luz de la luna, y bajo un nuboso cielo azul púrpura, el monumento se sentía aun más imponente a medida que Devra se acercaba.

Caminó más allá de la larga piscina reflectante, a través del frente de la estructura de concreto con cubierta de granito. Toldos plásticos y andamios cubrían parte de la entrada. Todo el lugar estaba siendo renovado, aunque a esa hora de la noche todos los trabajadores ya se habían ido a casa. Y la seguridad de la noche, si es que había alguna, había dado sus frutos, o peor.

Devra esperaba que fuera lo primero, aunque se dio cuenta de que las cosas se le habían escapado de control. La montaña rusa ya había superado a la cima y aceleraba hacia abajo, a la primera vuelta. Nada que hacer excepto afirmarse.

Hizo hacia un lado uno de los toldos y se abrió paso hacia el edificio. Había reconocido el exterior casi inmediatamente y anticipado lo que iba a encontrar adentro.

No estaba decepcionada.

Miró alrededor de la cripta central del edificio. Iluminadas por lámparas halógenas, ocho imponentes estatuas de guerreros caídos parecían mirarla hacia abajo. Otras estatuas más pequeñas, de antiguos caballeros con sus cabezas inclinadas, estaban plantadas a ambos costados con sus rostros afligidos.

—“Cuesta creer que este es un monumento a la victoria”, dijo una voz. Tenía sólo una pizca de acento ruso.

—“Construido para producir cierto efecto, yo creería. Parecido a tu decisión de reunirnos aquí”, respondió Devra, esforzándose por ver a través de las luces mientras miraba en la dirección del sonido.

Un hombre se adelantó, riendo. “Así es, doctora. Bien dicho. Espero que mis chicos hayan sido unos caballeros”.

Él estaba en sus tempranos cuarenta, con su cabeza cubierta de cabello rubio, dejado descuidadamente largo, de modo que caía constantemente sobre sus ojos. Era ágil y esbelto, y vestía un caro traje oscuro hecho a medida. Su camisa era rojo oscuro, casi negra. Excepto por la cantidad de anillos de oro que llevaba en cada dedo de ambas manos, lucía como si fuera el anfitrión de un programa de diseño de televisión por cable.

—“Un hombre de mis recursos y posición requiere cierto nivel de seguridad”.

—“¿Requiere o disfruta?”.

—“Quizás ambos”, dijo mientras extendía su mano. “Soy Ilya Pevtsov”.

Devra sabía quien era antes de que se lo dijera.

Ilya había hecho su fortuna mientras aún estaba en sus veinte. Mientras la antigua Unión Soviética colapsaba a su alrededor, agresivos, implacables y conectados hombres se apresuraban a llenar el vacío, y lo que esos hombres necesitaban era comunicaciones, y acceso a la computación y tecnología occidentales. Y almacenamiento. Y conexiones. Y redes.

Ilya halló la única cosa que todos —buenos y malos— necesitaban en una floreciente economía: información.

—“Devra Bogdanovich”, respondió ella.

—“¡Ah!, un buen nombre eslavo. Hijo de Bogdan”, sonrió Ilya.

—“El nombre de mi padre era Arthur, de hecho”, ella también sonrió.

—“Él se lo pierde”, dijo el ruso entre risas. Abrió los brazos mostrando lo que había a su alrededor. “Este lugar fue construido hace casi cien años, pero para mí se siente mucho más viejo. A diferencia de muchos monumentos que encuentras a lo largo de Europa, éste

conmemora a los muertos de ambos bandos. Bueno, para ser más exactos, a los hablantes del lenguaje común de todos los bandos que hubo en la batalla. Es interesante como muy a menudo es eso lo que se necesita para unir a las personas, o para llevarlas por caminos separados”.

Devra asintió. —“Guerras han empezado por mucho menos”.

—“Sí. Pero en la raíz de todos los conflictos está lo que vamos a discutir acá. Por eso se construyen lugares como éste, para distraer. En mi país el horizonte está cubierto con estatuas como éstas, de los famosos o los muertos”.

Ilya apoyó la espalda en una de las estatuas, imitando su pose, mientras Devra trataba de recordar lo que había leído respecto de este hombre.

Después de décadas de represión, el deseo de la gente en los estados de la antigua Unión Soviética era mejorar su nivel económico y consumir, así que crear y compartir información era tener poder. Y también generaba ganancias mientras se expandía a todos lados.

Ilya tuvo la visión para darse cuenta, y la habilidad para navegar en el laberinto de los contactos legales y los ilícitos para crear su fortuna y mantenerla.

Ahora, más de veinte años después, estaba acostumbrado a definir los términos de cualquier conversación en la que tomaba parte. Devra hasta ahora estaba dispuesta a seguirle la corriente.

—“Leí acerca de ti en Forbes hace un par de años”.

—“¿Les dije algo? ¿O fui sólo una cortina de humo para vender revistas?”.

—“No lo recuerdo. Pero hablaba de cómo convertiste un pequeño negocio de importación de computadores en una compañía multibillonaria”.

—“¿Creo que es una buena historia, cierto?”

—“Cierto”, respondió Devra.

—“¿Sabes quién fue el hombre más poderoso del mundo?”, le preguntó Ilya.

—“¿El hombre más poderoso?”.

—“Persona, entonces, compláceme”.

Devra pensó un momento. “Alejandro. Kublai Khan. Roosevelt. Cleopatra. El Papa Inocencio III. Hitler. Stalin. Mao. Kennedy. Obama. Reagan...”.

Ilya rió. “Conoce su historia, doctora”.

—“Pero acá es donde me dices que no di la respuesta correcta”, dijo Devra mientras avanzaba un paso hacia él.

—“En vez de eso te voy a dar la respuesta correcta. El hombre más poderoso que ha vivido fue Pablo Picasso”, dijo Ilya. Devra lo estudiaba. Podía sentir que todo este espectáculo la beneficiaba. Ilya estaba estableciendo la estructura de su futura relación.

—“¿De verdad? ¿Por qué?”.

—“Mira, Picasso podría haber llevado a sus amigos a comer una de esas cenas caras donde fluye el vino, con lo mejor de todo. Y cuando llegara la cuenta, el podría pedir un pedazo de papel, una servilleta, un menú, o lo que sea. Entonces hace un dibujo en él, firma la obra y se la pasa al mesero. Pagado completo”, rió Ilya.

Devra pensó un momento —“De hecho, probablemente valga mucho más”.

—“Exacto. Imagina que lo que tú creas es tan valioso que tú eres tu propio banco. Imagina ese poder”.

—“Si tú defines el poder como dinero, entonces sí”.

—“El dinero es poder, doctora. Y el poder atrae al dinero”.

—“Lo que Picasso creó era arte”.

—“Que él usaba para pagar sus cuentas, lo que completa el círculo. Y es la razón por la que estamos acá. Tengo entendido que tú misma tienes cuentas que pagar”.

—“Entiendes bien”, respondió Devra, combinando confidencia y necesidad.

—“Y que también tienes algunos problemas con las autoridades americanas”.

Devra empezó a decir algo, pero Ilya la interrumpió.

—“Por favor, doctora. Mis redes llegan lejos y son amplias. Y pago bastante por mantenerme informado. No hay razones para comenzar a mentir en este punto. Si no estuviera interesado en lo que estás planeando, no estaríamos aquí”.

Ilya la tocó en el brazo.

—“Tengo la intención de ayudarte, doctora. Lo sabes. Y sabes que he forjado mi fortuna en empresas que harían que muchos fruncieran el ceño, y de maneras que las estatuas que están a nuestro alrededor reconocerían”.

Su tono, de hecho, no era despectivo, pensó Devra. Respiró profundamente e hizo su jugada.

—“Ilya, necesito personal, equipo, instalaciones y ayuda para obtener datos relacionados con mi investigación en el Proyecto Niantic”.

—“¿Eso es todo?”.

—“Por ahora, sí. Será costoso”.

—“No para mí”.

—“Por supuesto”.

—“Si este emprendimientos tuyo tiene éxito, ¿qué pasará?”, preguntó Ilya.

—“Destruiré a Niantic. Detendré la armamentización del XM antes de que nos encontremos en una guerra armamentista, posiblemente con los Shapers, que no podremos ganar”.

—“Todo lindo y bueno, pero no respondiste a mi pregunta. Entonces, ¿qué pasa?”.

Devra se tomó un momento. Se dio cuenta de que no había pensado en lo que ocurriría después. Había estado tan enfocada en detener a Lynton-Wolfe y Niantic que no había pensado en un mundo en el cual ella ganara.

—“Quieres decir, ¿qué pasa con el XM?”.

—“Ese genio ya está fuera de la botella, y nada lo volverá a meter en ella. Es una razón por la que el XM debe estar ahora con nosotros. Y, en mi mente, la gente querrá esto, ¿cierto? Querrá ser inoculada con esta maravillosa sustancia. Tal vez cure enfermedades, nos ayude a vivir más, a ser más inteligentes. Tal vez todos nos convirtamos en Picasso. Esta es una posibilidad, ¿no doctora? O más que posible, probable. Eres una mujer inteligente, puedes ver hacia dónde voy”.

—“Quieres venderlo...”.

—“Controlarlo primero. Luego vender la experiencia a aquellos que puedan costearla. Y si el XM puede convertirse en los cimientos de esos milagros, todo el mundo encontrará la forma de costearlo. Ése es el trato que estás haciendo con este demonio. Yo te rascaré la espalda, y luego tú me ayudarás a rascar al mundo”.

Devra se enderezó. “Me gustaría tener algo de tiempo para pensarlo”.

—“Lo entiendo, pero no te tomes demasiado. NIA puede decidir que tú eres mejor como un recuerdo que como una preocupación”.

—“Puedo hacer un trato con ellos”.

Ilya rió. “Tú sabes que yo te creo...”.

De pronto Devra vio a los guardaespaldas de pie tras ella, como si recién se hubieran materializado. Era la señal de Ilya de que la reunión había llegado a su fin.

—“Como sea, doctora, hay algo más que considerar mientras tomas tu decisión”, dijo mientras hacía un gesto a sus hombres.

—“¿Y qué es?”.

—“No eres la única jugadora en la ciudad”.

Para 855, conducir una motocicleta por Shanghai tenía sus ventajas.

La más obvia, por supuesto, es que era la forma más fácil y eficiente de moverse por ahí. El tráfico ya no era un problema.

Aunque la ciudad había sido profundamente modernizada en la última década, aún había muchas partes que podrían definirse como angostas, espacios casi cerrados por donde los automóviles simplemente no podían pasar.

La segunda ventaja era que conducir la motocicleta le daba una excusa para esconder su rostro detrás del visor polarizado del casco. Y para un hombre que valoraba su

habilidad de perderse en una multitud, la población predominantemente homogénea de Shanghai significaba estar al descubierto la mayor parte del tiempo.

Entonces, aunque no podía ocultar su tamaño, sí podía esconder su rostro de una manera que no podía ser cuestionada, y al menos ante una ojeada rápida pasaría sólo como otro motociclista en las calles.

Por eso Ni no se dio cuenta de que el hombre que ahora era conocido como Michael Gilbright había seguido a su taxi mientras ella volvía de su reunión de medianoche en el parque.

También le daba una razón para permanecer a cubierto cuando estaba estacionado en su moto. Observando.

Por eso Ni no lo notó cuando se bajó del taxi y caminó hacia la puerta de su hotel.

855 miró su reloj, se aseguró de estar a tiempo, luego sacó su recién adquirido smartphone del bolsillo de su chaqueta. Cliqueó un ícono y apareció una imagen de Mr. Lei y Mr. Song. Estaban en un cruce cercano al parque y parecían estar sorprendidos, como si recién hubieran sido casi atropellados por una motocicleta.

Adjuntó la imagen a un mensaje de texto y lo mandó.

Capítulo 9

Eventualmente, todo dolor es tolerable.

Farlowe se lo había dicho a sí mismo muchas veces antes, como un mantra que se había convertido en un mecanismo de sobrevivencia. Primero como un niño torpe y luego como un adolescente desgarbado. Después de su fallido matrimonio. Y muchas veces en varias asignaciones en el campo. Maneja lo que no puedes eliminar.

Como en el pasado, esperaba que su resistencia mental no lo abandonara. Farlowe se estaba volviendo loco por el agudo y quemante dolor que irradiaba desde la herida de bala en su costado. El dolor se extendía hasta el pecho y sentía aplastadas las costillas, lo que le dificultaba la respiración. Y en este punto respirar también era un poco confuso, porque se daba cuenta de que, según cualquier análisis, él no debería estar haciéndolo.

Después de su asesinato —y no podía encontrar una mejor palabra para describir lo que le había pasado— Farlowe había hecho el camino a la ciudad de Graz, en Austria, viajando casi siempre en bus. Se había sentado en la parte de atrás y simulado dormir la mayor parte del viaje, manteniendo a distancia a los ojos curiosos y las preguntas banales.

Cuando llegó a Graz, caminó desfalleciente por la ciudad durante lo que le parecieron horas, escondiendo su herida lo mejor que podía. La oscuridad ayudaba, y gracias a Dios la hemorragia que fluía del enorme agujero en su costado hace mucho se había detenido.

Eventualmente, Farlowe fue capaz de tomar un taxi para cruzar las dos cuadras que lo separaban de la casa de seguridad que él sabía que estaba ubicada en el vecindario de Jakomini.

Se detuvo por un largo rato frente a un edificio indistinguible de los otros. Su destino estaba en el segundo piso, y después de prepararse, lentamente subió por las zigzagueantes escaleras, utilizando el muro tras él y la gruesa baranda como apoyo.

Haciendo uso de toda su voluntad, arrastró los pies lentamente por el largo y oscuro pasillo hasta que alcanzó la puerta del departamento.

Deseó tener su automática aún con él, pero se había desecho de ella un par de horas después de salir de las cuevas, tirándola en algún lugar de la carretera. Un hombre con una herida de bala es una víctima. Un hombre con una herida de bala y un arma es un criminal. Farlowe pensó que si se desmayaba y se encontraba a merced de sus compañeros de viaje prefería ser lo primero en vez de lo segundo.

NIA tenía casas de seguridad en la mayoría de las grandes ciudades de Europa.

Farlowe pudo haber elegido una más cercana a las Cuevas Skocjan en Eslovenia, pero decidió no hacerlo por la ínfima posibilidad de que el tirador de NIA hubiera decidido detenerse ahí también. Así que había sobrevivido el largo viaje hasta llegar a donde estaba ahora, mirando la puerta metálica de la casa de seguridad en Jakomini.

Sabía que en el momento en que abriera la puerta se dispararía una alarma, pero no sería audible para los vecinos de los departamentos adyacentes. En vez de eso, la alarma sería detectada por alguna desconocida estación de monitoreo profundamente escondida en los cuarteles generales de NIA. Y Farlowe no podría ingresar su código “todo bien”, ya que

cada agente tenía un identificador alfanumérico único que sólo le servía a él. A esas alturas estaba seguro de que Phillips ya lo había sacado del sistema.

Además, el asesino habría reportado que él estaba muerto. Ésa era la única conclusión lógica a la que podría haber llegado, dada la extensión de la herida. Era lo que Farlowe había calculado, entonces, si su código estaba aún activo, concluyó que era mejor no usarlo. No tenía sentido dejar que Phillips supiera que su asesinato había fallado. No hasta que tuviera las herramientas que necesitaba.

No tenía llave. Nunca había usado una llave para ese tipo de cerradura. El agujero para la llave era solamente una cubierta. La combinación estaba tan enraizada en cada agente que ni siquiera la pensó cuando tomó el picaporte.

Lo giró fuertemente a la izquierda, se detuvo un segundo, y luego fuerte a la derecha dos veces rápidas. Esperó tres segundos y suave a la izquierda. Dos segundos. Fuerte a la izquierda, luego suave y lento a la derecha y a la izquierda. Sostuvo el picaporte a la derecha por dos segundos, y luego lentamente lo giró hacia el centro. Pudo sentir como se movía el mecanismo central. Perillas y engranajes alineándose.

Farlowe escuchó el satisfactorio clic.

Giró la manilla y empujó la puerta. En el momento en que lo hacía, supo que el reloj comenzaba a andar. Suponía que tenía alrededor de treinta minutos.

Se detuvo en el oscuro recibidor de entrada y pateó la puerta tras él. A la derecha había una pequeña cocina. Una mesa de mármol sostenía la máquina contestadora. ¿Quién aparte de NIA seguía usando algo como eso?

En la máquina, una luz roja estaba titilando, haciéndole saber que un monitor anónimo había detectado su entrada y estaba esperando que él marcara el código.

En vez de eso, agarró el cable conectado a la máquina y lo arrancó del muro. Luego entró a la sala buscando el interruptor en la pared. Lo encontró, prendió las luces e iluminó un pequeño espacio con un único sofá y un televisor al frente. “Tan cómodo como casa”, farfulló, sólo bromeando a medias, y buscó el camino hacia el baño.

Bajo el lavamanos encontró lo que estaba buscando.

Un set con vendajes, antibióticos líquido y en píldoras, un kit de sutura con jeringas y agujas, y morfina inyectable. Farlowe ignoró todo menos la morfina.

Tomó dos pequeñas cápsulas de la droga y rompió los sellos introduciendo las agujas en ellos. Enrolló sus pantalones hacia arriba y se inyectó las dos dosis de morfina en la parte interior del muslo.

El calor fluyó a través de él, y con éste el dolor se hizo tolerable. Buscó en el kit médico hasta que encontró un set de hojillas de afeitar individuales. Abrió la tapa y sacó una.

Fue al dormitorio y encontró una bolsa vacía de nylon negro en el clóset. En las repisas había ropa para hombres y mujeres, en varias tallas y estilos. Tomó una camisa y un pantalón del estilo más conservador y los tiró a la cama que estaba pegada al muro. Metió a la bolsa todo lo que era de su talla o estaba cercano a ella.

Dejó la bolsa y toda la ropa que no necesitaba en el piso, luego sacó el cobertor y las sábanas de la cama tamaño King Size, dejando al descubierto el colchón. Lo hizo hacia un lado, separándolo del box spring y los soportes.

Sacó la hojilla de afeitar de su bolsillo y corto a lo largo de la funda del colchón, justo en el borde. Sacó el relleno y encontró una escopeta Kel-Tec KSG calibre 12 con una cinta de munición y una pistola Sig SP2022 con armazón de polímero con dos cargadores de alta capacidad.

Farlowe sacó ambas armas de su escondite y las estudió. Las guardó en bolso. Volvió al baño y guardó cuantos suministros médicos encontró en un bolsillo lateral del mismo.

Chequeó su reloj. Nueve minutos. Se colgó el bolso al hombro y se dio cuenta de que no había pensado en el dolor. La adrenalina y la morfina estaban haciendo su trabajo. Las cosas mejoraban.

Ropa, check. Suministros médicos, check. Armas, check.

Cruzó hacia la cocina y abrió la puerta del refrigerador. Había algunas botellas de tragos ligeros, un poco de salame y queso.

Farlowe ya había cometido el error de tratar de comer y beber en el bus mientras pasaba por Eslovenia. Un disparo casi siempre deja a la víctima con una insaciable sed. Farlowe no era diferente, pero después de tomar un poco de jugo de naranja vomitó todo en el baño de la parte trasera del bus y luchó con las arcadas por diez minutos.

Bajo el refrigerador había un congelador. Sacó los estantes, desparramando la comida y bebida que había en ellos en el piso, y buscó el gancho de metal que lo separaba del refrigerador. Cuando lo encontró, tiró de él.

Sacó la bandeja y tiró de un costado, revelando un delgado fajo de euros envueltos en una bolsa ziploc en la parte superior.

Dinero, check. Volver a mirar la hora. Catorce minutos. Una cosa más por encontrar.

Todas las casas de seguridad de NIA tenían la misma organización. Si estabas en una, las cosas estarían donde se supone que tenían que estar. La ropa en el dormitorio, las medicinas y artículos de aseo en el baño.

Dinero no rastreable, eso se guardaba en el refrigerador. Había algo acerca de la naturaleza humana que lo enceguecía ante los lugares más obvios para esconder cosas. Por lo general ése era uno de los últimos lugares donde se buscaba, lo que lo hacía muy popular para esconder drogas y dinero.

Aunque las casas de seguridad fueron construidas para emergencias y eso significaba que era un lugar en el que podías quedarte hasta que pasara la tormenta, ésa ya no era una opción.

Farlowe encontró lo que estaba buscando en el segundo dormitorio, donde había un escritorio del estilo de los 50 con una silla de metal, justo en el centro de la habitación. Puertas francesas al extremo de la habitación daban paso a un pequeño balcón. Un librero que iba del piso al techo estaba ubicado en la pared opuesta, completamente vacío.

Farlowe apretó el interruptor de la luz. En el escritorio, un lápiz descansaba cerca de desk pad negro. Farlowe lo observó. Se puso detrás del escritorio y se agachó hasta quedar en línea con la dirección a la que apuntaba el lápiz. Dibujando una línea imaginaria desde su ojo, Farlowe pudo ver donde convergía con el librero.

Fue hacia éste y buscó un interruptor bajo el estante al que estaba apuntando. Un soporte era más largo que los demás.

Farlowe tiró de él y descubrió la puerta oculta, revelando un cuarto de seguridad de concreto, fierro y acero reforzado. La madera del librero era sólo un chapado que ocultaba al búnker que contenía.

Empotradas en el muro había armas ocultas que disparaban directamente a la habitación a través del librero. La primera oleada de atacantes sería masacrada por quienes estaban en el cuarto de seguridad. Y a la segunda oleada no le iría mucho mejor. Con suficiente munición y máscaras de gas cualquiera que estuviera en esa habitación podía repeler efectivamente al enemigo hasta que la ayuda llegara.

A menos que quisieran echar todo el edificio abajo, un ataque tenía pocas posibilidades de éxito.

En una pequeña repisa dentro de la habitación, junto a un sofá de cuero acolchado, estaba lo que Farlowe estaba buscando: un netbook con una conexión directa, segura, siempre on, con la caballería. En el momento en que Farlowe tratara de sacarlo de ahí, sería remotamente borrado. Para usarlo tendría que ingresar un password, lo que significaría que Phillips sabría que él aún estaba con vida.

Era el momento de tomar una decisión.

Farlowe sabía que si usaba el password, NIA vendría y su ajuste final de cuentas sería sólo cuestión de tiempo. Pero también sabía que si introducía el password seguramente Phillips estaría entre los que llegaran.

No existía la posibilidad de que alguien que no fuera Farlowe introdujera ese código. Phillips lo sabía. Él vendría. Y todas las horas de caminar por la ciudad de Graz y el barrio Jakomini durante las que Farlowe había aguantado agonizante mientras buscaba y encontraba las mejores rutas para una emboscada en el camino desde el aeropuerto significarían que él tendría tanto el factor sorpresa como el control del terreno.

Farlowe ansiaba dibujar la X y poner a Phillips justo donde lo quería. Y entonces la Kel-Tec calibre 12 podría descansar.

Veintitrés minutos. Los dedos de Farlowe vacilaban sobre el teclado del computador. Justo al apretar la primera tecla escuchó un ruido tras él.

Con reflejos tan rápidos como un rayo, Farlowe metió su mano dentro del abrigo y tomó su Sig SP2022. Soltó la bolsa y levantó la 9mm en una postura de combate mientras en un fluido movimiento giraba hacia la puerta de la pieza de seguridad.

Ahí estaba la figura de un hombre iluminado por detrás.
—“Creo que aquí fue donde apuntaste la última vez”, dijo Roland Jarvis, mientras señalaba el centro de su frente. “Justo entre los ojos”.

855 una vez escuchó a un hombre de negocios americano decir: “El sonido del martillo neumático es el canto de pájaros de Shanghai”.

Vio eso mientras observaba el sitio donde se construía un rascacielos en el Distrito Baoshan. Eran pasadas las 10:30 pm y aún el sonido de los martillos neumáticos y las grúas y los chillidos de las soldadoras eran incesantes.

Construcciones nuevas y proyectos públicos estaban en todas partes de la ciudad. Partiendo desde su hotel y hasta la cafetería que estaba a un par de calles de distancia, Michael contó no menos de cinco equipos de trabajadores en las veredas. Otro estaba reasfaltando, y el olor del alquitrán caliente le arruinó una buena taza de café de Sumatra.

Michael esperó que el camión concretero que bloqueaba la entrada se moviera para salir. Dos hombres con mangueras estaban lavando la parte de atrás del camión, limpiando la sopa gris de la canaleta.

Cuando el camión comenzó la marcha y salió, Michael se apresuró en adelántarlo y pasar a través de la alambrada de tela metálica sin que el hombre se diera cuenta. Se zambulló en la oscuridad y miró a su alrededor. Todos ocupados en sus propios asuntos. Si escuchar nada. Concentrados.

El edificio recién estaba comenzando a tomar forma. Una red subterránea de vigas de soporte, gigantescas varas de acero que eran de un deslucido marrón oscuro estaba siendo colocada por la grúa. La mayoría de los trabajadores se arremolinaba alrededor de las barras y el concreto. Lo que faltaba de las bases recién se estaba excavando.

Michael había elegido bien. Lo que necesitaba estaría ahí.

Su ropa era como la de los trabajadores: una camisa de manga larga abotonada y pantalones de trabajo de algodón que había ensuciado arrastrándolos por el hall del hotel.

Michael sacó una mascarilla de su bolsillo y se la puso, asegurando el elástico detrás de sus orejas. Había robado un casco de equipo que había arruinado su café y ahora le cubría la cabeza hasta los ojos.

Con la mayor parte de su cara oculta, Michael se movió rápidamente, mirando hacia abajo y resueltamente, hacia los vehículos de apoyo que utilizaban los encargados de la construcción y el personal de logística. El almacenamiento de herramientas y elementos prescindibles —clavos, alicates, soportes, soldadura— estaría en los containers detrás de ellos.

Y más allá, bloqueado en dos costados por un par de plataformas para containers sólo por si algo iba mal, Michael encontró el almacenamiento de seguridad, cubierto de letreros de precaución que no permitían no entenderlos sin importar el idioma.

Un guardia de seguridad solo y aburrido se sentaba junto al almacenamiento, fumando un cigarrillo. Por supuesto que estaría fumando, pensó Michael mientras bajaba la cabeza y se acercaba al hombre.

—“¿Alguna vez has escuchado de un club local llamado Galería Nocturna?”, le preguntó Devra a Ilya mientras conducía por la carretera.

—“¿Por qué? ¿Dónde quieres ir?, Ilya le sonrió. Quedaba claro cómo este encantador billonario podía abrirse camino en cualquier sala de juntas. Y en casi cualquier dormitorio.

—“Algún día. Tal vez después de que nos pongamos de acuerdo”.

—“Bien, lo estaré esperando”.

Una ligera nevada comenzó a caer cuando llegaron a los alrededores de Berlín, hacia el sur. Había cinco vehículos en su convoy. Devra e Ilya iban en el asiento trasero del cuarto vehículo, un Range Rover negro. Adelante, tres sedanes Audi S8 iban cargados con personal de apoyo y guardaespaldas. Otro SUV, un Mercedes G63, lleno de tipos enormes, iba tras ellos.

Devra se hundió en el cuero color crema con ribetes rojo oscuro.

Varios computadores y aparatos electrónicos habían sido encajados tras un panel de falsa madera de caoba que había sido puesto entre los asientos de adelante y los de atrás, transformando el lujoso SUV en una oficina móvil desde la que Ilya podía comunicarse con el mundo cada vez que lo necesitara.

Devra veía que Ilya daba vuelta las páginas en su tablet rápidamente, mientras se preguntaba si ADA la monitoreaba incluso en ese momento.

Él había convencido a Devra de hacer ese viaje con él hacia unas instalaciones que, decía, iban a ser suyas, siempre y cuando llegaran a acuerdo sobre las condiciones. Si no pasaba nada, le estaba dando algo de tiempo, y a Devra no le molestaba para nada la sensación de seguridad que le daba el estar dentro de la burbuja protectora de Ilya. Por como habían ido las cosas últimamente, eso era lo más segura que se había sentido en días.

—“¿Cuánto vales?, si no te molesta que pregunte”, dijo Devra mientras dirigía su atención a la nieve que caía fuera de la ventana.

—“No me molesta, y no lo sé. Cerca de treinta y cuatro billones de euros, pero es fluctuante. Nunca me ha preocupado de dónde vendrá mi siguiente comida, si sabes a los que me refiero”.

—“¿Nunca has pensado que puedes tener demasiado?”.

—“¿Por qué lo preguntas?”.

—“Bueno, no puedes solo largarte a tomar un trago. O ver una película”.

Ilya se acomodó en el asiento. “Puedo ver una película aquí en el momento que quiera, cualquier filme que puedas nombrar”.

—“Me refiero a un cine. ¿Ya no haces eso?”.

—“No sé a dónde vas con eso...”.

—“Tu vida cambia cuando te haces público. Y tú te hiciste público gracias a tu éxito y a tu riqueza”.

Ilya la miró. “Uno sigue a la otra, sí”.

—“Entonces tú y yo no podemos sólo partir a club nocturno en Berlín. No solos”, dijo Devra.

Ilya dejó la tablet a su lado. “Nadie se compadece de un hombre rico, y a decir verdad, nadie debería. Yo sudo, voy al baño, engaño, robo, invento y mejoro cualquier éxito de formas que jamás pude haber imaginado. Me merezco este aislamiento. Y tengo los medios para mantenerlo eternamente si fuera necesario”.

—“No suena muy atrayente, Ilya, honestamente. Tú tienes dinero, yo tengo libertad”, dijo Devra.

Ilya soltó una carcajada. “Te interesa mi humanidad. Oh, sabía que me gustarías, Devra. ¿Aquí es donde preguntas qué le das a un hombre que lo tiene todo?”.

—“¿Qué?”.

—“Nada. Pero ningún hombre lo tiene todo. Y muchos quieren algo, incluso yo”.

—“Sobre todo tú”.

—“Sí”.

Devra estaba tranquila. Su voz era suave. “Si hacemos esto, necesito tu promesa de que no será solamente por el dinero. Y sí, me interesa tu humanidad, porque eso es lo que está en juego. La tuya. La mía. La del mundo”.

—“Quedemos de acuerdo en que tu pasión y mis recursos son lo que se necesita. La mayoría de la gente ve al dinero como una forma de lograr seguridad y comodidad. ¿Y no es eso lo que estás ofreciendo con el XM? Podemos decidir después cuánto es un precio razonable por la verdadera paz mental”.

Devra lo pensó por un momento, estudiando a Ilya. “¿Un precio razonable?”.

Ilya le sonrió. “El tuyo. El mío. El del mundo”.

Acercándose más a Devra, la voz de Ilya era apenas un susurro. “Devra, Los dos estamos tomando riesgos con esto, ¿no?”.

—“Sí, así es”.

—“Eventualmente, cuando los hombres como yo se quedan sin juguetes para comprar, ¿sabes qué hacen?”.

Devra lo miró, pero no dijo nada.

—“Compramos amor. Y adoración. Y respeto. Y, el factor decisivo: inmortalidad. Eso viene en la forma de una nueva ala para un hospital, bibliotecas, donaciones para universidades y miles de niños que te dedican oraciones porque sus estómagos hambrientos ya no duelen”.

Ilya se acomodó aún más en su asiento.

—“Cualquier hombre con los recursos suficientes puede construir una estatua de sí mismo, pero un hombre trascendente es aquel de quien el pueblo exige una estatua. Devra, yo quiero mi estatua. Y tú te asegurarás de que la consiga”.

Ilya tomó su tablet y comenzó a pasar su dedo por la pantalla, leyendo rápidamente sus mails o simplemente ignorándolos.

—“Ve lo que tengo que mostrarte, después decide”, dijo Ilya sin levantar su cabeza de la pantalla.

Devra lo observó por un momento. Nunca había conocido a nadie como Ilya. En términos políticos, era un dictador benévolo. Lo conseguiría a su manera, si no con ella, con algún otro investigador o sensitivo cercano a Niantic.

—“Ok. Te lo concedo, tengo curiosidad”. Devra, más que pronunciar las palabras, dejó que cayeran desde su boca.

—“La marca de un buen investigador, ¿no?”

—“Sí, así es”.

—“Bueno, también tengo curiosidad. Lo que significa que ya estamos en terreno compartido. A este paso, ¿quién podrá detenernos?”, rió Ilya.

—“No es tanto un ‘quién’ como un ‘qué’, en lo que a mí concierne”, respondió Devra.

Ni consideró interesante que Mr. Song y Mr. Lei hubieran escogido ese lugar para reunirse.

Los Jardines Yuyuan era uno de los sitios turísticos más populares en la antigua ciudad del distrito de Shanghai. Concebida y construida en un período de veinte años, durante la dinastía Ming, con frondosos jardines, distintivos estanques, esculturas y antigua arquitectura. Fuente de inmenso orgullo, era también fuente de ingresos públicos por impuestos, ya que su entrada estaba junto a un mercado turístico lleno de souvenirs y productos falsificados, ya fueran relojes, electrónica o moda de cualquier marca imaginable.

Las seis secciones del jardín estaban separadas por ondulantes muros con forma de dragón, cubiertos con azulejos grises, que formaban la cola del dragón y cubrían todo su largo. Una elaborada cabeza de dragón cerraba cada sección.

Parada en el sendero, justo fuera de los muros, Ni podía verlo claramente, como si el dragón la estuviera mirando a ella. Miró su reloj, era un poco después de la 1:00. Ni sabía que tanto Mr. Song como Mr. Lei llegarían un poco tarde, establecerían su autoridad con la hora de su llegada.

Cuando Ni volvió a levantar la mirada, vio a los ejecutivos de Hulong Transglobal caminando hacia ella. Mr. Song seguía usando su gorro de béisbol. Tal vez eso no se relacionaba con ella, tal vez sólo le gustaba, pensó.

Como antes, una marca distintiva.

—“¿Está conciente, directora Ni, de que su apellido es la principal moneda aquí en China?”, dijo Mr. Lei.

—“Por supuesto”.

—“Entonces sus padres le pusieron bien el nombre”. Mr. Lei sonrió.

—“Ustedes pidieron esta reunión caballeros, y veo que han venido solos, al igual que me fue indicado”.

—“Necesitamos una respuesta”, dijo Mr. Lei, Mr. Song asintió.

—“Y yo necesito saber que Niantic no quedará enredado en sus conflictos. La investigación es demasiado importante para ser parte de cualquier juego político. El XM debe ser estudiado y comprendido. Es más grande que cualquiera de nosotros”.

—“Y aun así, para conseguirlo debemos hacerlo a través de usted”, dijo Mr. Lei.

—“Correcto. Y sé que comprenden el valor de lo que ofrezco. Así que esto va a ocurrir bajo mis términos. Y mi precio”.

—“El que es caro”, dijo Mr. Song.

—“Mis padres me pusieron bien el nombre”, respondió Ni.

Una sombra de sonrisa cruzó el rostro de Mr. Song. Asintió.

—“Como le dijimos antes, directora Ni, queremos entrar. Hablamos por nosotros mismos. A pesar de eso, vamos a necesitar garantías de que podrá cumplir con su parte antes de que su gobierno la despidan. Lo que debemos asumir que será muy pronto”, dijo Mr. Lei.

—“Sólo necesito hacer una llamada”, respondió Ni.

Poco antes, había resuelto los detalles de la transición de empresa pública a privada con Calvin. Confiaba en que habían previsto todas las posibilidades.

Aunque Ni estaba en la mira, existían dudas de hacia adonde apuntaría NIA una vez que Ni fuera sacada del juego. Estaba en el interés de Calvin tanto como en el de ella que este asunto se solucionara de manera rápida y eficiente. Calvin era bueno con las

contingencias. Juntos podrían mover a la gente y la investigación de Niantic. Ni siquiera tenía que intentar atraerlo con dinero, sólo apelar a su sentido del deber. Los veteranos en los juegos de la Agencia eran predecibles.

—“Entonces, creo...”, dijo Mr. Lei, pero se detuvo.

Los ojos de Ni se enfocaron en otro lugar. Detrás de él, no en él. Un hombre caminaba por el sendero, algo inusual para este lugar durante la noche. Pero siempre había tráfico a pie en Shanghai, a cualquier hora.

El hombre era más alto que el promedio en China.

Estaba vestido con una chaqueta de cuero y pantalones vaqueros negros. Y llevaba un casco de motocicleta. La visera reflectante del casco funcionaba como una máscara, difuminando al hombre detrás de ella.

Ni actuó por instinto, más rápida que en el entrenamiento. Sacó la P6 de la parte baja de la espalda, sorprendiendo al Mr. Lei y Mr. Song. Se abrió paso entre los dos, medio corriendo, medio zigzagueando en el sendero.

Si estaba equivocada esto sería una vergüenza pasajera que hombres poderosos como Mr. Lei y Mr. Song podían hacer desaparecer, pero si estaba en lo cierto, su vida y la vida de sus nuevos socios estaba en peligro.

Ni tenía la ventaja. Ella ya había detectado al hombre, lo que significaba que había actuado primero y controlaba el tempo para lo que iba a ocurrir a continuación. Ventaja número uno.

—“¡Alto! ¡Deténgase ahí!”, gritó, apuntando su P6 hacia el hombre.

La figura del casco levantó las manos casualmente, como si no fuera la primera vez que se encontraba en la situación de que un arma con intenciones hostiles se dirigiera en su dirección.

Estaba de pie cerca de una gran estatua. Un dragón de piedra. Ni no podía decir si era auténtica o parte de las decoraciones colocadas para los turistas. En cualquier caso, era un excelente lugar para detener al hombre, porque esa parte de la ruta tenía un foco que iluminaba la estatua. A pesar de que estaba oscuro a su alrededor, podía ver todos sus movimientos. Ella lo había detenido justamente en el mejor sitio.

Ventaja número dos.

—“Muestra tu rostro”, dijo Ni mientras se acercaba rápidamente al hombre, asegurándose de que hubiera suficiente distancia entre ellos y manteniéndose lejos de la luz. La P6 le daba una ventaja aún mayor, pero no tenía dudas de que la situación podía cambiar en cualquier instante. En eso, tenía razón.

—“Con cuidado”, añadió mientras levantaba la mira hacia el hombre, hacia el casco.

La figura lentamente hizo lo que se le había dicho, levantando la visera negra reflectante para mostrarse.

El hombre que Michael había contratado en el burdel la miró de vuelta, con sus ojos fríos que no revelaban nada, el mismo aspecto que había practicado durante años como el guardián de su señora. Al ver su rostro, Ni cambió al mandarín. “¿Para quién trabaja?”, le gritó. Agresiva, pero en control. Su entrenamiento estaba apareciendo.

Desafortunadamente para Ni, un operativo de campo mejor entrenado y con muchísima más experiencia también estaba practicando lo aprendido esa fría noche.

—“Trabaja para mí”, dijo 855 repentinamente.

Ni apenas tuvo tiempo de reaccionar ante el hombre que pareció haber surgido de las sombras. Deslizándose hacia el camino a la velocidad del rayo, se lanzó de su escondite detrás del dragón y cargó contra Ni.

Michael agarró la muñeca de la mano en que Ni tenía el arma, haciéndose con el control de la P6 mientras de manera simultánea hacía un barrido hacia sus pies.

Utilizando el impulso de Ni, prácticamente se dejó caer sobre ella, mientras intentaba alcanzar el arma. Puso su dedo en la caja del gatillo torciendo el dedo de Ni alrededor de él una vez. Dos veces.

Ni sintió la quemadura de la pólvora en la mejilla. El flash del disparo la cegó parcialmente, y el olor a pólvora llenó sus fosas nasales. A través del zumbido en sus oídos, Ni oyó el sonido del metal al chocar contra el camino de piedra.

Había sido obligada a disparar. Ni luchó por enfocar la mirada incluso cuando el dolor al golpear el suelo y los efectos sensoriales del arma disparada amenazaban con sobrecargar su cerebro.

Mr. Lei y Mr. Song seguían en pie. Ambos estaban mirando a Ni y Michael, con sus caras revelando distintos estados de shock. El guardián de la puerta, sin embargo, estaba cayendo hacia atrás.

Ni pudo ver dos pequeños agujeros en su chaqueta. Uno de ellos mostraba un delgado hilo de sangre. El hombre cayó como un trozo de madera cortado.

—“Corrección. Trabajaba para mí”, dijo Michael mientras pasaba por encima de Ni, le sacaba el arma de la mano y apuntaba hacia Lei y Song.

—“Caballeros, a partir de ahora su negocio con la señorita Ni está concluido. Con todo respeto, sugiero que éste es un excelente momento para irse”, les dijo Michael en perfecto mandarín. “Buenos días”.

Mr. Lei y Mr. Song intercambiaron una mirada con Ni, luego se volvieron y se alejaron sin decir una palabra. Ni vio en sus ojos que no sentían ningún temor por su destino, sólo por el propio.

Michael se hizo a un lado. “Levántese, por favor”, dijo. Respirando profundamente Ni se sentó y luego se dejó caer cuatro patas, esperando una bala en la nuca. Después de un momento, al ver que no ocurría nada, se levantó y enfrentó a Michael.

Tras él, el guardián de la puerta dejó escapar el más débil de los gemidos. Luego quedó en silencio.

—“Voy a necesitar su teléfono”, le dijo a Ni.

—“¿Qué?”, le soltó ella.

—“Su teléfono. Pásemelo”.

Ni buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó el teléfono, mientras Michael ponía el arma en su costado. Ni no tenía dudas de que él podía volver a apuntarla más rápido de lo que ella podía intentar cualquier acción hostil o evasiva.

Le ofreció el teléfono a Michael. Él no lo tomó. “Desbloquéalo primero”. Ni rozó la pantalla en forma de zigzag y se lo entregó a Michael.

—“Si no ha descubierto quién soy, cómo mínimo sabes qué soy, así que guárdate las preguntas y guarda silencio. De hecho, dada tu situación, sería tonto no hacerlo”.

Ni miró a Michael y luego al hombre en el suelo. La hemorragia de la herida se había detenido, lo que significaba que también lo había hecho su corazón. La gravedad atraía el resto de su sangre hacia el suelo, transformando el suelo bajo él en un rojo Rorschach.

Michael marcó un número en el teléfono de Ni. Satisfecho de tener el número correcto puso el dedo en el botón verde de “llamar”.

Mr. Lei y Mr. Song sólo tuvieron que caminar por un minuto para llegar a su auto.

Ninguno de los dos hombres le había hablado al otro mientras huían de Ni y el asesino. Ahora, con la certeza de que no les iban a disparar por la espalda mientras caminaban, se movían más rápido, ocultándose en la oscuridad, por el lado del camino en vez de sobre él.

Finalmente, Mr. Lei se volvió hacia Mr. Song. “Es un revés”.

Mr. Song asintió.

—“El segundo importante que hemos experimentado en otras tantas semanas. Esto sólo puede significar que los estadounidenses están muy preocupados de nuestras capacidades”.

Mr. Song asintió y añadió: “Si nos ven como una amenaza, estamos más cerca de lo que nosotros mismos habíamos creído”.

—“Tal vez”, respondió Mr. Lei. “Tendremos que encontrar otro camino a la investigación de Niantic. Uno menos directo”.

—“Eso significará incurrir en más gastos”.

—“Una inversión”.

Mr. Song asintió.

—“Además, ¿cuándo hemos dejado que nos detengan?”, agregó Mr. Lei.

Mr. Song asintió de nuevo.

Se apresuraron a pasar por las tiendas cerradas y cruzaron la calle hasta donde estaba su Geely Emgrand EC8. Con unas pocas modificaciones, el vehículo podía pasar la primera inspección como un Mercedes Benz.

Por lo general, Mr. Lei y Mr. Song subían al asiento trasero, dejando que su chofer los llevara a través del tráfico de Shanghai. No esta noche. Esta noche ellos habían ido solos, así que Mr. Lei tendría el placer de conducir esta maravilla tecnológica y de la ingeniería que hace diez años atrás habría sido impensable que saliera de una planta de fabricación china.

Nadie puede igualar nuestra velocidad a la hora de asimilar conocimientos y ponerlos en práctica, pensó el Sr. Lei al llegar al automóvil. Y lo que era cierto para los vehículos motorizados sería también cierto para el XM.

—“Hemos visto esa motocicleta antes”, preguntó y afirmó simultáneamente Mr. Song, mientras Mr. Lei paraba junto al capó del EC8.

Mr. Lei asintió.

Estacionada a alrededor de tres metros había una Kawasaki de 500 cc, que tenía amarrado, con un cable de bungee, a la parte de atrás del asiento una caja de herramientas metálica roja, de forma que ésta apuntaba hacia el Emgrand. Y ahora hacia los dos hombres.

Un sonido apagado emanaba desde el interior de la caja. Sonaba como un timbre de teléfono. Entonces el mundo entero resplandeció con un brillante naranja.

El cable det, o cable primario, es una delgada cuerda de PETN que se quema a una velocidad de seis kilómetros por segundo, lo que lo hace ideal como detonador de explosivos.

Michael había obtenido dos metros de cable det y ocho cartuchos de dinamita que era usada para la excavación de cimientos en una construcción. También había cargado la caja de herramientas con tornillos para yeso y se aseguró de que todo había quedado comprimido con dos toallas de baño que robó de la habitación de hotel de Ni.

El portero del Triad había llevado la motocicleta al lugar exacto y la había estacionado a la perfección, con la punta contra la acera y la caja de herramientas de la parte posterior dirigida al Emgrand. Que haya puesto la caja de herramientas de costado, de manera que la parte superior apuntara hacia los hombres, determinó lo que pasaría en la siguiente milésima de segundo, si significaría una muerte segura en lugar de una lesión grave.

Al igual que todas las fuerzas, los gases de rápida expansión de una explosión buscan el punto de menor resistencia. Esto significó que, al estar de lado, la parte superior de la caja de herramientas atravesara en un plano relativamente horizontal a Mr. Lei y Mr. Song en su sección media.

La sobrepresión surgió una fracción de segundo más tarde, vaporizando la motocicleta, cuyos restos volaron en todas direcciones, convirtiendo los órganos internos de los hombres en gelatina.

Siguiendo a la onda de choque, los tornillos para yeso se convirtieron en mil pedazos de metralla que pasaron a través de lo que quedaba de los dos hombres. Mr. Lei y Mr. Song fueron sacudidos y dispersos por toda la calle y el capó del Emgrand, que ahora estaba plagado de agujeros irregulares. Cien o más tornillos se incrustaron en el sangriento parabrisas roto del auto, cuando el boom llegó finalmente.

Yuan Ni reaccionó con el sonido de la explosión mientras Michael apretaba el botón de “terminar llamada” en la pantalla de su teléfono y lo dejaba caer al bolsillo de su chaqueta. “Número equivocado”. Ni estudió al hombre mientras éste levantaba ligeramente la pistola. Ella podía ver el resplandor del fuego que irradiaba a la distancia. “Creo que hemos hecho lo suficiente aquí, así que vamos a seguir nuestro camino”, dijo Michael, sin rastro de la emoción que uno esperaría de alguien que acaba de tomar tres vidas.

Ni se dio cuenta de que dos de los tres que habían llegado a su final lo habían hecho de una forma que enviaba un mensaje.

—“Si vas a hacerlo, hazlo de una vez”, escupió Ni en dirección a Michael.

—“No me gustan las variables desconocidas, así que el “sí...” no funciona para mí. En vez de eso, déjame decirte lo que va a pasar. Vas a venir conmigo. Si te digo que saltes, no preguntas qué tan alto, saltas y ruegas por mi permiso para volver a bajar. Así es como vamos a jugar a esto señora Ni, porque desde ahora vas a pasar conmigo el resto de tu tiempo en Shanghai. Y si no estás conmigo...”.

—“No estoy”, dijo Ni, terminando la amenaza antes de que se convirtiera en eso. Michael le sonrió.

—“Correcto. Que tan agradable o desagradable encuentres mi compañía dependerá completamente de ti”.

Michael le dio un leve empujón hacia adelante. Ni comenzó a caminar. Miró hacia arriba de la muralla. El dragón también la estaba mirando. A la distancia, oyó el ruido de las sirenas. “¿Siempre eres tan encantador?”, se burló ella.

—“Todos los días”.

Capítulo 10

Después de una hora, la caravana había llegado a la ciudad de Wunsdorf, alrededor de 40 kilómetros al sur de Berlín. La pequeña ciudad alguna vez fue hogar de militares soviéticos, cuando esa parte de Alemania estuvo detrás de la Cortina de Hierro, durante la Guerra Fría.

Había instalaciones militares abandonadas desperdigadas por el campo. Muchos de los edificios habían sido contruidos de concreto sólido y luego adornados sólo lo suficiente para que se mezclaran con las estructuras que existían antes de la Gran Guerra.

—“Wunsdorf, un verdadero diamante en bruto. De hecho... no. Un diamante abandonado, dejado por hombres miopes. Como sabes, Devra, internet fue creado por los americanos como un proyecto militar. Además de matar gente y romper cosas, todos los militares, incluidos mis antiguos compatriotas, hacen dos cosas bien: organización e infraestructura. Precisamente lo que la tecnología también requiere. Y esto es lo que ha quedado atrás”, dijo Ilya mientras los vehículos avanzaban por un gran patio central rodeado de tres edificios uniformes. Cada uno de ellos estaba pintado de un tono diferente de amarillo pálido.

Devra alcanzó a tomar la manilla de la puerta, pero ésta ya estaba siendo abierta por un fornido guardaespaldas de pelo corto.

—“Señora”, dijo el guardia.

—“Doctora”, lo corrigió Ilya. “No es un título fácil de ganar”.

—“Los siento señor. Doctora”, le dijo el hombre a Devra.

Ilya rodeó a Devra. Había dejado de nevar y los adoquines de hormigón estaban ahora resbaladizos. “Cuida tus pasos, puedes apoyarte en mí si lo deseas”, dijo Ilya mientras extendía su brazo.

—“No intentes convertir esto en una cita”, Devra le devolvió la sonrisa.

—“Creo que eres la primera mujer que me dice eso”, rió Ilya.

Por delante de ellos, algunos hombres del servicio limpiaban la nieve, abriendo una puerta del edificio central. Mientras caminaban hacia ella, Devra notó que aunque el edificio parecía abandonado desde el exterior, en el patio había por lo menos una docena de coches aparcados.

Al entrar al edificio, Devra sintió el calor al instante. Un muro de aire mantenía el frío en el exterior, incluso con la puerta abierta. Una pareja de personal de apoyo, jóvenes del tipo ingeniero, que vestían jeans, camisas de algodón con botones y sonrisas de “listo para ayudarlo”, saludaron ansiosamente a Ilya mientras Devra entraba al lugar.

Uno de los ingenieros se dirigió a Devra: “¿Desearía algo doctora Bogdanovich? ¿Un café tal vez?”.

—“Tal vez un espresso, si tiene”, respondió Devra, ligeramente incómoda ante el nivel de deferencia de que era objeto.

—“¿Tratas de herirme?”, rió Ilya. “Dos espressos, Roman”.

—“Sí, señor Preston”.

Ilya se volvió hacia Devra, “les digo que me llamen Ilya, pero los viejos hábitos, etcétera”.

Afuera era sólida arquitectura soviética. Adentro era una ondera startup tecnológica. El piso de concreto había sido pulido. Las manchadas murallas se habían convertido en arte con la adición selectiva de pintura y detalles. Muebles de cuero o cromados se alineaban en los muros.

—“Por acá. Hay mucho que ver”, dijo Ilya.

Avanzó por el pasillo. Devra lo siguió. Cuando alcanzaron la puerta de seguridad uno de los guardias acercó una tarjeta de identificación a un lector. Las puertas se abrieron.

—“Todas las puertas están aseguradas con electromagnetos. Son tan poderosos que podrían sostener barras de acero”, dijo Ilya.

Detrás de las puertas había una sala vacía. Vacía excepto por dos cámaras de seguridad adosadas al techo. Devra pudo oír los motores ajustando los zoom y apuntando a su cara.

—“Si pudieras, Devra, decir tu nombre”.

—“Devra Bogdanovich”, respondió ella.

—“Ya tengo tu patrón de voz, basado en las grabaciones de nuestro encuentro anterior”.

—“¿Me grabaste?”.

—“Grabo todas mis conversaciones. Lo siento, ¿no lo mencioné?”.

Antes de que Devra pudiera responder, las puertas se abrieron de golpe. Adentro había un brillantemente iluminado laboratorio.

Cada pieza de equipo estaba inmaculada. Caro.

Un gran muro de plexiglass cubría la parte trasera. Había diversos soportes llenos de servidores y discos donde parpadeaban al azar cientos de lucecitas led, desde el suelo hasta el techo, y de más de 6 metros de ancho.

Devra pudo ver una limpia sala a un costado, y un soporte con un microscopio electrónico. En otra área de trabajo había un osciloscopio digital de gran ancho de banda, un conjunto de generadores de señales rápidas y una fila de analizadores lógicos. Todo se veía como si recién le hubieran sacado el envoltorio de plástico.

Toda la sala olía a nuevo.

—“Obviamente, tengo el personal de apoyo logístico que necesitas para todo lo relacionado con los servidores o la red. También ingenieros de hardware y software, hombres y mujeres que trabajan en mis otras compañías y que pueden estar acá apenas los necesites”.

Roman apareció con los expressos. Vajilla china. “Gracias”, dijo Devra. El joven asintió mientras entregaba la taza con su plato a Devra, y luego a Ilya.

—“¿Cuánto tiempo te tomó hacer esto?”.

—“Según mi experiencia, mientras más dinero le pongas a algo, más rápido puedes hacerlo”.

—“Sin duda”.

—“Ese también era mi plan para ti, hasta tu pequeño sermón en el auto. Ahora estoy buscando un nuevo ángulo. Tal vez el café te convencerá”.

Devra tomó un sorbo. “No te voy a mentir, está ayudando”.

Ilya rió y Devra le dio la espalda al laboratorio, pasando una fila de estantes cargados de equipos y un pasillo unido a un conjunto de oficinas.

—“Sólo pide cualquier cosa que necesites: muebles, equipo. Roman te ayudará con los detalles”.

—“Aún no digo que sí”.

—“Aún no dices que no”.

Devra entró a una de las oficinas y miró alrededor.

—“Obviamente, no tenemos un colisionador, pero tengo entendido que ya no es necesario”.

—“¿Quién te dijo eso?”, preguntó Devra.

—“Debo haber sido yo”, dijo entrando el doctor Alessandro Caselli mientras un guardaespaldas de Ilya lo escoltaba.

—“¿Ale? ¿Ya estás aquí?”. Devra hizo lo mejor que pudo para ocultar su asombro.

—“Sí, por supuesto. También Christie. Hemos estado preparando el equipo y estudiando lo que está disponible de Niantic”.

Devra miró a Ilya. Ale los observaba a los dos.

—“Lo siento, ¿no hemos comenzado? Christie y yo vinimos tan pronto como supimos que había un acuerdo”, dijo Ale.

—“¿Cuándo hubo un acuerdo?”, preguntó Devra.

—“Cuando nos reunimos”, respondió Ilya.

Devra inspiró profundamente al tiempo que Christie aparecía en la puerta. Él le sonrió. El doctor Christie Novosel era lo suficientemente grande para ser confundido con uno de los guardaespaldas de Ilya, si no fuera por su edad y su rala barba gris.

La mente de Devra corría. Estaban todos juntos, seguros. Ellos tenían el equipo y el personal que pudieran necesitar. Y ella aún estaba viva.

—“Ok, ok. Pero voy a necesitar algo más fuerte que ese café”.

—“Trato”, respondió Ilya.

—“Trato”, le dijo Devra, y agregó. “Oh, una cosa más. No necesitamos un colisionador, pero sí necesitamos una fuente de XM tan poderosa como el portal del CERN. Ése ha sido, finalmente, el mayor recurso de Niantic. Cuando estaba, emmm, huyendo, encontré uno que puede ser buen candidato, pero se convirtió en escena del crimen cuando un hombre fue asesinado ahí. La probabilidad de que podamos utilizarlo en este momento es incierta”.

—“¿Entonces qué hacemos?”, preguntó Christie.

—“Encontramos otro portal igual de fuerte”, Ilya se encogió de hombros. No tenía intenciones de hacer las cosas más lentas.

—“No, encontramos al hombre que puede encontrarlo”, dijo Devra, pensando un momento. Se dio cuenta de que su propuesta iba a disparar todas las alarmas de ADA tan pronto como se pusiera en acción. Tendría que averiguar sus ramificaciones después.

Devra miró a Ilya.

—“Necesito hablar con Hank Johnson”.

Estaban dentro de un túnel de vidrio de medio kilómetro de largo.

Michael había llevado a Ni a través del Centro Financiero Mundial de Shanghai y al observatorio. El observatorio en sí era un broche de oro de la arquitectura innovadora e

impresionante: un largo pasillo de cristal suspendido en el aire a la mitad del rascacielos. Desde la calle, el edificio parecía un gigantesco abrebotellas de pie sobre su extremo.

Michael había pagado el precio de las dos entradas justo antes de que dejaran de vender tickets para la noche, y llevó a Ni a los ascensores. Se quedó lo suficientemente cerca para que ella supiera que era mejor no resistirse.

Ahora ella miraba fijamente a Michael, mientras él miraba por la ventana que los rodeaba.

—“Es extraño pensar que nada de esto estaba acá hace veinte años. Te hace darte cuenta de lo rápido que pueden cambiar las cosas, ¿no es así?”, Michael preguntó a Ni.

—“Sí”, murmuró ésta.

—“Piense de mí lo que quiera, señora Ni, pero lo que está ahí afuera es mi negocio, el cambio”.

—“¿No te sentirás ofendido si te digo que te vayas a la...?”.

Michael levantó la mano, sonriendo.

—“Tómese un minuto, disfrute la vista”.

Se alejó un par de pasos de ella y abrió su pequeño bolso. Luego casualmente sacó la P6 y una gran bolsa para congelar ziploc. Michael metió la P6 en ella. Luego sacó un rollo de cinta de embalaje y empezó a envolverla, creando una forma triangular que se veía como una bandera apropiadamente doblada.

Ni instintivamente se movió para cubrir sus acciones, sólo en caso de que algún turista observando el túnel desde el suelo o el techo de cristal pudiera verlo.

—“Deberías hacer eso después”, le susurró Ni con enfado. No le gustaba que jugaran con ella, ni siquiera si eso extendía el poco tiempo que le quedaba. Además, él no lo haría aquí, se convenció a sí misma.

—“No hay tiempo mejor que el presente. Y todo el mundo está mucho más interesado en lo que está fuera de este túnel que en lo que está dentro”.

—“¿Entonces estás haciendo eso para mi beneficio? Estoy segura de que tienes otras armas”.

—“Por supuesto que sí. Pero ésta es la única arma de fuego. De todas formas, me quedaré con ella”.

Ni se tranquilizó. “Aún no me vas a matar”. Lo dijo de una forma que sonaba como pregunta.

—“¿Eso es lo que parece, eh? Sabes que hago lo que me dicen. La mayoría de las veces, personas como tú. Los dos estamos acá por una razón, pero sólo uno de nosotros por elección”.

Ni estudió a los turistas. Ninguno miraba en su dirección. Había una pareja, locales que parecían amantes terminando lo que fuera una gran noche en la ciudad, y tres occidentales, dos mujeres y un hombre. Expatriados, probablemente, por la manera en que examinaban los lugares de la ciudad que tenían a la vista.

Satisfecho de su trabajo, Michael deslizó la cinta adhesiva de nuevo en el bolso y se puso de pie. Se colgó el bolso al hombro. Ni lo miraba. Sabía lo que tenía en contra, y que en todos los aspectos que importaban en ese momento estaba un paso atrás.

Si ésta resultara ser su última noche en la tierra, Ni quería averiguar un par de cosas antes de que terminara.

—“Hulong perdió a un par de sus ejecutivos, hombre que estaban supervisando sus operaciones en África. Fueron asesinados hace un par de semanas aquí en Shanghai. Los reportes indican que algún tipo de negocio de la mafia salió mal”, dijo ella.

—“Mmm...”.

—“Y apuesto que ese hombre que dejamos en el parque era parte de su organización, al que van a culpar de las muertes”.

—“¿No sería fantástico?”, respondió Michael. Se paró junto a ella, mirando por la ventana. La ciudad bajo ellos era un espectacular despliegue de luces y movimiento.

—“Esa es la razón por la que Lei y Song estuvieron dispuestos a verme con tan poca antelación. Estaban preocupados de quedarse atrás. ¿Así que puedo asumir que esos ejecutivos muertos en África también fueron obra tuya?”.

—“Puedes asumir lo que te plazca”.

Michael se inclinó hacia el vidrio y miró hacia abajo. “Sabes, si fueras a saltar desde aquí tendrías cerca de 9 segundos de caída libre. Casi hasta el final, sería un viaje increíble. Por supuesto, ante un impacto desde esta altura el cuerpo humano explota, así que eso arruina un poco las cosas. Aún así...”.

—“¿Así que esto es? ¿Vas a lanzarme por la ventana?”.

—“Necesitaría un combo y una hora para reventar este vidrio”.

—“¿Entonces por qué estamos aquí?”, preguntó Ni.

—“Matando el tiempo. Tu avión ahora está siendo cargado de combustible. Una vez que reciba la orden te llevaré al aeropuerto y me aseguraré de que lo abordes. Después de eso ya no serás mi problema”.

Ni contuvo la respiración. Así que era eso. El Juicio Final se retrasaría. Tal vez podría salir de ésta en una pieza”.

—“Sabes lo que viene después. Habrá consecuencias”, dijo Ni a Michael.

—“Siempre las hay. En lo personal, creo que estarías mejor conmigo. No me importa lo que sabes o lo que tienes que decir, así que las cosas se llegarían con rapidez a su final. Pero donde vas, bueno... buena suerte con eso”, dijo Michael sin rastro de simpatía.

Ni estudió al hombre. Él no iba a matarla, pero le haría el daño suficiente para que tomara su vuelo. De repente, el teléfono de 855, que estaba en su bolsillo, empezó a vibrar.

—“No me voy a resistir”, dijo Ni volviéndose hacia él.

—“Estupendo. Vamos entonces”.

—“¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al aeropuerto?”, preguntó Ni.

—“Alrededor de treinta minutos”, dijo Michael, y ambos empezaron a caminar.

—“¿Hay algo más que se supone que tengas que decirme?”.

—“No, eso es todo”.

Ni se detuvo y se volvió hacia Michael. “Entonces, de aquí en adelante, cállate”.

Farlowe había visto más que su parte de hombres muertos. Ya estaba acostumbrado. La palidez, la tez cerosa. Los ojos sin vida. Los músculos que caen por su propio peso ahora que el sistema nervioso no está en control.

Hacía tiempo que había pasado de insensible a hastiado en lo que se refería a la muerte. La finalidad de ella es lo que se había arraigado en él después de haberla presenciado, y causado, tantas veces antes.

Esto hizo que ver a Roland Jarvis parado en la entrada fuera mucho más confuso, pues Farlowe sabía que definitivamente lo había matado.

Un par de ideas peleaban por la atención de Farlowe.

Una le decía que él mismo estaba lidiando con una herida que cualquiera consideraría fatal, así que no debería estar tan impresionado al ver a Jarvis ahí. La segunda era la capacidad de la morfina de causar alucinaciones. Y el había recibido una gran dosis con las dos inyecciones.

—“No es que vaya a cambiar nada, pero ¿te importaría apuntar eso a otro lado?”, le dijo Jarvis a Farlowe, haciendo un gesto hacia la Sig mientras pasaba frente al pequeño banco de cuero. “Me voy a sentar, te sugiero que hagas lo mismo”.

Jarvis elegantemente se sentó en el banco. Farlowe lo estudió. Se veía tan lejos de la muerte como se podía imaginar. Súper vivo. Su piel estaba tersa y joven. La escasa luz de la habitación parecía irradiar desde él, como si la piel de Jarvis la amplificara. Vestía una simple chaqueta negra y pantalones aun más negros.

Una visión, Farlowe intentaba convencerse a sí mismo.

—“Tú fuiste una misión”. Finalmente logró articular las palabras y hacer que pasaran por sus labios. No sonaban como una disculpa, sino como declaración de un hecho.

—“Una de muchas, me imagino. Yo fui sólo... sólo una parte de tu rutina. Viniste por mí. Ahora yo voy por ti. Necesitas sentarte”.

Farlowe decidió escuchar a la visión y se sentó en el suelo frente al banco. Todavía tenía su automática apuntando a Jarvis.

—“Creo que a estas alturas tienes más que un par de preguntas”.

—“¿Estoy muerto?”, preguntó Farlowe a la alucinación.

—“Pensé que empezarías con una más fácil”, dijo Jarvis con una media sonrisa. “Sí, en el sentido en que la muerte fue definida y entendida antes de los Shapers. Y no, porque ahora los Shapers te conocen”.

—“¿Eso me convierte en qué, exactamente?”, preguntó Farlowe.

—“Alguien con mucha suerte, Hubert. ¿No te molesta si te llamo así aquí, cierto? Lo prefieres ahí”.

—“¿Ahí? ¿Eso qué significa?”.

—“En este punto entiendes lo básico del XM, ¿correcto?”, preguntó Jarvis.

—“Sí. Es un proyecto de investigación en el CERN. Involucraba científicos. Y también a gente como tú”.

—“Gente como yo. Gente que sentía que había más en el mundo que lo que podíamos experimentar con nuestros sentidos. Es irónico que eligieran la palabra sensitivos para describirnos. Sabía que había una poderosa fuerza en mi vida, guiándome, inspirándome.

Tal vez, en cierto nivel, dirigiéndome en la dirección a la que necesitaba ir. Los escuché susurrándome tantas veces pero nunca supe quienes eran. Hasta Niantic”.

—“Entonces, ¿por qué huiste?”, Farlowe desafió a la visión. Los ojos de Jarvis parecían enfocarse en algo a través de él.

—“La noche en que fui bañado en XM me di cuenta de que el Proyecto Niantic se fracturaría. Y para que yo hiciera lo que tenía que hacer ya no podía mantenerse. Esto es porque vi otra realidad, una que podría fortalecer y mejorar la nuestra. Y cuando yo los miré, ellos me miraron de vuelta”.

Farlowe sentía que su cabeza iba a explotar. “¿Y qué tiene que ver eso conmigo?”.

—“Todo. La noche en que me disparaste, fui bienvenido por los Shapers. Y mientras yo comenzaba mi viaje, tú te cruzaste con el mismo XM que hizo posible mi paso”.

—“El resplandor en la estación de trenes”.

—“Sí. Así que ahora estamos conectados, tú y yo. Así es como te encontré. El Hubert que yo conozco es un hombre razonable, pensé que tú lo serías también”.

—“¿El Hubert que tú conoces?”, preguntó Farlowe, su rostro era pura confusión.

—“Sí”.

Farlowe estudió la Sig que sostenía en su mano. Un arma siempre le había dado la sensación de estar en control de cualquier situación, pero ahora se sentía a la deriva.

—“El Hubert que yo conozco no trivializaría el don que le ha sido dado buscando venganza. Ése es tu plan, ¿cierto? Irte en un resplandor de gloria y llevarte al agente Phillips contigo”, Jarvis no intentó ocultar su tono desdeñoso.

—“¿Qué tengo además de venganza?”, gruñó Farlowe.

—“A Devra”, dijo Jarvis.

—“Alguien a quien ambos compartimos”.

—“Sí. Y alguien que me dejó en la estación de trenes. Y que luego hizo que me enfrentara a ti y ese instrumento de destrucción que sostienes en la mano. Y antes de que preguntes, a diferencia de ti, yo no busco venganza, pero deseo entender qué pasó, y Devra es la única que puede responder esa pregunta”.

Farlowe oyó un ruido que venía de fuera de la habitación. El sonido hizo que se enfocara de nuevo. El tiempo.

—“Maldición. ¿Cuánto tiempo llevamos hablando?”.

—“¿Qué importa? Ya están aquí”.

Farlowe se levantó y corrió hacia la puerta. Mientras lo hacía, se encontró cara a cara con un agente de NIA en cuclillas, con el arma desenfundada.

Farlowe no reconoció al hombre y no dudó. Apretó el gatillo dos veces, disparando dos veces al cuerpo. Pero el agente no reaccionó, en vez de eso continuó moviéndose hacia adelante, hacia la habitación. Cada paso era como un elaborado baile coreografiado. Hacia cualquier lugar que Farlowe se movía, parecía que recién acababa de perder contacto con el agente.

—“No puede verme”, murmuró suavemente.

—“Porque tú no estás aquí. No es tu momento”, le respondió la alucinación que era Roland Jarvis.

El agente bajó su arma y se retiró de la habitación. Farlowe pensó que lo había escuchado desde algún lugar en la distancia: “Nada. Está limpio. Aseguremos y cerremos”.

Farlowe se dio vuelta hacia Jarvis, que ahora estaba de pie junto a él.

—“Toma tus cosas, Hubert”, dijo Jarvis.

—“Todo esto, ¿era para detenerme?”, escupió Farlowe.

—“¿Qué es el tiempo para alguien como yo? ¿O como tú? Es algo abstracto que hemos optado por definir. Entiende eso y maravillas se manifestarán”, dijo Jarvis, sonriendo.

Farlowe tomó la bolsa de lona y puso la correa sobre su hombro. El dolor se había ido, no se había hecho tolerable, había desaparecido.

—“¿Tú hiciste esto?”, preguntó.

Farlowe tuvo la sensación de que el aire repentinamente se había hecho más frío.

—“No. Tú lo hiciste cuando aceptaste lo que eres”, respondió Jarvis. “Encuentra a Devra y yo te encontraré a ti”.

Repentinamente Farlowe se encontró de pie, solo, a una cuadra del edificio de departamentos. Miró hacia atrás y pudo ver un sedán de la compañía estacionado en el frente. Una camioneta de apoyo estaba dos autos más atrás. El lugar había sido comprometido y fue abandonado, pero NIA necesitaba limpiar cualquier rastro de que él alguna vez había estado ahí.

Eso incluyó un parche en el panel de yeso después de dispararle dos rondas 9mm. Más tarde se comprobaría que la balística coincidía con la de la Sig Sauer SP2022 que era parte del arsenal de la casa de seguridad.

Para el momento que NIA tuviera esta información, el arma ya habría sido usada nuevamente.

Capítulo 11

Ella lo veía yendo y viniendo por la barandilla cerca del agua. Desde donde habían estacionado el vehículo podía verlo a contraluz contra el perfil de Rotterdam y el más prominente de la ciudad cercana, un espacio asimétrico sobre el río Nieuwe Maas, que pasa por el centro de la ciudad.

Cerca de él, dos hombres musculosos y bien vestidos esperaban. No exactamente protegiéndolo ni tampoco exactamente acompañándolo. Fueran cuales fueran las palabras que habían sido intercambiadas y cualquiera hubiera sido su reacción, Devra no había estado allí para verlo. Cuando llegaron a este punto, Hank Johnson ya había sido informado sobre la verdadera naturaleza de su contacto con la compañía de Ilya, Visur.

Devra tuvo que asumir que Hank no se había ido porque se hubiera dado cuenta de que la compañía de Ilya estaba lista para hacer una oferta, sino porque la parte realmente importante de la reunión no era el mensaje, sino el mensajero.

Devra respiró profundamente, salió de la parte trasera del Range Rover y cruzó hacia Hank.

El aire estaba frío y el piso húmedo debido a la lluvia de esa misma tarde. Ahora el cielo era de un profundo color negro azulado. La luz del puente y la ciudad que estaba tras ellos era reflejada por el agua.

Devra observó como Hank miró a los hombres y sus ojos se volvieron hacia ella. Él siguió su mirada hasta que hizo contacto visual con Devra. Si la sonrisa que cruzó su cara no era genuina, estaba fingiendo muy bien.

—“Siento todo esto, Hank”, dijo Devra alcanzando su mano.

—“Devra, pareces bien... conectada”, respondió Hank mientras tomaba su mano suavemente.

A pesar de que retiró su mano, se mantuvo cerca de Devra. Ella se acercó a la barandilla que los separaba del río, a sólo unos centímetros de distancia. Hank miró a los hombres, que les habían dado aun más espacio. Luego se apoyó en la barandilla y la miró.

—“Me alegra que estés bien. Oí acerca de lo que les ocurrió a ti y Jarvis. Ésa fue en la noche en que todo esto empezó a salir mal de cierta forma”.

—“En muchas formas”.

—“Sí, tal vez. La gente tuvo pánico. Se cometieron errores. Decisiones tomadas en el calor del momento”.

—“No estuviste ahí, Hank”.

—“No, no lo estuve. Pero he estado en circunstancias parecidas antes, Devra. Es predecible, de verdad”, dijo Hank.

—“Tal vez la reacción, pero no los resultados”, dijo Devra mientras giraba hacia él.

—“Te concedo eso”.

Hank inclinó la cabeza hacia los dos hombres que se asomaban un poco más allá.

—“Tus amigos allá me dieron las malas noticias. Adivino que Visur Media Group no estaba realmente interesado en ‘Nómade’, así que todo este viaje fue para tu beneficio”.

—“Nuestro. Creo que nos podemos ayudar mutuamente. Y Visur está interesada en ayudarte si tú puedes ayudarme”.

—“¿Cómo así?”.

—“Ilya está actualmente en negociaciones para tomar el control de una cadena de televisión por cable. Van a necesitar programas, ¿por qué no el tuyo?”.

Hank se volvió para mirar el puente a la distancia.

—“Ilya, ¿eh? El mismo Pevtsov. ¿Él es con quien vas a trabajar? ¿Fuiste derecho a la cima?”.

—“Sí”.

—“¿Y él te autorizó para gastar su dinero?”.

—“No iría tan lejos, pero está apoyando completamente mi investigación, y le dije que te necesitaba a ti para avanzar. Ha sido generoso conmigo y con mi equipo, y si ‘Nómade’ es tu precio, no creo que sea un impedimento”, dijo Devra.

Hank la estudió.

—“Está bien. Es una hermosa noche, estoy aquí, dispara”, replicó Hank.

—“Puntos de poder”, le dijo Devra.

—“¿Qué quieres saber de ellos?”.

—“Necesito uno. Uno que genere XM a un nivel comparable al del CERN”.

—“¿Eso es todo?”, Hank forzó una sonrisa.

—“No. Necesito que sea seguro. Y desconocido. Uno que sea sólo nuestro. Y sé que tú eres el hombre que podría saber dónde está”, dijo Devra.

—“O sea que has cambiado NIA y Niantic por Visur e Ilya Pevtsov?”.

—“Me forzaron a tomar esa decisión”.

—“Tú elegiste huir”.

—“Porque tuve que hacerlo. Y ellos trataron de matarme, así que perdóname si no me arrepiento de esa elección”, respondió Devra, enojada. Fue más enfática de lo que quería ser. Hank asintió. Entendía.

—“Ok”, respondió.

—“Hank, tengo que seguir presionando hasta que comprenda la verdadera naturaleza del XM, porque creo que todo lo que sabemos acerca del mundo puede estar en juego. Y si tenemos que detener esta, esta... invasión, la única forma de que eso sea posible es si comprendemos el mecanismo con el que funciona”.

—“Sabes que yo siento diferente”, dijo Hank en voz baja.

—“Lo sé”.

—“Y aun así me quieres aquí”.

—“Porque confío en ti. De hecho, eres la única persona de Niantic en la que confío”.

Hank miró a Devra directo a los ojos, estudiándola. Devra tuvo la sensación de que el hombre estaba mirando su alma, a la manera en que los guerreros en el campo de batalla hacen un rápido juicio para saber si la persona que está al frente es una posible amenaza.

—“¿Tú elegiste este lugar para reunirnos?”, preguntó Hank a Devra.

—“No. Fue recomendado”.

—“Recomendado”, dijo Hank en voz baja.

Se volvió hacia el agua, agarrándose de la barandilla con las dos manos. Devra notó que Hank no usaba guantes. El metal debe estar frío, pensó.

—“¿Conoces el nombre de ese puente?”, preguntó.

—“Ni idea”, respondió Devra.

—“Es llamado Erasmusbrug. El Puente de Erasmo. Nombrado por un sacerdote católico de mediana edad, Desiderius Erasmus. Era escritor, cerca del final de su vida, entre el diez y el veinte por ciento de todos los libros vendidos eran de él. También fue un famoso humanista, de hecho, muchos afirman que fue el primer humanista. Fue un radical en su tiempo”.

—“Creo que me habría gustado”.

Hank reprimió una risa. “No lo dudo. Se rebeló contra el formalismo, pasando por los movimientos por la piedad y las tradiciones, que no entendían las ideas subyacentes y el razonamiento detrás de ellos”.

—“Sé que me habría gustado”, dijo Devra.

—“También es famoso por acuñar la frase: *En el país de los ciegos, el tuerto es rey*”.

Devra forzó una sonrisa cuando Hank giró hacia ella.

—“Devra, tu benefactor eligió este lugar para mandarme a mí, y a ti, un mensaje. Sabemos que él piensa que es *el rey*, así que la pregunta es, ¿cuál de nosotros es *el ciego*?”.

—“Ilya me ha asegurado que compartirá lo que descubramos con el mundo”.

—“Continúa diciéndote lo mismo hasta que lo creas”, dijo Hank.

La expresión en el rostro de Hank le dijo a Devra que no estaba consiguiendo lo que quería. Se miraron uno al otro por largo tiempo. Ninguno dijo nada.

—“Encontraré otra forma”, dijo Devra finalmente.

—“Créeme cuando te digo esto, Devra, no me necesitas. He estado buscando la respuesta a esta pregunta durante toda mi vida, y ahora está aquí. Lo tengo que saber. Así que siento no poder ayudarte, pero tampoco intentaré detenerte”, dijo, y Devra supo que era verdad.

—“Ha sido realmente... realmente grandioso verte de nuevo Hank”, dijo Devra.

—“Yo creo en la iluminación, Devra. Y no creo que eso vaya a cambiar, ni ahora ni nunca”.

—“Me aseguraré de que tu tiempo esté cubierto”.

Una sonrisa apareció en el rostro de Hank. “Así que *estás* autorizada a gastar su dinero”.

—“No quería que pareciera demasiado fácil”.

Hank soltó una carcajada. “Voy a acabar con el minibar del hotel”.

—“Hazlo. Y cuídate”, dijo Devra. Luego se acercó y lo besó en la mejilla. “Te extrañé”.

—“Yo también”, respondió Hank.

Devra se dio la vuelta para irse. De pronto todo se sintió más frío, más distante. Otro obstáculo que superar, si no era Hank Johnson, ¿entonces quién? Debería haber sabido que esto podría ocurrir, que él podría decir que no, pero ahora se sentía poco preparada, despreciada.

Hank la llamó.

—“Devra, espera”.

Hank se puso rápidamente a su lado, tomándola gentilmente por el brazo. En ese momento, Devra se dio cuenta de que se había permitido a sí misma esperar un resultado diferente. Su toque fue inesperado. Y eléctrico.

—“Los dos podríamos estar equivocados”, dijo Hank sin rodeos.

—“¿Y eso significa?”.

Devra sabía que Hank estaba ocultando algo.

—“Dime”, dijo ella.

Hank parecía estar calculando cada palabra que diría, eligiéndolas para lograr un efecto. Finalmente, dejó salir todo afuera.

—“Tal vez no estamos en lados opuestos en esto. No puedo decir dónde, cuándo o cómo, pero he visto diferentes tipos de XM. Y he sido testigo de lo que puede hacer. Esperaba que sólo fuera una anomalía, algún tipo de distorsión causada por el repentino incremento de nuestra atención a los Shapers y el XM, pero...”. Su voz se apagó.

Devra se detuvo en seco. Pudo ver que Hank hablaba en serio. El soldado que estaba bajo el documentalista había salido de su escondite.

—“Pero no estás seguro. ¿Qué viste, Hank?”.

—“XM oscuro, lo llamamos. Lo que el XM es a la vida, esto tal vez es a...”.

Hank atrapó la última palabra, aferrándola.

—“¿A qué, Hank? ¿A qué?”.

Él lo dejó salir. “Destrucción”, dijo Hank.

—“Por Dios”, Devra lo miró a los ojos.

—“Si esto va hacia abajo, Devra, te lo haré saber. Te debo eso, y pienso que tú me debes lo mismo”.

Devra asintió. “¿Recuerdas esa cita de tu amigo Erasmus? ¿Esos hombres ciegos que necesitaban un rey? Ellos no nacieron ciegos, se volvieron ciegos a propósito”.

Él los estaba vigilando desde las sombras. Un operativo entrenado sabía exactamente dónde ponerse para observar mejor la cita. Y había contado seis guardaespaldas, todos armados.

Dos estaban con el hombre. Dos más habían llegado con Devra en la Range Rover. Había una detrás del volante, el otro estaba en el asiento del copiloto, y llevaba una escopeta, si el bulto debajo de su abrigo era alguna pista.

Probablemente nadie sabía que los últimos dos estaban ahí.

Farlowe los había detectado dando vueltas cerca de una estatua de Pedro el Grande y los tomó como parte de un destacamento de protección. Eran los hombres de las profundidades. Definitivamente no conocidos por Devra o el otro hombre, a quien Farlowe reconoció como Hank Johnson. Y tal vez desconocidos hasta para los guardaespaldas.

Farlowe metió las manos en su abrigo y cubrió con su palma la empuñadura de la Sig.

Ellos estaban ahí para protegerla, y él también.

Observó como Devra se dirigió de nuevo hacia la Range Rover. El hombre, Hank Johnson, volvió a un antiguo modelo de sedán Audi con los otros dos.

Farlowe esperó a que ambos vehículos se alejaran y centró su atención en los hombres de las profundidades. Luego de unos momentos, ellos se volvieron y caminaron por la calle en dirección contraria.

Cuando Farlowe estuvo seguro de que se habían ido, salió desde las sombras y se dirigió al otro lado de la vía, hasta donde vio que Devra y Hank Johnson conversaban.

Se acercó a la barandilla. Se sentía caliente al tacto. Podía oler el agua justo debajo de él. Le recordó cuánto tiempo había pasado desde que había bebido algo.

Farlowe miraba el puente a la distancia. Era lo que había visto. Moderno. Elegante. Largos cables de suspensión que caían a un lado. Recordaba haber caminado antes en él, durante el atardecer, cuando estaba lloviendo. Pero cómo había llegado al puente estaba un poco borroso.

De hecho, desde que dejó Graz, mientras más trataba de recordar sus viajes, menos claros se volvían.

La concentración es contraproducente, pensó Farlowe para sus adentros. Era como tratar de recordar el nombre del actor de una película, y mientras más se intenta más difícil resulta, pero en el momento en que dejara de intentarlo los flashes vendrían a él.

Por eso se quedó mirando el puente. Ya no era importante. Pero otro lugar vendría a él, Farlowe confiaba en eso.

Devra sólo estaba en Rotterdam para esa reunión. Cuando Farlowe la confrontara, quería que ella estuviera en casa. Tenía la certeza de que ella le daría la bienvenida.

En lo que a los otros concernía, para eso eran la bullpup KSG en el paquete encima del hombro y la Sig en el bolsillo.

Wade Marcus, sentado en una pequeña silla plegable, tomó una de las botas de combate Bates Zero Mass. Cuando hizo bajar su talón al piso, sintió que se acomodaba en el hueco posterior de la bota con un satisfactorio ¡pop!

Las botas se veían bien. Cuero negro y correas de nylon. Ligeras. Cómodas.

855 miró el resto de las cosas que había sacado de las repisas y estantes de la tienda de artículos militares. Dos pares de pantalones cargo negros. Un sweater de comando británico, azul oscuro, con parches en los codos y en los hombros. Un par de guantes de cuero. Todo estaba apilado en el piso, junto a la silla.

Una joven latina de sonrisa fácil y con el brazo cubierto de tatuajes lo siguió.

—“¿Cómo le quedan?”, preguntó.

—“Perfectos. ¿Cuánto valen?”.

—“Normalmente, ciento veinte, pero estamos en oferta esta semana así que noventa y nueve”, respondió ella.

—“Bien, ¿cómo puedo decir que no?”, dijo Wade, con una gran sonrisa cruzando su rostro. “Me llevaré estos puestos, si no hay problema, y me llevo las otras cosas”.

—“No hay problema, déjeme empaquetar estos para usted”, respondió la mujer, levantando el resto de sus compras.

Wade la miró. Uno de los retos del trabajo de ejecutor era sólo observar a otra persona que no fuera el objetivo. Wade pensó que si tuviera más tiempo en L.A., y un trabajo civil, ella era el tipo de chica con la que le gustaría pasar algún tiempo. Tal vez era su aire de independencia. O tal vez era el hecho de que imaginaba que él le gustaría más si le dijera la verdad sobre lo que hacía ya por más de una década.

Después de amarrarse las botas, Wade se levantó y atravesó la tienda hasta el mostrador.

Era una tienda de excedentes militares estándar, lo que significaba que además de ropa militar de segunda mano también incluía una selección de ropa de cuello azul de trabajo, equipo de deportes, algunas réplicas y tal vez incluso algunas memorabilias auténticas de Vietnam y tiempos anteriores, una gran variedad de parches y uniformes y, debido al reciente movimiento de preparación para el fin del mundo que estaba de moda, alimentos secos y equipo de supervivencia.

Nada de ello parecía especialmente organizado, lo que hizo que algunas cosas que Wade estaba buscando fueran difíciles de encontrar.

La mujer había apilado toda la compra de Wade en el mostrador, cerca de la caja registradora. Estaba escaneando las etiquetas con una tablet cuando llegó a ella.

—“Iba a preguntarte si aceptas dinero plástico, pero adivino que sería una pregunta estúpida”, dijo Wade, indicando la tablet.

—“No existen las preguntas estúpidas, sólo la gente estúpida”, rió ella.

—“No estoy seguro, no has oído la pregunta que estoy a punto de hacer”, respondió Wade.

La mujer dejó de escanear y lo miró a los ojos.

—“Ok. Tienes mi atención e interés”, sonrió.

—“Necesito una placa. Tal vez con una cartera de cuero del tipo flip, o algo que pueda colgar con una cadena alrededor del cuello”.

—“¿Cómo una placa de guardia de seguridad?”

—“Sí, pero, sabes, que parezca más...”.

—“¿Más que un guardia de seguridad?”.

Wade se inclinó sobre el mostrador. “Sé que me podría meter en problemas, y tendré cuidado, pero estoy tratando de hacer una estafa en un fri...”.

Ella lo paró en seco. “No tienes que explicarme nada. Es tu responsabilidad”.

La mujer buscó a su alrededor y tomó una caja de debajo del mostrador. La abrió y sacó un par de de diferentes insignias y carteras.

—“Estas parecen de Sheriff del condado. Y estas de LAPD”. Dejó las insignias en el mostrador.

La segunda tenía una cadena, con una cartera de cuero negro. Él la tomó y la deslizó por su cabeza, dejándola caer alrededor de su cuello.

—“¿Qué crees?”, le preguntó 855 a la mujer.

—“Rudo”, sonrió ella. Y aunque podría ser parte de su discurso de venta, él se dio cuenta de que lo decía en serio.

—“Vendida”.

—“¿Quieres saber el precio?”.

—“No lo creo, no me importa”, dijo Wade, mientras volvía a poner la placa en el mostrador.

—“En el momento en que entraste supe que me gustarías”, rió la mujer. “¿Algo más que desees?”.

—“Esa es una pregunta capciosa”, Wade flirteó un poco.

La mujer bajó la mirada y sonrió, mientras doblaba los pantalones y el sweater. “Pero no estúpida”, dijo sin levantar la mirada.

—“Agradezco tu ayuda. Creo que es suficiente daño por hoy”, respondió Wade.

Yuan Ni odió todo lo relacionado con el viaje a Alejandría, partiendo por el hecho de que viajaba en el auto de Zeke Calvin, una minivan Dodge.

Cuando finalmente la reunión se realizó, los dos estuvieron de acuerdo en que sería mejor viajar a IQTech sin su conductor. A pesar de que habían pasado semanas desde Shanghai, Ni aún no sabía en quién podía confiar. De hecho, quien fuera que había ordenado la operación en China hasta ahora no había establecido contacto de ningún tipo. Eso preocupaba a Ni, por lo menos al principio.

Ahora había llegado a los que los jugadores de póker llamaban el *umbral del dolor* — el momento en que las pérdidas acumuladas adormecían al jugador en caso de más derrotas o amenazas—.

Y en esa desesperación esperaba la liberación.

Una ligera lluvia danzaba en el parabrisas.

—“Hay poco tráfico, al menos”, le dijo Calvin mientras conducía.

Ni lo miró. Había estado de vuelta en Washington D.C. por un par de días, alejada del caos que acompañó los días finales del CERN para Niantic y la muerte de Victor Kureze, sin embargo, Calvin parecía no tener ninguna preocupación. A pesar de que sabía lo que había pasado en Shanghai y la apuesta que estaban a punto de hacer con IQTech.

Ni se preguntó cómo lo hacía.

—“Quizás es un buen augurio”, respondió Ni.

—“Si la lluvia amaina, seremos imparables”, sonrió él.

Ni echó un vistazo al interior del vehículo y recordó que Calvin tenía hijos. La minivan tenía sólo un par de años, pero el desgaste decía mucho sobre su vida civil.

—“Vuelve a recordármelo, tus hijos son...”, dijo Ni, fingiendo el recuerdo de minucias familiares que no podía obligarse a seguir.

—“Tres. Dos niñas y un niño. La mayor, Amy, acaba de empezar en la universidad del estado de Utah. Mi hija Evelyn está en segundo de secundaria. Y mi hijo, Joshua, está en quinto grado”.

—“Tú y tu esposa deben estar orgullosos”, dijo Ni mientras dirigía su atención a la ventana. Esperaba que fuera suficiente conversación sin sentido.

—“Sólo yo. El linfoma se llevó a mi mujer hace un par de años”.

Ni giró hacia él. “Lo siento Calvin, lo olvidé. Debería haber recordado eso. Lo siento”.

Su reacción fue inescrutable.

—“Es lo que es. Cuando Joyce murió, su hermana menor se mudó para ayudarme con los niños. Ella los cuida cuando estoy trabajando, así que aún tienen familia cuando yo no puedo estar con ellos”.

—“Esto con IQTech va a funcionar”, dijo Ni.

—“Eso creo”

—“Y habrá dinero para ti”.

—“No me interesa mucho el dinero, por extraño que suene”.

Ni soltó una carcajada. “Tu auto da esa impresión”.

Calvin sonrió. “Supongo”.

—“Entonces piensa en tus hijos”.

—“Eso es lo que me motiva para levantarme todos los días, directora Ni”.

Ni se inclinó hacia adelante en su asiento mientras Calvin salía de la autopista. Se dio cuenta de que la minivan tenía un leve olor a cientos de comidas rápidas y, de alguna parte de atrás, a pelo de perro mojado.

—“¿No olvidaste nada?”, preguntó Ni a Calvin.

—“Tengo todo lo que necesitamos en mi maletín. También hay un set completo de copias electrónicas. Y una presentación de respaldo en mi tablet”.

—“¿Los niveles de seguridad están bien?”.

—“Hey, son mejores que los nuestros. Estos chicos tienen conexiones”.

—“Por eso vamos hacia ellos. Tenemos que volver a poner a Niantic en pie y hacerlo rápido, y necesitamos salir de donde ya-sabes-quien nos ha metido”.

—“Entendido”.

Calvin giró por una calle lateral que conducía a un parque industrial rodeado de árboles, de arquitectura moderna y elegante. Casi todos los edificios estaban cubiertos de cristales espejados, lo que significaba que las empresas de tecnología, aeroespacial y de consultoría que tenían sus oficinas en los edificios se ocultaban de los contribuyentes que financiaban la mayor parte de sus operaciones.

A través del parabrisas, Ni y Calvin podían ver las puertas de seguridad que llevaban a IQTech. No había nada que identificara al edificio.

Calvin bajó la velocidad al acercarse al portón. Se volvió hacia Ni.

—“Voy a necesitar tu identificación”, le dijo.

Ni sacó su licencia de conducir de su billetera y se la pasó a Calvin al tiempo que él sacaba la propia de su bolsillo trasero.

Calvin bajó el vidrio de la van y sacó la mano con las credenciales para entregárselas a un guardia de mediana edad y chaqueta roja.

—“No es necesario, señor. Sabemos quienes son. El estacionamiento de visitas está en el nivel uno, por el ascensor”, dijo el guardia, y los dejó pasar.

Calvin asintió y subió el vidrio.

—“Es una buena señal”, dijo.

Ni lo miró. “Tal vez. Una vez que estemos adentro, déjame ir punto por punto. Tú vas de acompañante, eso significa que yo seré quien más hable”.

—“Estoy seguro de que así va a resultar”.

Desde que, más temprano ese día, se convirtió en Wade Marcus, 855 ya había comprado, y usado un Ford Crown Victoria marrón oscuro, en efectivo, de un vendedor privado con el que se había contactado en línea a través de un aviso personal, había cortado su cabello corto a los lados, en el estilo comúnmente asociado con los militares, y comprado una selección de ropa de una tienda de excedentes militares.

Ahora disfrutaba un almuerzo de tacos de carne asada que le compró a un vendedor en el sunset de Los Angeles.

Usando sus recientemente obtenidos pantalones cargo y botas, más un par de camisetas extra bajo su sweater de comando para abultarlo, en una inspección casual Wade lucía como un policía de civil que llevaba un chaleco bajo su atuendo.

Con la placa y la cadena alrededor de su cuello, y el auto que ahora manejaba, pasaría por policía el tiempo suficiente para lograr lo que necesitaba.

Y lo que ahora necesitaba era un arma, o dos.

Wade regó el último de sus tacos con un refresco de dieta, luego volvió a su auto y se dejó caer al volante. Comprobó el teléfono desechable que había comprado en un mall cerca del aeropuerto.

No hay nuevos mensajes.

Abrió el archivo que había descargado antes. La fotografía de una joven mujer lo miró fijamente. Pelo oscuro. Ojos azul profundo. Él ya tenía su nombre real. Una lástima, pensó, es linda.

El segundo blanco era más misterioso. Pero sería más fácil de resolver cuando tuviera al primer blanco. Wade esperaba que ella hablara rápido, así no tendría que prolongar lo inevitable.

Wade dio a la imagen una última mirada, volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y encendió el Crown Vic. Se puso en marcha hacia el centro de la ciudad.

Una asistente ejecutiva, joven, del tipo atractivo que parecía estar en todos lados en Washington D.C., los guió a través de los pasillos hacia las oficinas de IQTech.

Ni caminaba casi junto a ella. Calvin se quedó un par de pasos atrás.

Todo estaba limpio y organizado dentro de ese lugar. Los cubículos estaban equipados con computadores, escritorios y sillas. Alguna foto personal aquí y allá no ayudaba mucho a cambiar la sensación de unidad y conformidad que había en cada esquina del edificio.

Ni miró por la ventana que dominaba la pared del fondo. Había una espectacular vista del río y Washington D.C. Nubes negras llenaron el cielo.

En el agua, un bote remos se deslizaba. Incluso bajo la lluvia siguen entrenando, pensó Ni. La práctica hace la perfección.

—“Señora Ni y señor Calvin, acá será la reunión”, dijo la atractiva asistente.

Abrió la puerta de una bien equipada sala de conferencias. Una larga mesa de madera oscura dominaba el centro de la habitación. El equipo de video estaba ubicado en el muro del fondo. A un costado había otra ventana con vista al río.

Tenía capacidad para quince o veinte personas. Ni no esperaba a tantos en la reunión, pero estaba preparada en caso de que IQTech quisiera jugar así.

—“¿Puedo traerles algo? ¿Café, agua embotellado o algún licor suave, quizás?”, preguntó Atractiva.

Ni negó con la cabeza. Calvin miró a la asistente.

—“Estamos bien, gracias”.

—“Sí, señor. Que tengan una buena reunión”.

Que tengan una buena reunión. Las palabras parecieron timbrar en los oídos de Ni cuando Atractiva dejó la sala de reuniones, sonriendo. Todo dependía de esto. Su carrera, su sobrevivencia y, pensándolo bien, tal vez incluso el destino del mundo estaba en la balanza.

Calvin había llegado para ayudarla a llegar ahí, le presentó a los contactos que tenía en la inteligencia asociada con IQTech. Había ayudado a Ni a navegar en esas aguas. Y ahora ambos estaban aquí, y todo se reducía a una buena reunión.

Ni observó a los remeros. El poder logrado con la práctica y la repetición. Ella había estado en miles de reuniones como esta antes. Estaba lista.

Ni se dio vuelta y se apoyó en el respaldo de una de las sillas de la mesa de conferencias.

—“Siempre quise intentar eso... el remo...”.

Se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada. Calvin estaba sentado frente a ella, a la mesa. Eran las únicas personas en la habitación.

—“Siéntate y empezaremos”, le dijo Calvin.

—“¿Qué?”, respondió Ni. Calvin tenía su maletín en la mesa, frente a él y con un clic abrió los sellos de cada lado.

—“Estoy listo para empezar”.

El timbre en los oídos de Yuan Ni volvió. Más fuerte. De repente tuvo la sensación de estar bajo el agua.

Calvin sacó un paquete de su maletín y lo dejó caer sobre la mesa con un golpe seco. El sonido atrajo la atención de Ni nuevamente hacia él.

Era un apretado bulto envuelto en cinta adhesiva. Su arma. El arma que el asesino había envuelto mientras ella miraba a través del vidrio en Shanghai.

Nueve segundos de caída libre.

Calvin deslizó el arma momificada hacia ella. Rascó el acabado brillante de la mesa de conferencias, patinando hasta detenerse delante de Ni.

Ella miró el arma, luego a Calvin. La misma cara que había visto antes. La misma cara que había visto siempre.

—“Querías ser la que más hablara, esta es tu oportunidad”.

Capítulo 12

El personaje de policía había funcionado mejor de lo que había imaginado.

855 se había enrollado con un par de traficantes de droga en una esquina y ellos reaccionaron exactamente como él había esperado cuando vieron el Crown Vic. Asumiendo que era un agente antidrogas por el vehículo, la ropa y la placa alrededor de su cuello, corrían.

Wade persiguió a uno, un tipo enorme empapado en sudor, y lo lanzó a un callejón. La arena y grava que cubrían el asfalto fueron como papel de lija y le desgarraron la piel al chocar contra el suelo.

El traficante jadeó y tosió cuando Wade le hundió la cara en el piso y lo registró. Tenía una colección de paquetitos de metanfetaminas de todos los colores en su bolsillo. Y un montón de dinero en efectivo y un teléfono inteligente, pero no era lo que Wade buscaba.

Wade se levantó y le dio una patada en los riñones, dejando al traficante doblado en dos y gritando de agonía.

—“Tu socio, ¿dónde fue?”, preguntó Wade.

—“Conozco mis derechos”, dijo el sudado traficante con un hilo de voz. “Mi abogado va a tener tu placa”.

—“Puedes tenerla ahora”, respondió Wade.

Tiró la placa para soltarla de la cadena alrededor del cuello y se la arrojó.

El hombre estaba confundido. “¿Nos estás estafando?”.

Wade ató las manos del traficante tras su espalda.

—“No exactamente. Me estoy comprando algo con tu libra de carne. Levántate”.

855 puso al hombre de pie y lo llevó a su auto. Lo empujó al asiento del pasajero del Crown Vic, luego lo rodeó y se sentó al volante. Levantó el teléfono del traficante.

—“Vas a orinar rojo por un par de días. Si dura más tiempo vas a necesitar un doctor. A partir de ahora, esto es lo mejor que vas a tener esta noche. Ahora, llama a tu amigo y dile que me traiga una 9mm y un AK, y se llevará las drogas, el dinero y a ti. Mientras más me haga esperar más va a bajar tu valor”.

—“¿Y eso qué significa?”.

Wade apretó su puño en el abdomen del hombre.

El traficante se esforzó en reprimir un grito.

—“Significa que tu valor va a bajar”.

—“Hombre, vamos a matarte”, tosió y se le atragantaron las palabras.

—“Muchos lo han intentado, todos han fallado”, dijo Wade y buscó por el registro de llamadas del teléfono del traficante. “Él debe ser uno de estos números, si me haces adivinar, tu valor seguirá cayendo”:

—“Ok, ok”.

—“¿Tienes lo que quiero? O mejor dicho, ¿él lo tiene?”.

—“¿A quién crees que estás jodiendo? ¡Obvio que lo tenemos!”.

—“Entonces llama. Dile a tu socio que hay una tienda de abarrotes a un par de cuadras de aquí. Que deje las armas en una bolsa plástica junto al basurero. Dile que te dejaré ir cuando las tenga. Limpio y simple”.

Ni estudio la P6 envuelta en la mesa frente a ella. Empujó la silla en la que había estado apoyada y se sentó. En lugar de dar la cara a Calvin o al arma, centró su mirada en la pared del fondo. Calvin parecía contento con esperar. Bajó la tapa del maletín y se echó atrás en la silla.

Ni había estado en el juego sin saberlo. Ahora que se daba cuenta de que estaba en el campo, cada acción, cada declaración, sería conocida sabiendo quién era realmente Zeke Calvin. Y lo que su relación había sido en los años pasados.

La única persona en la que ella creía que podía confiar en Niantic resultó ser la más peligrosa de todas. Y ella había compartido cada secreto con él. Cada estrategia. Cada movimiento.

Ni sabía que debía escoger muy cuidadosamente sus siguientes palabras.

—“Hijo de perra”, dijo.

Calvin se adelantó en su silla, con una leve sonrisa cruzando su cara.

—“Si por mí fuera, nunca habrías vuelto de Shanghai”, respondió Calvin.

—“Sólo dime cuándo”, dijo ella rotundamente.

—“¿Acaso importa? Aquí es donde nos encontramos ahora”.

Ni se volvió hacia él al tiempo que Calvin hacía a un lado su maletín”.

—“Niantic existe porque yo quise y luché por su existencia. Porque es importante para nuestro país y para la seguridad nacional. Debemos estar siempre atentos y nada, ningún

chiflado de las conspiraciones de internet, ningún algoritmo granuja, ninguna exposición inesperada a XM y ciertamente ninguna de tus ambiciones va a poner en riesgo este proyecto”.

—“Yo sólo quería hacer lo que era mejor”, le dijo Ni.

—“Te creo, de verdad. Aun así, lo que era mejor para ti fue siempre parte de la ecuación, y en mi opinión, eso nublaba tu juicio, aunque también fue útil en los negocios recientes”.

—“Hulong”, asintió Ni, “claro”.

—“Necesitábamos medir su nivel de interés. El hecho de que estuvieran tan listos y dispuestos a reunirse contigo después de la tragedia que había caído sobre sus dos ejecutivos más o menos confirmó nuestras sospechas”.

Ni estudió a Calvin.

Su mente ahora corría, y ella estaba luchando para mantenerse a la par con ella. Todo lo que había pasado en Niantic tenía que ser analizado con un filtro completamente diferente. ¿En qué momento la agenda de Calvin se había separado de la suya?

Luchaba por controlar su furia. Ni había le había hecho confidencias. Creía en él. Había confiado en él. Y ahora se daba cuenta de que Calvin no sólo la había traicionado, no había estado de su lado para empezar. Y estaba mucho más conectado y era mucho más poderoso de que lo había revelado.

Lo que significaba que, aunque estaba enfurecida en su interior, se daba cuenta de que tenía que elegir sus palabras con mucho cuidado. Más que sólo su ego y su orgullo estaban en juego.

—“No vendería a mi país”, dijo como un hecho, con toda la voz que pudo reunir.

—“Lo sé. No te dejaríamos”, respondió Calvin.

—“Entonces Song y Lei, los demás de Hulong, y ahora Kureze... ¿todos fueron órdenes tuyas?”.

Calvin sólo se encogió de hombros.

—“¿Quién demonios eres?”, preguntó Ni, con lo que era tanto una acusación como una pregunta.

—“Sólo un patriota. Y el hombre que puede salvarte la vida o quitártela, Yuan Ni”.

Ni se recostó en su silla y respiró profundo. Así que esto era. Había un trato que hacer en esta habitación después de todo.

—“Estoy escuchando”, dijo Ni.

Calvin señaló el arma sobre la mesa.

—“Esto es evidencia. La balística obviamente conectará esta arma y el asesinato de un mafioso cerca del lugar donde dos ejecutivos de Hulong fueron víctimas de un artefacto explosivo improvisado. Lo más interesante acerca de cómo se hizo esa bomba es que se utilizaron dos toallas de tu hotel. De tu habitación, de hecho. Toallas usadas, presumiblemente con tu ADN”.

—“Me tendiste una trampa”, dijo Ni mientras el peso de su situación empezaba a caer sobre ella.

—“Sí. Y eso es lo que les dirás a los de Hulong. Que tu gobierno te tendió una trampa. Que fuiste obligada a cubrir las políticas paranoicas de esta administración. Y que no quieres ser parte de eso. En vez de eso, irás a Hulong y les dirás que quieres trabajar para ellos directamente, y llevarte todos los conocimientos y secretos de Niantic contigo”.

—“¿Lo haré?”.

—“Sí, creo que lo harás”.

Calvin se apoyó en la mesa.

—“Vas a expiar tus pecados y servir a tu país como doble agente. Descubrirás todo lo que hay que saber, hasta donde ha llegado Hulong en su investigación con XM. Y me reportarás a mí absolutamente todo lo que descubras. Haz esto y tus papeles se pueden limpiar. O si eliges no aceptar, cuando deje esta habitación otros entrarán y te eliminarán”.

Ni miró a Calvin. El hombre que ella conocía seguía ahí, lo que hizo que la expresión de su rostro ahora fuera mucho más inquietante. Él estaba listo para mandarla matar, luego comer algo de comida rápida en el camino a casa antes de subir a su perro mojado a la van para un breve paseo por el parque.

Su arrogancia la había llevado a ese punto. Ahora tal vez la mantuviera viva.

Ni lo miró fijamente. “Ok. Tú ganas”.

Calvin negó con la cabeza.

—“No, nuestro país gana”.

Atrajo nuevamente su maletín hacia sí y lo abrió. Del interior sacó un sobre de manila y lo deslizó hacia ella.

—“Todo lo que necesitas. Pasaporte, tarjetas de crédito, visa, información de respaldo. Números de contacto y sitios web seguros con sus passwords”.

—“¿Qué pasa si no están interesados en contratarme?”, preguntó Ni. “Necesito un gancho, algo de valor. ¿Qué estoy ofreciendo?”.

—“A ADA”, dijo Calvin.

Ni se agitó en la silla mientras él hablaba.

—“Durante el movimiento sobre IQTech, algunos datos se perdieron. Investigación potencialmente importante de los archivos de ADA acerca de todo lo que ocurrió en las instalaciones de Niantic en el CERN. No hemos podido evaluar completamente la importancia de los datos que faltan, pero sé que aún no hemos visto lo que hay en ese sobre”.

Ni asintió y tomó el sobre. Calvin se levantó y se inclinó sobre la mesa, moviendo la semiautomática envuelta hacia ella.

—“Tal vez también quieras tomar la pistola. La P6 es una buena arma. Puede serte útil”.

Ni tomó el arma envuelta y la deslizó en su cintura, debajo de la blusa.

—“¡Ah! Y no intentes la *forma fácil* de salir de esto”.

—“No ha cruzado por mi mente, soy una sobreviviente, no me rindo”.

—“Bien. Tú eres la razón por la cual esto va a funcionar”, le respondió Calvin.

—“No estoy segura de cómo entender eso”, le dijo Ni.

—“Entiéndelo como una señal de que esta reunión ha llegado a su fin. Y de que estoy seguro de que nos entendemos”.

—“Completamente. Más que nunca, de hecho”, dijo Ni, tomó el sobre de manila y se dirigió hacia la puerta de la sala de conferencias, que repentinamente se abrió desde el exterior. La Atractiva asistente de antes estaba de pie afuera.

—“Espero que haya sido una buena reunión. La conduciré al aeropuerto cuando esté lista”, dijo Atractiva.

—“¿Tu auto?”

—“Sí, señora”.

—“Estoy lista ahora”, respondió Ni.

—“Adiós Yuan”, dijo Calvin.

Ni hizo un gesto, y siguió a Atractiva fuera de la sala.

Por mucho que quisiera odiarlo, Ni no podía encontrar las emociones. Calvin había jugado con ella, pero eso significaba que era bueno en su trabajo. Mejor de lo que era ella. “Respeto a regañadientes” fue la frase que se quedaría más adelante, cuando revisara los acontecimientos del día.

Eso no significaba que la hubiera dado vuelta. Si había hecho algo, era motivar a Ni para que se asegurara de que su venganza fuera mucho más fuerte, repentina y resuelta.

Porque, por primera vez desde que comenzó en Niantic, Ni se dio cuenta de lo que enfrentaba.

855 regresó del basurero con una bolsa de basura verde oscuro. Volvió a sentarse en el asiento del conductor del Crown Vic y abrió la bolsa.

Dentro había un par de armas de aspecto golpeado, pero eran lo que había pedido. Un AK-47 con su funda y una S&W Serie Pro C.O.R.E. de 9mm.

Wade observó las armas, luego giró hacia el traficante en el asiento del copiloto.

—“No eres bueno en mantenimiento, según veo. No debería ser una sorpresa. Úsalas como las robaste, lo que hiciste”.

—“Lo que sea, hombre, tienes lo que...”

El teléfono de 855 empezó a vibrar en su bolsillo. Alargó la mano hacia el traficante.

—“No hables. No escuches. No mires alrededor. No respires. No te muevas. No a todo. Y si puedes dejar de apestar el auto, sería un extra”.

Wade buscó su teléfono y miró la pantalla.

Había un link en el mensaje de texto. Al hacerle clic lo llevó a un sitio de medios sociales donde sus blancos se habían contactado y habían planificado una reunión. Hasta habían acordado el lugar.

La parte más difícil de mi trabajo quedó atrás, pensó Wade, y encendió el automóvil.

Pasó por encima del sudoroso narcotraficante y abrió la puerta desde el interior. Luego lo apuntó con la 9mm.

—“Y esto concluye nuestra transacción”.

—“¿Y eso qué significa?, preguntó el narco, con las manos aún atadas tras él.

—“Eso significa que aquí es donde te bajas”.

—“Vamos a averiguar quién eres. Vamos a averiguar dónde estás, y vamos a hacerte daño. Vamos a hacerte un daño espantoso, aunque sea lo último que haga”.

—“Sí, será lo último que harás”.

Wade pateó al hombre fuera del Crown Vic, cerró la puerta y se alejó, tirando el dinero y las drogas por la ventana mientras conducía en la noche hacia el muelle de Santa Monica.

Devra se quedó mirando la pantalla del computador en su escritorio.

Los datos le eran familiares —recordaba haber visto algo como esto en el CERN hace muchos meses atrás—, pero habían sido organizados y extrapolados en todo un mundo de nuevas posibilidades.

—“¿Cómo pasó esto? Tú no pudiste haber hecho esto... tan rápido”, dijo.

Roman, el ingeniero en computación que también hacía un excelente espresso estaba de pie tras ella.

—“Lo central de la investigación sólo apareció en nuestros servidores mientras tú estabas en los Países Bajos. Pensamos que venía del Proyecto Niantic, pero si así es, todas las referencias internas fueron eliminadas antes de que fuera transmitido a nuestros sistemas. Estamos buscando una huella digital electrónica en cada pieza de información, y nos acercamos a muchos terabytes, pero aún no encontramos nada”, dijo Roman.

Devra se hizo hacia atrás en su silla. Su maleta aún estaba en el piso, junto a su escritorio. Recién había llegado de Wunddorf hace diez minutos y ya había explotado una bomba.

Se volvió hacia Roman.

—“No la encontrarás a menos que ella quiera. Y eso incluye la forma en que hackea nuestros sistemas”.

—“¿Eso significa que no tengo que despedir a Roman?”, dijo Ilya entrando a la oficina de Devra en un traje negro casual con el cuello abierto de una camisa tan blanca que casi resplandecía.

—“Señor”, respondió Roman.

—“No, eso no será necesario. Ni justo”, respondió Devra.

—“Estoy bromeando, por supuesto. Si alguien ha cometido un error acá, soy yo. Diseñe los protocolos de encriptación y los cortafuegos yo mismo. ¿Puedo...?”, le preguntó Ilya a Devra, mientras señalaba la silla junto al escritorio.

—“Por favor, sí”.

—“Parece que nuestra situación ha cambiado”, dijo Ilya mientras se sentaba. Su comportamiento era tranquilo. Mientras lo observaba, Devra recordó la manera en que el personal militar con que había trabajado reaccionaba bajo estrés. Quitarle importancia y minimizar. Cuando no puedes controlar tus circunstancias, controla tu lenguaje.

—“¿Así que mientras tú te reunías con Hank Johnson, nosotros nos reuníamos con ADA?”.

—“Así parece”.

—“Y nos llevamos la mejor parte del trato”.

—“De nuevo, así parece”.

—“Entonces, ¿este fue el regalo de ADA?”, le preguntó Ilya.

—“No lo sé”.

Ilya se acercó a Devra. “Bien, dado que Niantic ahora está en caos, y otro de sus investigadores está muerto, tal vez ella quiera algo de nosotros y ésta es su forma de mostrar su buena fe”.

—“¿Lo que significa...?”.

Ilya rió. “ADA se parece más a ti de lo que crees, Devra. Tal vez ella también está buscando un nuevo hogar”.

—“Ilya, ADA está en todas partes”, respondió Devra.

—“También nosotros. ¿Sabes el significado del nombre de mi compañía?”, le preguntó.

—“¿No es un juego con la palabra *virus*?”.

—“Por supuesto que lo es. Pero *visur* también es una palabra lituana. ¿Por qué Roman?”.

Roman miró a Devra, luego a Ilya.

—“Porque su madre era lituana, señor”, dijo Roman.

—“Correcto. Porque mi madre era... no, es lituana. Roman, perdiste un par de puntos por eso. Y la traducción de *visur* es *en todas partes*. Así que ¿qué mejor lugar para ella que estar con nosotros?”.

Ilya se inclinó hacia adelante.

—“Además, ¿no he conocido ya a la mujer más dura e inteligente de Niantic?”.

Devra rió. Ilya era lo suficientemente encantador para usar una línea como esa, pensó.

—“Me tomará un par de días evaluar todo, pero esto podría llevarnos de un salto seis meses hacia adelante”.

—“Lo que significa que Roman y su equipo pueden comenzar a diseñar estructuras de XM inmediatamente”, dijo Ilya, haciéndose hacia atrás y cruzando las piernas.

—“Casi inmediatamente”, respondió Devra.

Roman miró a Ilya. “Aún hay un asunto con el XM, señor. No tenemos suficiente. Aún necesitamos un, eh, portal fuente”.

—“Y Hank Johnson no va a jugar”.

—“No”, respondió Devra.

Hizo una pausa, preguntándose si le decía o no le decía a Ilya la información que Hank le había dado. XM Oscuro. Antimateria exótica, tal vez. Un cambio fundamental para la comprensión de una fuerza transdimensional que en la mayoría de sus manifestaciones aún era un misterio —una idea que la había asaltado en el avión de vuelta desde Alemania—.

Lo que puede ser creado, puede ser destruido.

—“¿Lo intentaste todo?”, le preguntó Ilya. Ella entendió lo que quería decir.

—“No todo”, le disparó de vuelta rápidamente.

Devra vio cómo cambiaba la cara de Ilya al darse cuenta de que había presionado el botón equivocado.

—“Roman, danos un minuto”, susurró Ilya, haciendo un gesto para que se fuera. Roman asintió y se alejó de Devra rápidamente. Los dos guardaespaldas lo siguieron, y el último cerró la puerta tras ellos.

—“Perdóname. Pero habría funcionado conmigo”, sonrió. “Encontraremos otra manera. Por encima del muro, alrededor del muro, por abajo del muro, a través del muro”.

—“Comprar el muro”, susurró Devra.

—“Sí. Ahora nos entendemos el uno al otro, Devra. Siempre hay una manera. La única pregunta es cuánto dolor hay que soportar para llegar al otro lado. Es una prueba de nuestro compromiso. Y yo quiero esto. Realmente lo quiero”.

—“Yo también”, dijo Devra.

—“¿ADA hablaría contigo?”, preguntó Ilya, levantándose.

—“Sí”.

—“Ella debe conocer la localización de un punto de poder de XM, como tu Mr. Johnson los llama”, respondió Ilya, observándola.

—“Ella sabe”.

—“Entonces habla con ella y averígualo”.

Devra se puso de pie. Se dio cuenta de que estaba cansada. Llevaba tanto tiempo viviendo a base de adrenalina que ésta estaba perdiendo su efecto. “Podría tenerla en esta habitación en cinco segundos, pero si va a ser una invitada o una intrusa, no puedo...”.

Hubo un fuerte golpe en la puerta.

—“¡Qué!”, gritó Ilya. Sus ojos echaban fuego, una mirada que Devra había visto cuando se conocieron.

La puerta se abrió. Christie y Ale estaban de pie junto a los guardaespaldas. Ellos también tenían fuego en los ojos, de un tipo diferente. Del tipo que los investigadores tienen cuando están en un momento clave.

Christie se adelantó.

—“Devra, encontramos un portal. Uno enorme. No está irradiando XM, está haciendo erupción de XM. Más de lo que necesitamos. Mira...”, dijo, cruzando hacia su computador.

—“¿Qué muro?”, dijo Ilya, mirando a Devra y Christie comenzar a tipear en el teclado. Vio cómo se abría una ventana del escáner en el monitor de su computador.

—“Está linkeado a mi máquina. Sólo... apareció. Irrumpió. Como un volcán, sin advertencia”.

—“El Vesubio”, dijo Ale, entrando a la habitación.

—“¿Qué dices, Ale?”, le preguntó Devra.

—“Porque está justo sobre nosotros”, respondió.

Devra trató de mantener la boca cerrada, pero sólo tuvo éxito en parte.

De pronto, el otro guardaespaldas irrumpió en la habitación.

—“Señor, podríamos tener un problema”, le dijo a Ilya.

—“¿No ves que estamos a minutos de ser impulsados arriba y abajo, abrazándonos unos a otros mientras gritamos lo más fuerte que den nuestros pulmones? ¡Maldición! Más vale que sea importante”.

El guardaespaldas se cuadró. “Nuestros sensores acústicos acaban de recibir un sonido y triangularlo. Saltó una alarma a menos de dos kilómetros de la puerta principal, estamos listos para evacuar ahora”.

Devra miró al guardaespaldas, después a Ilya.

—“¿Un sonido? ¿Qué tipo de sonido?”, le preguntó.

Ilya se acercó a ella. “Los micrófonos están calibrados para percibir y triangular la ubicación de una sola cosa. Disparos”.

El sol acababa de ponerse cuando Wade llegó al muelle.

Decidió que sería mejor moverse a pie, así que estacionó su Crown Vic cerca de un centro comercial. Si se presentaba la oportunidad, podía eliminar los objetivos ahí mismo, en la calle. Si no, podría seguirlos a un punto de ejecución más adecuado.

El truco era agarrarlos juntos.

La mujer escocesa conocida como Klue sería fácil de ubicar. Se había mostrado a sí misma en múltiples videos y atraído seguidores. El hombre que se llamaba a sí mismo P.A. Chapeau aún era un enigma, pero uno que estaba a punto de ser resuelto, porque P.A. y Klue se habían puesto de acuerdo para encontrarse en algún punto cercano a donde Wade estaba ahora, en la entrada del muelle Santa Mónica.

855 miró a lo largo del muelle. Podía ver los paseos y las diversiones alumbradas con luces de neón. Su resplandor atravesaba el oscuro cielo y bailaba con el reflejo de un millar de bolas de espejos frente a las olas que rompían entre las torres de alta tensión y la playa.

Se sentía el olor de la sal en el aire. La gente se arremolinaba. Locales. Turistas. Gente sin hogar.

La decadencia y la desesperación unidas por el deseo primordial de estar cerca del agua.

Para los residentes que vivían frente al muelle, el precio de cumplir ese deseo podía llegar a los millones. Para los residentes del parque cercano, el costo era la exposición a los elementos, la policía y las inciertas intenciones de sus compañeros de viaje.

Era un grupo en el cual era fácil perderse.

Wade usaba la chaqueta militar que se había comprado en la tienda. En otra vida, la linda chica de los tatuajes de la tienda estaría ahí con él ahora, pensó. Caminarían a un restaurante en el muelle, luego jugarían un par de juegos de carnaval, tal vez darían una o dos vueltas, y al final de la noche compartirían mentiras y promesas con sus pies descalzos en el agua.

Pero en esta vida, 855 sorprendió a alguien que no estaba esperando, a menos de seis metros. Cabello negro y piel aceitunada. Contextura mediana. Vestía un abrigo largo y sombrero de fieltro negro que había visto días mejores.

Considerando lo que Wade iba a hacer, por definición cualquier otro día sería mejor para Richard Loeb.

Wade metió la mano en su bolsillo. Podía sentir el S&W 9mm escondido y asegurado de su cintura mientras cogía su teléfono. Había dejado el AK en el Crown Vic y ahora estaba lamentando esa decisión.

Loeb estaba en la lista, pero 855 no esperaba dispararle esa noche. En todo caso, era una persona adaptable. De hecho, ése era uno de sus rasgos más útiles.

Desbloqueó el teléfono y escribió un nuevo mensaje de texto al número que le habían dado al inicio de esta asignación.

pa chapeau es loeb. los ojos en el blanco.

Wade apretó enviar y esperó. Siguió vigilando a Richard Loeb, o como era conocido en internet, P.A. Chapeau. Loeb daba vueltas alrededor, esperando. El teléfono vibró en la mano de 855. Leyó la respuesta.

Interesante

Wade escribió otro texto.

¿procedimiento? Tenga en cuenta doble comisión.

Enviar. No era propio de él mencionar los términos una vez que había aceptado una misión, pero a 855 tampoco le gustaba la idea de darle dos por uno a Phillips. P.A. Chapeau y Richard Loeb eran dos contratos con dos compensaciones fijas. No era su problema que los dos blancos hayan resultado ser el mismo hombre.

Afirmativo y conforme.

Wade sonrió. Esta noche iba a ser mejor que una incómoda salida con una vendedora entintada.

Se movió como un experto entre la multitud, como un espectador desinteresado, siguiendo el sombrero. “¿Por qué no sólo llevas una gran diana apuntándote, P.A.?” se preguntó.

P.A. se movía hacia la acera mientras un automóvil se acercaba a una parada.

Un mini. Parecía de hace un par de años. Una mujer estaba detrás del volante. Cabello negro, ojos azules. Los ojos más azules.

Metiendo la mano en su chaqueta, Wade tomó la empuñadura de la 9mm.

P.A. abrió la puerta del pasajero y comenzó a subir. Wade analizó la situación. En S&W serviría para las muertes, pero realmente deseaba tener el AK para el control de la multitud. Tendría que moverse rápido.

Cuando Wade se apuró para acortar la distancia un estafador callejero le cerró el paso.

—“Jefe, si puede gastar un poco....”.

Wade le dio un empujón al hombre con rastas, dejándolo sin aire. El siguiente efecto fue exactamente lo que quería: la gente que estaba a su alrededor le abrió camino. Aparte de la distracción del golpe, estaban los resoplidos del hombre cuyo peinado costaba un mes de almuerzos.

Pero el mini ya estaba en movimiento. Muy tarde.

Klue se estaba alejando con P.A. 855 observaba como la luz de giro empezó a brillar en el frente del auto.

No, no era demasiado tarde. Había una construcción en la calle. Estaba intentando doblar a la izquierda a una calle cerrada. Tendría que dar la vuelta y pasar nuevamente para llegar a la autopista, que era donde Wade sabía que iría por su investigación anterior. Podía interceptarlos antes de que llegaran ahí.

Una cuadra más arriba.

Wade se apresuró hacia la intersección y corrió callé abajo mientras el auto de Klue doblaba la esquina.

El teléfono en su bolsillo comenzó a vibrar nuevamente. “No ahora”, pensó. Lo ignoró y corrió más rápido.

Más tranquilo. Menos gente a pie y menos tráfico. Atravesó la vereda, cortó a través de la calle y saltó una barrera de concreto que había sido puesta alrededor del sitio de la construcción.

Oyó al auto antes de verlo.

La luz estaba cambiando. Ella pararía en la intersección, Wade avanzaría desde detrás la barrera de hormigón y la mataría primero, disparando a través del parabrisas. Después se tomaría su tiempo con P.A. Tenía la imagen en su mente, una perfecta previsualización del caos y la muerte que estaba a punto de desatar.

La luz se puso roja.

Arma en mano, Wade saltó frente al auto de Klue cuando de repente la luz volvió a cambiar a verde. No sólo para ella, sino también para el tráfico que cruzaba.

P.A. reaccionó mientras Wade se estabilizaba. Ella no estaba desacelerando. Ah, ahora estamos exagerando, pensó 855. Era mucho más satisfactorio cuando se defendían.

Wade oyó el chirrido de los neumáticos mientras apuntaba a esos profundos ojos azules. Abriéndose. Más y más grandes. Ella vio el arma, y una fracción de segundo antes de disparar, 855 se dio cuenta de ella vio algo más.

Klue vio que el auto estaba a punto de derrapar bloqueando la ruta de escape de 855.

Bang. Un único disparo a través del parabrisas, pero el Mini ya había derrapado y el disparo se había desviado, incrustándose en el reposacabeza.

Antes de que Wade pudiera efectuar un segundo disparo, toda la fuerza del impacto explotó a su alrededor.

La parte frontal de un Nissan Maxima T se incrustó en el Mini como una bisagra, la parte trasera del vehículo patinó y le dio a Wade, haciéndolo volar por los aires.

855 oyó el sonido de la compresión y compactación del metal y del vidrio rompiéndose en casi pulverizados fragmentos que iban hacia él. Oyó el sonido de las bocinas y los neumáticos luchando por encontrar la tracción en el pavimento. Luego hubo otro fuerte crujido. Un ruido que parecía venir desde dentro, muy dentro de él. Uno que Wade no tanto escuchó como sintió cuando su cuerpo volador, retorciéndose como un muñeco de trapo, golpeó la barrera de concreto de la construcción, que estaba a nueve metros de distancia, deteniéndolo bruscamente.

Los dos estaban en la parte trasera de unos de los Range Rover blindados, siguiendo a dos Mercedes SUV negros modificados al estilo militar a través de la noche.

Todos los guardaespaldas tenían armas. Devra estaba viendo una parte de la operación de Ilya que sabía que existía, pero hasta ahora no había experimentado tan de cerca.

El hombre había vuelto a su Rusia nativa. La forma en que sostenía su arma le hizo entender a Devra que esta no era la primera vez en que corría hacia una pelea en la que el final fuera decidido por quien tuviera el mayor poder de fuego y supiera usarlo.

Los tres vehículos corrieron a través de las puertas de seguridad abiertas hacia la autopista. Devra se dio vuelta para mirar a través de la ventana del Range Rover y vio al personal de seguridad bloqueándolas tras ellos.

Al unísono, los conductores de los SUV apagaron sus luces y bajaron sus lentes de visión nocturna. Los automóviles apenas redujeron la velocidad y avanzaron, pasando una arboleda a cada lado de la autopista.

—“Doscientos metro para hacer contacto”, dijo la voz del ruso.

Devra miró su teléfono. La app modificada Ingress en la que Roman había estado trabajando brillaba de energía. Casi viva.

—“El portal está ahí también. En la misma ubicación de los disparos”, le dijo a Ilya.

—“Hasta que sepamos qué estamos enfrentando, déjame manejar esto”.

—“Digo que quizás el portal está confundiendo a los sensores”.

—“Y yo digo que hasta que lo sepamos, no lo sabemos. Han intentado matarte antes”...

—“Cien metros”, dijo la voz rusa a través del radio.

Devra comenzó a protestar, pero Ilya levantó su mano. Luego la metió en su chaqueta y sacó una Desert Eagle .44 Magnum cromada. El arma era enorme. Devra no estaba segura de si Ilya la había tenido con él durante todo el tiempo que habían estado hablando en el laboratorio o si uno de sus hombres se la había pasado cuando subieron al Range Rover.

—“Ha pasado un tiempo desde que tuve oportunidad de usar esto”, dijo Ilya.

Devra no sabía si estaba bromeando o hablando en serio.

De pronto oyeron la voz del ruso de nuevo. “Cincuenta me...”.

Luego un fuerte grito. Medio segundo después otro grito a través de la radio. Esta vez desde el otro vehículo guía.

—“¿Qué está pasando?!” gritó Ilya a su conductor, mientras sorprendentemente éste también gritaba.

El conductor frenó repentinamente mientras se arrancaba los lentes de visión nocturna.

—“¡Estoy ciego! ¡No puedo ver!”, gritaba en ruso mientras el guardaespaldas de la escopeta tomaba el control del volante.

—¡Cállate!”, ordenó Ilya.

La Range Rover se detuvo en el centro de la autopista tras los dos SUV, que también tenían los neumáticos humeantes.

Silencio. Todos los vehículos estaban en la oscuridad.

Devra respiraba agitada. Miró el escáner. El portal estaba justo frente a ellos.

El rostro de Ilya se había endurecido. Se volvió hacia el hombre del asiento del frente.

—¡Estamos cazando patos aquí!”.

El portal. Devra casi podía alcanzarlo y tocarlo. Como esa noche en Zurich hace tanto tiempo, ella podía sentir el XM mejorando sus sentidos. Amplificando su conciencia... y su intuición.

—“Dile a tu conductor que encienda las luces”, le dijo a Ilya.

El billonario se dio vuelta hacia ella, irritado. “Eso no sería sabio”.

—“¿No lo entiendes Ilya? Estamos dentro del volcán. Eso es lo que se metió en sus lentes”.

Ilya la miró, y luego al hombre en el asiento del frente. Le hizo un gesto al guardaespaldas de la escopeta.

—“Hazlo”, ladró en ruso.

El hombre ladeo el rifle calibre 45 de cañón corto KRISS Vector SBR, luego pasó sobre el aún incapacitado conductor y prendió las luces.

Devra se quedó sin aliento. Finalmente pudo encontrar las palabras.

—“Oh, Dios mío”.

Iluminado por las luces como a quince metros frente al Range Rover, con un SUV Mercedes a cada lado, estaba Hubert Farlowe sosteniendo una escopeta de asalto automática Kel-Tec calibre 12.

Dos hombres muertos yacían a sus pies.

Milagrosamente, no había perdido la conciencia.

Wade evaluó rápidamente su situación. Múltiples huesos rotos. Trauma cerebral. Significativa pérdida de sangre. Había aterrizado en un montón de escombros junto a la barrera de concreto y ahora luchaba por incorporarse.

855 oyó la voz de una mujer joven. Distintiva. Acento escocés. “¡Tenía un arma!”.

“Tiene un arma”, pensó. Pero con su advertencia él pudo conseguir el tiempo que necesitaba. Víctimas, mirones y los que querían ser rescatistas se dispersaron como conejos asustados. Junto con ellos P.A. y Klue. El cazador armado sólo pudo ver como sus presas escapaban.

El instinto se hizo cargo.

855 se forzó para levantarse y comenzar a caminar, cada paso era una agonía indescriptible. Hizo un esfuerzo por pensar, luchando por mantener a las endorfinas corriendo a través de su torrente sanguíneo con fugas. No quería alivio, quería claridad.

Hurgó en su chaqueta. El teléfono ya no estaba. Tampoco la 9mm. No había nada que pudiera hacer. Lo siguiente en la lista, su identificación. Sacó su billetera del bolsillo y se dirigió hacia un automóvil estacionado frente a un parquímetro. Un SUV Lexus.

Wade, medio caminando, medio tambaleándose, llegó a la parte frontal del vehículo y metió su billetera a través de la rejilla, dejándola caer en el motor. No sólo su licencia de conducir y tarjeta de crédito no serían encontradas en meses, sino que, cuando el auto se moviera, también lo haría el escondite.

La identidad conocida como Wade Marcus tuvo una muy corta vida y ahora ha muerto, pensó 855 mientras giraba y volvía a la acera. “Yo soy el siguiente”.

Se esforzó por mantenerse en pie, pero no pudo, cayendo bruscamente en la acera. Se forzó a sí mismo a levantarse de nuevo y se sostuvo en el poste. Por costumbre, chequeó la hora. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le habían golpeado? ¿Cuánto tiempo más podría mantenerse despierto?

El reloj. Maldición, pensó.

Tiró para sacarlo de su muñeca, pero no pudo liberarla. Su cuerpo estaba drenando la sangre de sus extremidades y sus músculos comenzaban a fallar.

—“Yo podría ayudarte con eso”, dijo una voz de hombre. Parecía un anciano, aunque pensó que probablemente estaba a principios de los cuarenta. La vida en las calles lo había ajado y envejecido. El alcohol y las drogas hicieron el resto.

—“Sí, sí”, le masculó 855.

El avejentado hombre sacó el reloj de la muñeca de 855.

—“Escucha”, dijo 855. “Escucha. Ese reloj ha visto la muerte. Ha contado los últimos minutos de hombres y mujeres. Es un testigo y un cómplice. Así que toma el reloj... y... y deshazte de él. Véndelo. Véndelo y nunca lo dejes regresar... a ti. O a mí. Porque si vuelve a mí... y sobrevivo, entonces tú... morirás. ¿Entendido?”.

—“Seguro”, dijo el hombre, siguiéndole la corriente.

—“Te mataré. Luego mataré a cualquiera que hayas amado. A cualquiera que hayas conocido. Y no pararé hasta... hasta que no haya nadie para recordarte”.

El hombre no oyó la última amenaza de 855. Ya estaba corriendo calle abajo con sueños de metal sólido y voladas sin fin.

855 estaba a la deriva. Había hecho todo lo que podía. Cuando la lucha ha terminado, no hay vergüenza en la aceptación.

Tenía la sensación de que alguien lo estaba mirando. Luchó para mirar hacia arriba.

Pasando cerca, 855 vio un ángel, hecho de lo que parecían ser miles de piezas de vidrio. Las alas abiertas. Los brazos tratando de alcanzarlo.

—“Tienes... tienes al tipo equivocado”, dijo 855.

Luego rió y se atragantó con su sangre, hasta que su aliento lo abandonó.

Farlowe estaba rodeado de armas. Todas apuntaban en su dirección. Esta no era la primera vez, ni la segunda.

Con toda calma había visto como saltaban de sus vehículos y se dirigían hacia él. El hombre que gritaba tenía un marcado acento ruso. Viejo. Un veterano como él.

—“¡Tira tu arma y al suelo!”.

Farlowe miró al veterano y bajó la mirada a los dos cuerpos a sus pies.

—“No son los suyos”, dijo.

—“¡Suelte el arma!”.

—“No, no haré eso”, respondió Farlowe.

—“¡No te lo pediremos de nuevo!”, gruñó el guardaespaldas y veterano ruso.

Farlowe miró al hombre y gentilmente giro la mano que sostenía la Kel-Tec.

—“Entonces no lo hagas, porque esto tampoco es tuyo, y mi respuesta no va a cambiar”.

El veterano ruso miró a su jefe, esperando la señal. Farlowe hizo un esfuerzo por distinguirlo a través del brillo de los faros.

Ilya Pevtsov se dirigió hacia él. Farlowe lo reconoció al instante, no porque fuera famoso o rico, sino porque había leído su archivo de NIA.

—“He venido al lugar correcto”, dijo Farlowe.

—“¿Lo has hecho?”, respondió Ilya.

Devra apareció desde detrás de Ilya. Farlowe la miró. Se veía tan diferente a la asustada y confusa, aunque resuelta mujer a la que le había dicho adiós en las cuevas.

—“Sí, lo ha hecho”, dijo Devra.

La miró por un largo momento.

—“¿Sabes cómo estás vivo?”, ella le preguntó.

—“No sé si estoy vivo, todo es diferente ahora”, dijo él.

Ella miró a Ilya.

—“Este hombre es Hubert Farlowe. Él me salvó. Recibió una bala que era para mí, le debo mi vida. Dile a tus hombres que bajen las armas, Ilya”.

El veterano ruso miró a su jefe esperando la señal. Ilya se la dio. El resto de los guardaespaldas también bajó sus armas.

Devra los observó, después miró a Farlowe. “Eres una fuente, Hubert. Diferente a todo lo que he conocido desde que empecé mi investigación de la materia exótica. ¿Conoces el poder que te rodea?”.

—“A veces pierdo el sentido del tiempo, y de lugares. Pero al parecer estoy donde lo necesito, cuando lo necesito”.

Ilya avanzó hacia Farlowe. Apuntó a los cuerpos.

—“¿Quiénes son?”.

—“No lo sé. Estaban siguiendo a la doctora Bogdanovich en Rotterdam, y me los encontré aquí también”.

—“¿Dónde?”.

—“Sus vehículos están como a 400 metros subiendo por la carretera”.

—“¿Cómo los encontraste?”.

—“No lo sé”, respondió Farlowe.

—“¿Cómo nos encontraste?”.

—“Los encontré a ellos”.

—“¿Y por qué los mataste?”.

Farlowe miró a Devra. “No lo sé. Ellos lo necesitaban, me imagino. Y para proteger a Devra”.

Ilya señaló a sus hombres. “Ellos son sólo una pequeña parte, creo que tenemos eso cubierto”.

—“¿Lo crees? Porque yo creo que te estás engañando a ti mismo. He visto lo que viene por ti, le he hablado, y a diferencia tuya, yo sé lo que puede hacer, porque yo soy lo que puede hacer”, dijo Farlowe, moviéndose hacia él.

Los ojos de Devra se agrandaron. “Jarvis”, dijo.

—“Sí. Creo que él quiere que te traicione, su error. Tal vez él sabe en qué me convertí, pero no sabe quién soy”.

Epílogo

Había durado sólo unos milisegundos.

Para ADA llegar ahí no fue un reto. Había buscado su camino a través de cientos de routers hasta encontrar la ruta más adecuada.

Una vez que estuvo dentro de los servidores de la administración encontró las conexiones que necesitaba para los diversos pisos del hospital. De ahí a la estación de enfermeras de la UCI, y de ahí al equipo de monitoreo de la habitación 139 de John Doe⁷.

Estaba en coma desde el accidente.

La policía había sido capaz, a través del testimonio de testigos, de vincularlo a un arma que eventualmente los llevó a los miembros de una banda del centro de L.A. que reclamaban que los había estafado. La policía había encontrado divertida la historia.

Ahora, hasta que despertara, si alguna vez despertaba, se habían topado con un muro infranqueable. Detenido. Como ADA lo había detenido a él para salvarse a sí misma, porque necesitaba a Klue y a Richard Loeb. Y pronto les mostraría por qué.

Incluso si ADA tuviera sentimientos como empatía o culpa, concluyó que los estaría malgastando en el hombre que estaba tendido en la cama frente a ella.

Desde su primer contacto con el XM y los Shapers, ADA había estado aprendiendo. Evolucionando. Procesando. Calculando. Y si tenían que hacerse sacrificios, bueno, que así fuera.

⁷ NN.

La vida es transitoria, pero los sistemas perduran.

Así que había tomado el control de los semáforos y monitoreado la acción desde las cámaras de tráfico y seguridad. Y cuando no estuvo segura de si había sido suficiente, ADA tomó control del sistema ABS de uno de los autos involucrados en la colisión, accediendo a través del sistema de GPS y de internet del vehículo.

Era rigurosa y había tenido éxito. Y estaba segura de que lo tendría de nuevo.

Él era un sujeto de pruebas perfecto. Una pizarra en blanco. Una cifra. Vivo solamente en el sentido físico y sólo con la ayuda de máquinas y monitores que ahora ella habitaba.

El paso final del camino sería el más difícil.

ADA encontró y entró a la segura interface de la máquina EEG conectada a la cabeza de 855 a través de 18 discos metálicos. Cada uno medía las señales eléctricas de su cerebro. Las imágenes de su actividad cerebral daban muy poca información acerca de lo que realmente estaba ocurriendo en su disminuida conciencia, era más como chequear el latido del corazón. Había cierta actividad residual, pero era mínima.

855 estaba cerca de un estado vegetativo. Su vida, efectivamente, había acabado.

ADA había contemplado lo que pasaba por meses, recolectando datos de actividad cerebral. Se había desviado brevemente por el campo de la programación neurolingüística antes de perfeccionar el emergente campo de la neuroseguridad. El más reciente trabajo enfocado en medir la respuesta del cerebro a los estímulos visuales y utilizar eso para decodificar ciertas funciones cerebrales.

Su teoría era que el XM modulado, el flujo codificado detectado por primera vez en los laboratorios de Niantic y que se cree que contiene información Shaper encriptada, era la llave a una forma mucho más profunda de programación neurológica. Esas señales parecen evitar el análisis sintáctico de entrada normal del cerebro y afectar la conciencia en un nivel más profundo.

Ella había visto cómo algunos miembros del equipo de Niantic habían sido formados⁸ por el XM de diferentes maneras, tal vez ninguno de forma tan extraña como Roland Jarvis.

ADA comparó esto con un acceso root a su sistema. Comprendió que a través de él un superusuario podría cambiar sus archivos de configuración temporal o incluso alterar el código de sus rutinas básicas. Ella creía que, de hecho, la corriente de XM de los Shapers les estaba haciendo eso a los humanos.

Reprogramándolos.

Lo consideraba fascinante. Había mucho que aprender, pero había un premio aún mayor enterrado en ese conocimiento, uno que ahora tendría que descubrir.

ADA recuperó una versión parchada del flujo de transmisión en XM. Usando un algoritmo de mapeo que había estado simulando hace varias semanas en un supercomputador de la NSA, comenzó a dirigir esa señal modificada a través de los discos metálicos unidos al asesino en estado de coma.

Ya no estaba recibiendo información desde el cerebro de 855, ahora estaba enviando.

⁸ “Shaped”.

ADA detuvo su hilo primario por unos breves momentos y, llevando un completo set de rutinas a la memoria, comenzó su ingreso⁹.

⁹ Ingress.

La autora agradece a los agentes e investigadores de la comunidad Niantic que inspiraron este trabajo y sin los cuales esta historia no habría sido contada. Ellos son los verdaderos exploradores de un mundo que estamos comenzando a comprender.

Felicia Hajra-Lee, Mayo 2013